

**BOLETIN DE LA  
ACADEMIA PERUANA  
DE LA LENGUA**

**22**

**Lima , 1987**

BOLETIN DE LA  
ACADEMIA PERUANA  
DE LA LENGUA

Academia Peruana de Lengua  
Conde de Superunda 298  
Lima 1 - Perú

Composición : *LASERPRINT* (Tlf. 225605)  
*Editor : Manuel Pantigoso*

**Esta edición ha sido posible gracias al apoyo del Consejo  
Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC)**

BOLETIN DE LA  
ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Nueva época

Lima, 1987

Número 22

ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

DIRECTOR : Augusto Tamayo Vargas  
DIRECTOR HONORARIO : Aurelio Miró Quesada  
CENSOR : Guillermo Lohmann Villena  
TESORERO : Luis Jaime Cisneros  
SECRETARIO PERPETUO : Estuardo Núñez  
BIBLIOTECARIO : Alberto Tauro

*Académicos de Número*

|                               |        |
|-------------------------------|--------|
| Guillermo Hoyos Osoreo        | (1941) |
| Aurelio Miró Quesada Sosa     | (1947) |
| José Luis Bustamante y Rivero | (1956) |
| Héctor Velarde                | (1956) |
| Alberto Wagner de Reyna       | (1961) |
| Luis Jaime Cisneros           | (1965) |
| Estuardo Núñez                | (1965) |
| Augusto Tamayo Vargas         | (1965) |
| Guillermo Lohmann Villena     | (1971) |
| Francisco Miró Quesada        | (1971) |
| Martha Hildebrandt            | (1971) |
| Juan Ríos                     | (1975) |
| Alberto Escobar               | (1975) |
| Mario Vargas Llosa            | (1975) |
| Javier Sologuren              | (1975) |
| Fernando Romero               | (1976) |
| José Tola Pasquel             | (1976) |

|                              |        |
|------------------------------|--------|
| Alberto Tauro                | (1979) |
| Luis Alberto Sánchez         | (1980) |
| Luis Hernán Ramírez          | (1980) |
| Carlos Germán Belli          | (1980) |
| Antonio Cornejo Polar        | (1980) |
| José Agustín de la Puente    | (1980) |
| Enrique Carrión Ordóñez      | (1980) |
| Manuel Solari Swayne         | (1980) |
| Miguel Angel Ugarte Chamorro | (1980) |
| Andrés Aramburú Menchaca     | (1982) |
| José Luis Rivarola           | (1982) |
| Manuel Pantigoso             | (1982) |
| Enrique Peña Barrenechea     | (1985) |

*Académicos correspondientes*

Julio Ramón Ribeyro  
 José Durand Flores  
 Américo Ferrari  
 Alfredo Bryce Echenique



## EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA EN EL DIA DEL IDIOMA

*(Sesión Pública del 23 de Abril de 1987)*

### PALABRAS DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA, DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Me cabe el honrosísimo rol de ser Director de la Academia Peruana de la Lengua al cumplirse el Centenario de esta fundamental institución dentro de nuestra cultura. Privilegio -dije alguna vez- que se acrecienta al repasar los nombres de mis antecesores: Francisco García Calderón, Ricardo Palma, Javier Prado, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Aurelio Miró Quesada, José Jiménez Borja.

La Academia Peruana de la Lengua se estuvo gestando en décadas. Primero, surgieron "las correspondientes" de la Real Academia de Madrid. Luego, se formó una Academia Nacional de la República del Perú, en 1867, que presidió inicialmente José María Quimper y, después, Francisco García Calderón. Esta institución tuvo poco tiempo de vida, hasta diciembre de ese año. Por último, el 5 de mayo de 1887, y gracias a los desvelos de Ricardo Palma, se reunieron los "académicos correspondientes" de la Real Academia de la Lengua Española, bajo la presidencia de José Antonio de Lavalle. Y el 30 de agosto de 1887 se instaló solemnemente en el Salón General de la Universidad de San Marcos, con la presencia del Presidente de la República, el entonces General Andrés Avelino Cáceres. Planos de distribución de asientos, programas, tarjetas, certifican la categoría de esa fundación. Presidía la Academia, Don Francisco García Calderón, quien pronunció el discurso central, precisando los términos

dentro de los que trabajaría la institución, puesta, desde entonces, al servicio de la cultura peruana.

Ya en las bases constitutivas de la Academia Peruana de la Lengua se establece que "no tiene la obligación de conservar la pureza del idioma en todo el mundo español, pero se dedicará a seguir el movimiento intelectual del pueblo peruano estudiando sus usos y costumbres, comunicándolos a la vez a las Academias Hispanoamericanas y la de España para de esa manera uniformar el idioma en general". Tampoco es sólo aquello que dijo Borges: que "el concepto de la Academia corresponde a una organización de la literatura, a una organización de los procedimientos, de los géneros literarios y, así mismo, de la vida literaria". Ya que la Academia de la Lengua tiende, en general, a recolectar el movimiento lingüístico, sin regimentar el cambiante uso del idioma, pero sí evaluar su estado en nuestro país; comprobar la validez de los peruanismos y neologismos en uso y trabajar por una gramática castellana que esté en contacto con las fuerzas vivas de la lengua, al mismo tiempo que recomendar y orientar esos cambios dentro de la comunicación social y los medios de la docencia. Es verdad que, al lado de ello, corre paralela la actividad literaria y muchos de los académicos son escritores y poetas que hacen de la palabra un instrumento de expresión, que podemos llamar artística, pero que sirve a la vez para la acentuación de los caracteres del lenguaje propio del Perú, sin detrimento de su universalización dentro de la amplia cultura que abarca el idioma español. El escritor representa vivamente el movimiento idiomático de un pueblo, aunque, al parecer, se aparte muchas veces de la ortodoxia de la lengua. La Academia debe trabajar, por un lado, con las corrientes populares que se manifiestan desde el coloquio de la gente común hasta la exposición más culta; pero, por otro lado y substancialmente, en material escrito; y se van depurando las palabras en ambos contactos y se interfluyen los caminos de la lengua en el tiempo y en la orientación de los mismos.

Bueno es decir que la Academia Peruana de la Lengua ha tenido siempre un amplio sentido renovador y dinámico. Que esa

posición nació de su animador y más tarde reorganizador: Ricardo Palma, "caliente recreador del giro popular, entroncando en las viejas raíces del castellano las voces peruanas que pugnaban por encontrar su cauce y su validez universal", señaló en una de las tantas intervenciones sobre nuestro tradicionista. Como se sabe, él inició la ruta de la incorporación de nuestros peruanismos en el Diccionario de la Academia de la Lengua Española, al par que indicaba que, al unísono, se trataba de conservar la pureza del idioma dentro del uso y, al mismo tiempo, la unidad entre los pueblos de habla castellana. Por ello han pertenecido a la Academia los Juan de Arona y los Cisneros, pero también los Eguren, los López Albújar, los Martín Adán y los Ciro Alegría.

Al cumplirse un Centenario de la vida de la Academia Peruana de la Lengua, habría que insistir en la ordenación por sillones de los que han pertenecido a la institución a lo largo de su historia, estableciéndose, así, una continuidad que permita llegar a los treinta actuales académicos de número.

También, en esta oportunidad tan singular, debe el país, las instituciones públicas y privadas y particularmente su Gobierno, prestar especial atención y apoyo a la obra que se lleva a cabo en la Academia Peruana de la Lengua, dentro de los problemas de todo orden que hay que resolver, para asegurar el cumplimiento de esa labor que es, nada menos, que buscar en el lenguaje y en la expresión literaria el alma nacional del Perú.



**Celebración del Centenario de la Academia Peruana  
de la Lengua.**

Don Augusto Tamayo Vargas, Presidente de la Corporación lee su Discurso de Orden, teniendo a su izquierda a don Luis Jaime Cisneros (Tesorero) y a don Grover Pango (Ministro de Educación); y a su derecha a don Aurelio Miró Quesada (Director Honorario) y a don Estuardo Núñez (Secretario Perpetuo).

## EL PRIMER CENTENARIO DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

por: Guillermo Lohmann Villena

Hoy, 23 de Abril, aniversario del tránsito a la inmortalidad de Miguel de Cervantes Saavedra, penate del idioma, y de Garcilaso Inca de la Vega, símbolo de la peruanidad, celebra la Academia Peruana de la Lengua junta pública y solemne para conmemorar la primera centuria de su existencia, adelantándose impaciente a recordar efemérides tan fastas, pues en rigor enterará un siglo de andadura sólo el 30 de Agosto próximo, día en que inició oficialmente sus labores bajo los más venturosos auspicios, si bien ya desde el 5 de Mayo del mismo año de 1887 la Corporación matriz, por «unanimidad y con íntimo júbilo (acordara) autorizar la creación... de un cuerpo literario denominado Academia Peruana Correspondiente a la Española», para completar su salutación de bienvenida con este párrafo: «La Academia Española estimará fausto el día en que pueda contar con el auxilio de su nueva hermana la Academia de Lima para la benéfica y alta empresa de custodiar la hermosa lengua con que se envanece en ese y este país, diversos en el orden político, pero cuyos naturales tienen una misma patria literaria». (1) Buena oportunidad para echar una mirada atrás y entrar en cuentas. Aplicada más al trabajo silencioso que a forjar una imagen de oropel, acaso la obra cumplida puede haber pasado inadvertida para una opinión general que se alimenta más de la bambolla que de la sustancia, mas a ningún observador discreto se le podrá escapar la solidez y la hondura del trabajo desarrollado por nuestra entidad, que hace esta noche un alto en el camino para recordar su trayectoria, dentro de la austera sobriedad que es propia de su instituto. A lo largo de la centuria corrida, no cree la Academia Peruana de la Lengua haber escrito en el agua.

A lo largo de la centuria corrida, no cree la Academia Peruana de la Lengua haber escrito en el agua.

El idioma, elemento esencial cohesivo de una sociedad, es el area donde se depositan las herencias colectivas, el cofre donde se guardan los tesoros de una comunidad. Recordemos la afirmación de Unamuno: «La lengua no es la envoltura del pensamiento, sino el pensamiento mismo». La lengua, junto con la Historia, es el factor que provee de confianza y unidad a un pueblo para encarar su destino. El desprecio a la Historia, que es desprecio a la vida acumulada, y el desprecio a la Lengua, mancillada en tantos puntos sensibles, sólo conducen a vaciar de contenido espiritual a una nacionalidad y a despojarla de sus valores vertebrales. En los duros embates de nuestro pasado, los peruanos se enfrentaron al infortunio con todo el fervor de una comunidad de raíces milenarias, con toda la esperanza de gente que se siente histórica, viva, con una tradición y una cultura propias. Una manera de ser peruana para sobrevivir en horas aciagas estaba y estuvo en ese afán por mantener los hilos de la cultura en torno a los dos polos de conservación: el idioma y la historia. La unidad de la cultura popular en torno a la lengua española, el idioma de la identidad, y la historia vinculada al culto a los días de gloria, permitieron que el Perú renaciera una y otra vez. En ese altar, en el que sólo cabe el recogimiento patrio, la Academia Peruana de la Lengua ha oficiado con fervor y con recato, de acuerdo con la tradición de dignidad que ha revestido durante siglos nuestra vida cultural. Cada corporación tiene su voz propia, un mensaje que transmite por encima de personas, de vaivenes y de modas, en una armonía lograda con largas experiencias y muchas reiteraciones, compartidas con la vida del país. La Academia Peruana, fiel a esa vocación, que arranca ya desde sus inicios, ha tenido por principal objetivo de su existencia responder a esa palpitación nacional.

Como lo ha puntualizado recientemente el lingüista Gregorio Salvador, «español hablado y español escrito han estado siempre muy cerca y han mantenido un continuo intercambio a lo largo de los siglos. No hay en nuestro idioma ese abismo, con

frecuencia insalvable, entre lengua literaria y lengua coloquial o familiar que en otros ámbitos lingüísticos existen» (2). Nuestra corporación ha desplegado particular esmero, y de ello dan fe las pelazgas, a veces ásperas e intemperantes de don Ricardo Palma, en la misión de engastar en el español utilizado por los trescientos millones de hablantes de la comunidad hispánica, los peruanismos, reflejo y expresión de nuestra idiosincrasia, nuestra peculiaridad y nuestro legado cultural, coloreando así el caudal lingüístico común y proyectando hacia predios ajenos los hondos saberes de nuestro país, creando así con una limpia brisa idiomática ese caudal. Los nombres de ilustres lexicólogos -aludo a Palma, a Juan de Arona, a Benvenuto-, predecesores de los no menos ilustres que actualmente militan en nuestras filas, abonan una trayectoria de la que nos sentimos orgullosos. Quede, pues, constancia de que la Academia Peruana no ha sido ni un cenáculo ajeno a la realidad nacional ni un refugio de eruditos, sino una institución abierta a la vida cotidiana, deseosa de corresponder a su objetivo.

Al volver sobre la estela de sus cien años de vida y echar una mirada retrospectiva, nuestro Cuerpo literario experimenta la complacencia de haber acumulado en su trayectoria secular como timbres de honor no sólo el hecho de su supervivencia en un país en el que con lamentable repetición las instituciones o arrastran una carrera lánguida o sucumben en medio de la indiferencia general, sino sobre todo haber marcado su impronta sobre el panorama cultural del Perú. Los discursos de incorporación, los trabajos y artículos en el Boletín institucional, la participación en la Asociación Permanente de Academias (en cuya Comisión Permanente nuestros representantes han puesto muy en alto el nombre del Perú), la ininterrumpida aportación de papeletas lexicográficas, redactadas con rigor y pulcritud, son apenas los testimonios visibles de una labor silenciosa y abnegada, en la que el móvil principal ha sido proseguir una tradición de prestigio y renombre.

Verdad es que la Academia Peruana no fue la primera en crearse en nuestro Continente, pues desde que en 1870 la Es-

pañola autorizara la fundación de cuerpos filiales americanos que acogieran formalmente en su seno a los Correspondientes que ésta designaba a título puramente personal, la precedieron la colombiana en 1871, la ecuatoriana en 1874, la mexicana en 1875, la salvadoreña en 1876, la venezolana en 1833 y la chilena en 1855, en compensación puede gloriarse el Perú con toda justicia del decanato de la vinculación e los hombres de letras americanos con la institución matriz. Entre los veinticuatro Individuos de Número de la época fundacional (1714), el primero ultramarino que ocupó un sillón fue el piurano Diego de Villegas y Quevedo, que colaboró en el magno monumento lexicográfico del primer diccionario, el de Autoridades por antonomasia. Desde Octubre de 1730 asistió en Madrid a las tertulias en la casa del fundador, el Marqués de Villena, en la plaza de las Descalzas Reales, y dos meses más tarde, todavía como Supernumerario (por no haber aún vacante), se le confió a él sólo la composición de la letra M - aunque lo usual era que el encargo se distribuyera entre varios colegas-. Así entraron en el Diccionario las voces *macana*, *maguey*, *mamujar*, *manjar blanco*, *mate* y *mazamorra* (en su acepción limeña).

El 6 de Marzo de 1732 presentó 1.060 cédulas correspondientes a la sílaba inicial *Ma*, y en Enero del año siguiente la letra *M* por entero. De la magnitud de la labor cumplida por nuestro compatriota certifican las 394 columnas del tomo cuarto del Diccionario en su edición príncipe.

En Diciembre de 1732 fue promovido a la categoría de Numerario, y concurrió con asiduidad a las juntas académicas hasta Marzo de 1735, en que inició viaje de retorno al Perú (3).

No podía Lima dejar de estar presente en este elenco de vinculaciones personales con la Academia madrileña. Lo encabeza Mariano Joaquín de Carvajal y Vargas y Brun, nacido en la capital del Virreinato en 1742 (4). En 1758 entró en el Colegio de San Martín, y culminó sus estudios en la Universidad de San Marcos, en la que en 1787 obtuvo la Licenciatura y el Doctorado en ambos Derechos. De él nos aseguraba su padre que, dejando de lado los juegos propios de la edad infantil, había sido

«su continuo ejercicio desde que tubo uso de Razón el de las Letras, el manejo de los Libros y la aplicación de particular estudio de noticias apreciables y antigüedades de varones ilustres...» (5). Tan loable vocación fue reconocida por las Academias Españolas de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, que le admitieron en su seno en Abril y Junio de 1773 en la categoría de Honorario. Se conserva el discurso de orden leído en la junta celebrada hace exactamente hoy 214 años en la segunda de dichas Corporaciones (6). Se intitula «Glorias del Perú» y en él, tras la protocolaria cortesía hacia la entidad que le acogía, se aplicó a vindicar los méritos de los peruanos, «dando una breve idea de su nobleza, armas, letras y virtud, cuya apología ilustra con notas históricas para la mejor inteligencia...» (7). Falleció en Madrid en 1796.

Su único hijo varón fue José Miguel de Carbajal y Vargas Manrique de Lara, que vino al mundo en Lima en 1771, y fue el segundo duque de San Carlos. Cuando aún no tenía cumplidos ocho años, pronunció una creación latina en la Universidad de San Marcos, en la que en 1787 se graduó de Licenciado y Maestro en Artes, con originales tesis sobre hidrostática e hidráulica. Caballero de Santiago (1784), Orden que dejó por ser incompatible con la de Alcántara, en la que se cruzó posteriormente. Gentilhombre de Cámara con ejercicio en el cuarto del futuro Fernando VII desde 1796, de quien resultó, al decir de la Reina María Luisa, «el amigo más leal y más pérfido». En la sesión del 10 de Noviembre de 1814 la Academia de la Lengua lo eligió Numerario y Director, promovéndole el 25 de Septiembre del año siguiente a perpetuo en este último cargo. Fue el décimo en la serie de jefes de ese Cuerpo literario en una de las épocas de más fecunda actividad: durante su mandato aparecieron la quinta y la sexta ediciones del Diccionario; en 1815 y 1816 sendas de la Ortografía castellana; en 1815 se imprimió el *Fuero Juzgo* y en 1819 el *Quijote*. Murió en 1828 (8).

A título puramente testimonial cabe incluir entre nuestros compatriotas a don Juan de la Pezuela y Ceballos, Marqués de la Pezuela (1852) y Conde de Cheste (1864), Caballero del

Toisón de Oro, nacido en Lima en 1809, ciudad que abandonó a los ocho años de edad, cuando su padre el Virrey le envió a Madrid para ingresar como alumno en el Colegio de San Mateo. En 1845 fue honrado con la venera académica, y desde 1875 hasta su fallecimiento en 1906 ocupó la Dirección del cuerpo literario. Mantuvo una emotiva remembranza de su patria, y de ello tuvo reiteradas pruebas don Ricardo Palma durante su estancia en Madrid(9).

La ruptura de los lazos políticos con la Metrópoli no interrumpió esta cadena áurea de vinculación con la Academia Española, cuyos miembros no fueron indiferentes a los méritos y prestigio en la República de las Letras acumulados por insignes escritores de nuestro siglo XIX, distinguiéndoles con la designación de Correspondientes extranjeros. El primero, en 1860, don Felipe Pardo y Aliaga, discípulo de Alberto Lista y compañero en la Casa de educación de San Mateo y luego en la Academia del Mirto de literatos del relieve de Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, de Ventura de la Vega, del referido Pezuela, de Bretón de los Herreros y de Patricio de la Escosura. Individuos de Números todos ellos posteriormente de la Academia Española, no fueron remisos a la hora de recordar esa juvenil amistad y -como él mismo les significara- «sólo un espíritu de camaradería» podía haberles impulsado a otorgar el honor de la venera al autor de *El espejo de mi tierra* (10). En 1871 se discernía la misma distinción al General don Manuel Ignacio de Vivanco, Supremo Director de la República en 1843 (y cuyo Ministro de Relaciones Exteriores fue precisamente Pardo y Aliaga), impenitente lector del *Quijote* y que, según es fama, llevaba siempre en su tienda de campaña una colección de los clásicos españoles. En aquel mismo 1871 Manuel Pardo, Presidente de la República desde 1872 hasta 1876 e hijo del repetido don Felipe, pasaba a ser tercero en la serie de Correspondientes peruanos, seguido en 1875 por Monseñor Pedro José Tordova, que en ese entonces asumía la mitra cuzqueña.

El 11 de Abril de 1878 se agregaba un nombre preclaro a este elenco: el de don Ricardo Palma. Merced a la curiosidad de

Aurelio Miró Quesada Sosa sabemos que fue propuesto por el Secretario Perpetuo Tamayo y Baus, por Rodríguez Rubí, ambos prestigiosos dramaturgos, con el primero de los cuales mantenía de antiguo el ya afamado tradicionista relación epistolar, y por Francisco de Paula Canalejas, distinguido literato andaluz. En la Junta celebrada en esa fecha le votaron 16 de los 17 Numerarios presentes. En Lima se conoció la noticia a principios de Junio, y los principales periódicos que por entonces se publicaban en nuestra capital consagraron sus columnas a relieves la distinción (11). Ya en su nota de agradecimiento a Tamayo y Baus el flamante Correspondiente le adelanta el propósito de cumplir su compromiso como tal acopiando los *peruanismos* «que por ser más generales merezcan carta de naturalización...», con lo cual demostraría su laboriosidad.

La lista se enriquece rápidamente en los años siguientes. En 1879 se confiere la distinción al General Manuel de Mendiaburu, benemérito autor del *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*; en 1880 al ilustre juriconsulto y efímero Jefe del Estado Francisco García Calderón, al historiador don Eugenio Larrañaga y Unánue, el pulcro escritor José Antonio de Lavalle (*Perpetuo Antañón*) y a don Pedro Paz Soldán y Unánue (*Juan de Arona*), que perfilaba su celeberrimo *Diccionario de peruanismos*; en 1884 al ilustre orador sagrado Monseñor José Antonio Roca y Boloña, y finalmente, en 1885, a don Juan Antonio Ribeyro, rector de la Universidad de San Marcos desde 1868 hasta su óbito en 1886, y al futuro Arzobispo de Lima, Monseñor Manuel Tovar. La nómina, como podrá apreciar quienquiera tenga alguna noticia de nuestra baraja de literatos de esos años, incluía a los más distinguidos por entonces. Con ese equipo juzgó Palma (a quien se debía la propuesta de muchos de ellos para el otorgamiento de una venera) que bien podía el Perú seguir el ejemplo de la media docena de repúblicas hispanoamericanas que se habían adelantado a constituir Academias correspondientes.

No faltaron por cierto en nuestro medio conatos anteriores de similares corporaciones literarias. En 1867 la Academia Nacional de la República del Perú o Academia de Ciencias y Bellas

Artes agrupó a lo más selecto de la intelectualidad limeña, bajo la presidencia inicial del fogoso orador José Ma. Quimper, a quien sucedió don Francisco García Calderón. En 1871 se fundó el Club Literario, entre cuyos miembros figuraron varios que luego ocuparon sillones en la Academia Correspondiente.

Sobrevino la Guerra del Pacífico y tras ella un período de postración, que con dificultad se fue remontando en años «de vida lenta y pobre» (12). La crisis era extrema, y en un editorial de "El Comercio" de hace un siglo se afirmaba que «la existencia diaria del Gobierno y de la sociedad misma es un verdadero prodigio» (13). A despecho de circunstancias tan acerbas alboreó un tenue renacimiento cultural, marcado por la reorganización de los estudios, la renovación universitaria y, sobre todo, la creación de importantes centros, que respondían a la tradición cultural peruana: en 1885 el Ateneo de Lima (formado por Larra-bure y Unánue sobre las bases del fenecido Club Literario); en 1886 el Círculo Literario (réplica rebelde del anterior); en 1887 la Sociedad Amantes de la Ciencia, y por último, en 1888 la Sociedad Geográfica de Lima y la Academia Nacional de Medicina. Es congruente dejar en este punto constancia de que aun antes de constituirse oficialmente, ya los Académicos Correspondientes peruanos habían hecho acto de presencia corporativamente el Domingo 17 de Enero de 1886, en que se realizaron con gran solemnidad las honras fúnebres en memoria del rey Alfonso XII. Acudieron al templo, encabezados por Palma en su condición de decano, y ostentando las veneras.

Las primeras gestiones de Palma para crear una agrupación de los Correspondientes en el Perú se remontan a 1885, y al efecto recabó la autorización de la Academia Española para establecer una filial que, con el nombre de Academia Peruana Correspondiente de la Española «fuera como una prolongación de la corporación metropolitana, y como ella tuviera por misión el velar por la pureza del idioma y la cultura literaria, a la vez que estrechar los vínculos de afecto y solidaridad espiritual entre el viejo tronco latino y esta rama territorial de la raza ....». En la junta celebrada por la Academia madrileña el 4 de Noviembre de

1886 se acordó que el cupo de Correspondientes en el Perú ascendiese a doce, y para completar ese número fueron elegidos el historiador y arcaizante literato don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, el escritor Ricardo Rossel, y don César Goicoechea, discreto vate trujillano (14).

El Domingo 6 de Febrero de 1887, en el local del Ateneo (sito en los altos de la antigua Biblioteca Nacional, en el ala que caía sobre la calle de la Cascarilla), convocados por Palma, se reunieron Juan de Arona, Lavallo, Larrabure y Unánue, Gutiérrez de Quintanilla, Rossel y Goicoechea, con el objeto de estudiar la posibilidad de establecer una Academia Peruana. Después de un ligero debate, los concurrentes acordaron dirigirse al Gobierno, para demandar la respectiva autorización (15), aunque con posterioridad surgió la duda sobre la procedencia de tal requisito, y se constituyó una comisión compuesta por Palma, Larrabure y Unánue y Cisneros encargada de evacuar un dictamen acerca de la cuestión (16).

En el *Epistolario* del tradicionista se pueden espigar sabrosos chismorreos de lo ocurrido en las reuniones preliminares celebradas en Febrero de 1887. Tuvo que vencer no pocos inconvenientes y «salvar las quisquillas de partidismo político que traen divididos a tan pocos hombres ...», aludiendo a sus once colegas. Como él no pertenecía a ningún bando, pudo actuar de enlace con todos y servir de componedor. En carta al mexicano Riva Palacio le confesaba: «No puede formarse idea de cuánto he tenido que trabajar para hacer armonizar a cuatro de los compañeros a quienes la maldita política traía reñidos hasta socialmente....». Se jactaba de haber logrado el avenimiento entre conservadores como Lavallo, Tovar, Goicoechea y Roca y Boloña, con liberales como él mismo, García Calderón, Cisneros, Larrabure y Unánue, Rossel y Gutiérrez de Quintanilla.

Superadas estas dificultades, sobrevinieron otras no menos embarazosas relacionadas con la persona que había de regir la corporación. En carta de 24 de Mayo del repetido año le revelaba al mismo Riva Palacio que al principio todo se había desarrollado sin tropiezos. «Discutimos un reglamento y acordamos li-

mitar a doce el número de Académicos, así como hacer la instalación solemne el 30 de Agosto, fiesta de Santa Rosa. El día que celebramos la cuarta reunión indiqué que la próxima junta sería para elegir Director por el primer período de dos años. El señor García Calderón exhibió mi candidatura para Director. Yo, por razones que me sé y que son largas para expresarlas en una carta -Palma era iglesista confeso, y no disimulaba su desvío del Presidente Cáceres- decliné ese honor en Monseñor Roca. Tuve en cuenta, y procediendo de acuerdo con cinco o seis de mis compañeros, que no convenía que la Academia naciese abanderada en política... Entre los Académicos en disponibilidad, la personalidad más notable que quedaba era Roca, clérigo que no es personalidad política...». La propuesta parecía haber ganado la aceptación general, cuando surgió un nuevo desacuerdo, que puso a la corporación en ciernes a riesgo de fracasar, pues los ánimos llegaron a encreparse peligrosamente (17). Se hizo necesario que Palma recurriera a su prestigio y a su decanato para que se llegara a una componenda. Por fin, en Marzo de 1887 podía trasladar a conocimiento de la Academia madrileña el siguiente Acuerdo, adoptado por unanimidad: «1. Que el que suscribe, con el carácter de decano de los Correspondientes, solicite de la Real Academia autorización para instalar la Academia Peruana en el próximo mes de Julio.- 2. Que la Academia Peruana conste sólo de doce miembros, designando para ocupar la plaza que hay vacante al doctor don Félix Cipriano Coronel Zegarra, cuyo nombramiento solicitará el Decano que se haga directamente por la Academia de Madrid, y 3. Formular un Reglamento, el cual será discutido en la próximas sesiones preliminares, y terminada la discusión, se procederá a elegir director, secretario y censor, de lo que, en su oportunidad, se dará aviso a Madrid» (18).

El Domingo 29 de Mayo se celebró junta general para la aprobación de los primeros estatutos de la que se llamaría Academia Correspondiente de la Real Española en el Perú, y un mes más tarde se procedió a la elección de la directiva. A la hora del escrutinio, y tras dos votaciones que resultaron un empate entre Palma y Lavalle, hubo que apelar a la suerte, que se inclinó por

este último. Como secretario salió elegido Cisneros, y el cargo de Censor lo ocupó Monseñor Tovar (19). A poco, por motivos de índole política, renunció Lavalle y el 5 de Agosto se eligió para sucederle a García Calderón. Al fin veía Palma coronados sus esfuerzos, pues aparte del beneplácito de la institución matriz, desde el 15 de Julio contaba con la aprobación oficial del Gobierno Peruano, cuyo Ministro de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia era por cierto el más reciente de los Académicos, Coronel Zegarra. Como un delicado homenaje a la primera santa peruana, se decidió que la ceremonia oficial de instalación se realizara el 30 de Agosto, fecha en que la Iglesia la recordaba y por ser fiesta nacional en el país.

El acto, realizado en el General de la Universidad de San Marcos, constituyó un verdadero acontecimiento. En la testera se instaló un dosel de brocado carmesí, con cornisa dorada. Debajo se había colocado un sillón alto que ocupó el Presidente de la República, Cáceres; más abajo, a su derecha, se sentó el representante diplomático de España, don Emilio de Ojeda, y a su izquierda, el Arzobispo electo de Lima, Monseñor Bandini. En la línea de estos dos sillones de honor, ocuparon asiento altos dignatarios de la Nación. Las sillas y gradas del anfiteatro estaban ocupadas por 140 damas, y las tribunas y galerías por casi el doble número de caballeros. El cuerpo Diplomático, en su totalidad, ocupó una tribuna especial. A la entrada del salón, una comisión de Académicos obsequiaba a los asistentes medallas conmemorativas.

A las tres de la tarde, a los acordes del himno nacional, hizo su ingreso la comitiva oficial, encabezada por el General Cáceres, a quien acompañaban sus Ministros. Los Académicos, a cuyo frente se hallaba García Calderón, recibieron al Jefe del Estado y pasaron a tomar asiento en este orden: a la derecha del Presidente de la República, el Director de la Corporación, y a la derecha de éste los Numerarios Paz-Soldán y Unánue, Larrabure y Unánue, Monseñor Tovar y Coronel Zegarra; a la izquierda, el Decano (Palma), Lavalle, Monseñor Roca, Rossel y Goicoechea, a cuyo lado tomó asiento el General Francisco Salazar, Mi-

nistro del Ecuador en el Perú y Correspondiente de la Española en su país. Los Académicos Cisneros y Gutiérrez de Quintanilla ocuparon los sillones destinados a los Secretarios de la Corporación.

Declarada abierta la sesión por el Director, Gutiérrez de Quintanilla dio lectura tanto a la comunicación de la Real Academia Española, de 6 de Mayo anterior, por la que autorizaba con «íntimo júbilo» la creación en el Perú de «un cuerpo literario denominado Academia Peruana, Correspondiente de la Española», como a los oficios cruzados con el Ministerio de Justicia nacional.

El texto de la nota recibida de Madrid, suscrita por el Conde de Cheste como Director, concluía con esta elevada invocación: «La Academia Española estimará fausto el día en que pueda contar con el auxilio de su nueva hermana la Academia de Lima, para la benéfica y alta empresa de custodiar la hermosa lengua con que se envanecen ese y este país, diversos en el orden político, pero cuyos naturales tienen una misma patria literaria».

A continuación, el Director, García Calderón, dio lectura al discurso inaugural, en el que tras las obligadas expresiones de cortesía, abordó cierta cuestión que había sido materia de opiniones varias. Cedámosle la palabra: «Natural y justo es, señores, que esta importante ceremonia excite la curiosidad general, y que se nos pregunte : ¿qué objeto tiene la Academia? ¿Por qué no se le ha dado el nombre de Academia Peruana?. Tan legítimas encuentro estas preguntas y otras semejantes, que me ha parecido obligatorio hacer de ellas el tema de mi discurso. De este modo, hoy, día señalado para la inauguración de la Academia, se sabrá perfectamente cuál es la misión que vamos a llenar, y qué debe esperarse de nosotros... La Academia correspondiente que se establece en Lima no tiene la obligación de conservar la pureza del idioma en todo el mundo español. Siguiendo el movimiento intelectual del pueblo peruano, observando sus costumbres y usos, y estudiando su dicción, debe cuidar de que prevalezca entre nosotros el habla española, y al mismo tiempo tiene la obligación de examinar las innovaciones que se introduzcan

por nuestro modo de ser, acomodándolas al genio de la lengua castellana, y hacerlas conocer a las Academias hispano-americanas y a la Real Española, para que de todo resulte el idioma general. Por ese motivo no nos hemos dado el nombre de Academia Peruana. Lo llevaríamos, si tuviéramos que consagrarnos a una lengua propia, formada aunque fuera de la fusión de los idiomas principales que se hablan en el Perú. Mas, como este divorcio, en vez de sernos favorable, sería una verdadera causa de anarquía y aislamiento en América; y como además es imposible que idiomas incultos se sobrepongan a una lengua civilizada, nuestra misión es conservar la lengua castellana, y favorecer su desarrollo, sin que sufra su unidad por causa del extenso territorio en que impera y de la diversidad de naciones que de ella se sirven» (20).

La salvedad de García Calderón en orden a la denominación de la naciente Academia no había sido formulada a humo de pajas. Un pasaje de carta de Palma a Riva Palacio de 23 de Diciembre siguiente nos da la clave en estos términos: «Cuando yo redacté el primitivo reglamento, bauticé al cuerpo con el título de *Academia Peruana*; pero en la discusión quedé convencido de que debíamos llamarnos *Academia correspondiente de la Real Española en el Perú*. Y nuestro Director García Calderón, en el discurso inaugural expone someramente algunas de las razones que para adoptar tal denominación tuvimos, si bien calla otras que no era conveniente echar a lucir. La cuestión título es de tan alta significación para nosotros que preferimos disolvernos antes de cambiarlo. Tal es el acuerdo unánime de los diez académicos que concurrieron a la junta de anoche. Dejó (sic) de concurrir Paz Soldán, que es probable que sea el único que disienta, y José Antonio Lavalle..., que fue el que con más calor me combatió cuando en la sesión preparatoria del mes de Marzo propuse que nos denomináramos *Academia Peruana*. No creo que en esto del título nuestros respetables compañeros de Madrid hagan hincapié. Para ellos la cosa no vale la pena, y para nosotros es mucho...» (21).

El discurso de orden corrió a cargo de Palma, en razón de

la personal circunstancia de ser el más antiguo de los Correspondientes peruanos. Como él mismo lo precisó en el exordio, el tema de su intervención «no puede ni debe ser otro que compendiosa reseña del desarrollo que las bellas letras han alcanzado en nuestra patria, desde los días del coloniage hasta que, conquistada la independencia, entramos en el goce de la vida nacional... Tolerad, pues, que mi discurso revista carácter narrativo más que el didáctico que acaso tenáis derecho a prometeros».

Tras exponer una visión panorámica de la Literatura peruana, añadió Palma como colofón algunos conceptos que no será baldío repetir esta noche. Dijo hace un siglo: «No es cierto, señores, que las Academias sean cuerpos esencialmente conservadores. Ellas no ignoran que es ley inmutable la de que la vida se alimenta de la muerte; y las Academias no pueden ser refractarias a esa palingenesia eterna, a esa ley de renovación de elementos que es la ley del progreso, así en las esferas de la sociabilidad como en las de la ciencia y en las del arte. Quiera el Cielo, señores, que inspirándonos en la gloriosa tradición de nuestros estimadísimos compañeros de la Real Academia Española, y en el ejemplo envidiable que, en 1791, nos dieron los peruanos que crearon la Académica sociedad de *Amantes del País*, nosotros, por nuestra perseverancia en el trabajo y por la íntima cordialidad de afectos en nuestras relaciones personales, obtengamos la gratitud y el respeto de las generaciones que nos sucedan. Que la discordia no vierta su ponzoña en la copa de nuestras delectaciones literarias ...».

En guisa de remate, una férvida exhortación final: «Señores Académicos: a la obra, como deber literario y como deber patriótico. Que no se diga, al comparar nuestras labores con las emprendidas por las Academias de las demás repúblicas, que los peruanos, para quienes Dios fue pródigo en la repartición de dotes intelectuales, quedamos rezagados por falta de esfuerzo para el trabajo, o de altivez para mantenernos a la misma altura de supremacía literaria que los Académicos de 1791... Señores Académicos: Que Dios no nos niegue, para las labores que vamos a emprender, la virtud de la perseverancia entusiasta, y así

habremos honrado a la patria y a la América, honrado a la civilización y a las letras, y honrándonos a nosotros mismos» (22).

El Acto prosiguió con un discurso del Ministro de España y una disertación de circunstancias de Monseñor Roca y Boloña, que entonó un encendido panegírico de la palabra, y terminó con unas breves frases de aprecio y estímulo del Presidente de la República. Estos sentimientos expresados por el Primer mandatario tuvieron de inmediato una manifestación tangible: el Gobierno concedió un ambiente en el recinto de la Biblioteca Nacional más una asignación de 2.000 duros, a pesar de la angustiosa crisis fiscal» (23).

Don Ricardo Palma estaba exultante. Al día siguiente le escribió al repetido Riva Palacio: «La función fue verdaderamente espléndida, y así lo declara, unánime, la prensa de todos los colores políticos. No pocas desazones me ocasionó el que llegáramos a instalarnos; pero dóilas por no ocurridas ante la grandeza del éxito. Creo, sin fatuidad, que en Madrid mismo no se habría hecho una actuación más lujosa y solemne y ordenada. -Tuvimos la asistencia del Presidente y sus Ministros, Cuerpo Diplomático y todos los altos funcionarios del país. Barra de 300 caballeros y 250 señoras y señoritas de lo más notable de la sociedad limeña. El salón no admitía más asientos, así es que hay mucha gente quejosa por no haber podido asistir» (24).

Se acuñaron 36 medallas conmemorativas, entre las cuales cinco de plata, que se remitieron a la Academia matriz como recuerdo de tan fausto suceso. Las cinco de metal noble estaban destinadas a los que por entonces desempeñaban cargos en la directiva de la Corporación madrileña.

En medio de las satisfacciones, no faltaron las gotas de acíbar. En algún órgano de prensa se tildó a la Academia de corporación aristocrática y anti-republicana y a sus miembros se les bautizó con el remoquete de los *españolizados*; el propio Palma no se libró de ser blanco de dieterios, calificándosele de hereje y mal cristiano (25).

Aunque la institución comenzó su andadura con muchos bríos, por desgracia no tardaron en enfriarse los entusiasmos. Al-

canzó todavía a recordar con solemnidad el aniversario de la muerte de Cervantes, el 23 de Abril de 1888, con una misa celebrada con gran concurrencia, pero ya dos meses después Palma se lamentaba de la imposibilidad de reunirse regularmente por falta de quórum (26).

No sin dificultades la Academia *sesionó* (con toda intención utilizó Palma el neologismo en una nota cursada al Secretario Perpetuo de la Corporación metropolitana) «con regularidad y con entusiasmo» hasta 1893. Es de sobra conocido que el año anterior Palma había viajado a España como delegado oficial del Perú a los actos conmemorativos del cuarto centenario del descubrimiento de América e investido de la representación del país a varios certámenes científicos. En cartera llevaba una nueva cosecha de peruanismos que se proponía incorporar al acervo lexicográfico del español en la inteligencia de que correrían igual favorable acogida que los tres centenares de voces admitidas en 1889. Un asunto baladí vino a dar al traste con tan risueñas esperanzas, y de paso se llevó de encuentro a la Academia que con tantos esfuerzos había organizado él mismo. ¿Quién hubiera podido imaginar que la empresa que bajo tan halagüeños augurios había iniciado sus singladuras en 1887 fuese a estrellarse con el más inesperado de los escollos: precisamente un término lexicográfico?

Cuando justamente la presencia de Palma en Madrid permitía abrigar las más firmes expectativas de una fecunda colaboración entre la Academia matriz y la flamante ultramarina, vino a agostarlas un percance inesperado. La manzana de la discordia fue nada menos que el verbo «presupuestar», que Palma consideró que debía de tener entrada en el Diccionario (lo encontraría en la vigésima edición).

El tradicionista concurrió a 15 sesiones de la Corporación madrileña desde el 20 de Octubre de 1892 hasta el 10 de Marzo del año siguiente. Ya en la primera de ellas adoptó un tono beligerante, hasta amenazador, si no se aceptaban a fardo cerrado todos los términos que presentaba. Delicadamente el acta de esa junta suaviza el tenor de su intervención, aunque mantenga el

fondo de la misma: «...la negativa de esta Corporación sería indicio que la Academia Peruana carecía de influencia y autoridad». En la reunión del 15 de Diciembre el debate fue todavía más áspero y proclamó: «...rechazando este neologismo daría motivo (la Academia) a que se disolviese la Peruana...». Como en efecto el término propuesto no mereciera el beneplácito de sus colegas madrileños, a quema ropa prorrumpió: «La Academia Peruana no volverá a reunirse...» (27).

Palma, picado en su amor propio, hizo cuestión de Estado tan minúsculo revés, y tomando el incidente a la tremenda, lo desquició hasta convertirlo en una tempestad en un vaso de agua, magnificándolo al extremo de escribirle a un amigo suyo que la negativa que nos ocupa «ha ofendido mucho a mis compatriotas» (28). Comunicó el hecho al Gobierno peruano, recomendándole declinar la suscripción de un convenio cultural con España, y azuzó a sus compañeros limeños, si no a disolver la Corporación, por lo menos a entrar en un receso indefinido, como señal de protesta por lo que estimaba un desaire inferido a ella. El epitafio es de la pluma del mismo tradicionista: «La Academia de Madrid, con su intransigencia para con los neologismos y americanismos, mató el entusiasmo, pues mis compañeros no aceptaron el seguir constituidos en Corporación de oropel, que no otra éramos, desde que nuestras iniciativas no se realizan» (29).

En cartas de 10 de Setiembre de 1893 y 26 de Febrero de 1894 dirigidas a Menéndez y Pelayo declara a la Academia Peruana «difunta», y en 1895 se denomina a sí mismo Académico «desmandado» (30). Con intemperancia proclamó que el contenido del Diccionario es la letra muerta y que constituía un «cordón sanitario entre España y América» (31). En esta campaña no se reparó en barras: en carta a Rubén Darío, del 30 de Noviembre de 1894, exclama, categóricamente: «...levanto la bandera de la insurrección americana contra el Diccionario, cuya autoridad, antes que por mí, ha sido desconocida por ustedes, los modernistas y parnasianos, tan fecundos en crear palabras que el léxico no trae...» (32).

Años después, desvanecidos los humos de este berrinche, reanudó el envío de papeletas a la Academia madrileña, tenaz en su afán de ganar para los peruanismos una casilla de honor en el Diccionario (33).

Hasta la revivificación de 1917, aunque oficialmente en receso, no dejan de registrarse algunas noticias interesantes que bien vale la pena recoger, pues atestiguan que, aunque con intercadencia, la vida institucional se mantuvo latente. En 1906, de seguro a instancias de la Corporación matriz, hubo un intento de reanudar la actividad, aunque Palma comprobó desolado que el panorama era lamentable. Por sucesivas bajas habían raleado las filas: en 1893, Lavalle; en 1895, *Juan de Arona*; en 1897, Coronel Zegarra; en 1904 Cisneros y en 1905 el Director García Calderón habían bajado al sepulcro; Larrabure y Unánue desempeñaba funciones diplomáticas en el Brasil; Roca y Boloña y Tovar, ciego el primero y atacado de una enfermedad crónica el segundo, no abandonaban el domicilio; Rossel y Gutiérrez de Quintanilla, «que fueron muy distinguidos cultivadores de las letras, hace años que sólo dan culto a las letras de cambio» (34). Quedaban en la brecha únicamente el propio tradicionista y Goicoechea. En un gesto que le honra, y deponiendo la inquina que profesaba a González Prada desde el famoso discurso del Politeama, sugirió su nombre, junto con el de don Alejandro Deustua para cubrir dos de las cinco vacantes, aunque del autor de *Páginas libres* previene que era «un fustigador de la Academia» (35). En 1914, resignado, anota: «La Academia Peruana, correspondiente de la de Madrid, puede decirse que ha desaparecido».

Entre tanto, la Corporación madrileña había elegido como Correspondientes peruanos a don Mariano H. Cornejo (a quien seguramente propuso Echegaray, autor del prólogo a su tratado de Sociología editado en Madrid en 1908), y a don Pedro José Rada y Gamio (cuya biografía del Arzobispo Goyeneche mereciera el honor de ser prologada por Maura, Director a la sazón de la Academia Española). Palma, a fuer de Decano en el Perú, se sentía en el deber de exponer su opinión, y no disimuló su sorpresa por la debilidad de conferir diplomas a literatos inéditos,

calificando a Rada y Gamio, despectivamente, de «absurdo e iliterato» (36).

En 1915, retirado ya en su rancho mirafloresino, acaso en un gesto de tardío arrepentimiento por su intemperancia de 1892, o seducido por un irrefrenable amor a las Letras, no desoyó la invocación del Secretario Perpetuo, Cotarelo, de reconstituir la filial peruana, y le promete ocuparse en el asunto, aunque reconoce que el llamado a organizar la nueva Corporación, por su prestigio literario y condiciones personales, era José de la Riva-Agüero, «la intelectualidad peruana más notable del presente» (37).

En Octubre de 1916 adelanta «que estamos en vías de resucitar en Lima la Academia correspondiente». Para completar su personal, propuso a la institución matriz una nómina «que ha encontrado así en Madrid como en Lima muy buena aceptación». La lista de candidatos la encabezaba Deustua, «portavoz de la generación que declina», e incluía a Riva-Agüero - quien no obstante la diferencia de edad llama «mi amigo» -, Oscar Miró Quesada, Juan Bautista de Lavalle, Víctor Andrés Belaúnde, José María de la Jara y Ureta y José Gálvez. Como él mismo apostillaba, «a ellos corresponderá la satisfacción de restaurar el edificio que ya se derrumba» (38). En Mayo de 1917 llegó a Lima la comunicación oficial de Madrid por la que se notificaba que todos los propuestos habían sido aceptados, dispensándolos de la lectura preceptiva del discurso de incorporación.

El 12 de Agosto, en el domicilio mirafloresino del que ya era por aclamación el Patriarca de las Letras peruanas, tuvo lugar una reunión animadísima, en la que abundaron los proyectos y propósitos, y en el curso de la cual, ya como Academia autónoma, se procedió a elegir como miembro de ellas a don Francisco García Calderón Rey, a don Luis Felipe Villarán, a don Enrique A. Carrillo, a don Luis Fernán Cisneros (hijo del primer Secretario en 1887), a don Felipe Barreda y Laos y a don Enrique Castro Oyanguren, con los cuales se completaba el número de dieciocho a que se había acrecentado el original de doce (39). Veía así Palma colmado su propósito, si bien le confesaba a Cotarelo:

«bastante fatiga... llevo desde hace ocho meses en que me vino al magín la restauración o resurrección de la ya difunta Academia Correspondiente de la Española» (40).

La sesión solemne de reanudación de labores se realizó el 8 de Diciembre de 1917 en el mismo General de la Universidad sanmarquina que treinta años atrás había sido teatro de la fundación. Realizó con su presencia el acto el Jefe de Estado, don José Pardo (hijo y nieto de académicos), y baldado por sus dolencias y quebrantes físicos no pudo concurrir Palma, aunque a él se debió el discurso de salutación y supo con gozo que le «abrumaron las manifestaciones personales de afecto y de respetuosa consideración» (41). Las cuartillas dictadas por el tradicionalista fueron leídas por Víctor Andrés Belaúnde. En ellas, «satisfaciendo natural exigencia de mi cansado espíritu, consagró un rápido y cariñoso recuerdo» a los diez compañeros que la Muerte había ido arrebatando a lo largo de los tres decenios corridos desde 1887. Con los más entrañables términos fue evocando las semblanzas de los desaparecidos, desde el primer Director, Lavalle - *Perpetuo Antañón* - hasta Larrabure y Unánue, que pagó el común tributo en 1916. A continuación exteriorizó su complacencia por presenciar por segunda vez el establecimiento de una institución de alta cultura, compuesta por un personal selecto que, por su índole neutral, serviría para desvanecer el erróneo concepto del espíritu esencialmente conservador de las Academias. Concluyó con esta exhortación: «Pienso, señores, que la misión que toca a la Academia Peruana en esta nueva etapa de actividad debe ser de reacción contra la depravación de los ideales estéticos y contra la corrupción del noble idioma castellano...».

El discurso de orden se encomendó a don Javier Prado y Ugarteche, que disertó sobre el genio de la lengua y de la Literatura castellana, extendiéndose en especial sobre la evolución de la vida intelectual durante el Virreinato y el siglo XIX. Cerró el acto el Presidente de la República, augurando días de esplendor y prosperidad para la corporación que reanudaba sus tareas (42).

En la sesión del 15 de Febrero de 1918 renunció Palma el cargo de Director; por unanimidad se le confirió el título de Director honorario, transfiriendo la dirección activa a Prado y Ugarteche, que la retuvo hasta su fallecimiento, tres años más tarde.

A partir de esta última fecha, ausentes del país voluntaria u obligadamente la mayoría de los Académicos, sobrevino un nuevo colapso, del que apenas cabe rescatar que en 1926, ejerciendo la dirección Rada y Gamio, se incorporó como Numerario al entonces Jefe de Estado, don Augusto B. Leguía, cuyo discurso titulado «Reflexiones sobre el gobierno y los gobernantes» fue respondido por el Secretario Perpetuo Castro Oyanguren.

De esta mudez - nunca mejor dicho tratándose de una Academia de la Lengua, como lo expresara Porras Barrenechea en 1933 en su discurso de homenaje a Palma - vino a redimirla el cielo de Riva-Agüero. El 13 de Abril de 1934 el Secretario Perpetuo Castro Oyanguren se dirigió al insigne escritor participándole a sus colegas, «teniendo en cuenta los merecimientos» del destinatario de la comunicación «como hombre de letras y cultivador del idioma», habían acordado por aclamación designarle Director de la corporación (43). Se abría así, bajo la regencia señorial de un prócer de nuestros anales literarios, la tercera y fecunda etapa de actividad ininterrumpida desde entonces.

Como él mismo confesara, al asumir el cargo directoral le animaba una «devoción fervorosa por nuestro idioma español y por las tradiciones, así morales como artísticas, que constituyen su alma histórica, su contenido y substancia...» (44). Fiel a ese credo, además de la misa vigiliada prevista en el artículo 13o de los Estatutos corporativos, instauró la práctica de celebrar sesiones públicas cada 23 de Abril, Día del Idioma. Predicando con el ejemplo, en 1934 abordó de un modo genérico las relaciones de Cervantes con el Perú, y al año siguiente realizó con mayor detalle una exégesis de *La Galatea*. Memorables fueron, además, su intervención en la velada del 18 de Enero de 1935, cuarto centenario de la fundación de Lima, y el magistral discurso del 27 de Agosto de ese mismo año, en que rindió homenaje a Lope de Ve-

ga. La sesión conmemorativa tuvo la particularidad de haber dado comienzo precisamente a la hora vespertina en que expirara en Madrid 300 años atrás el «Monstruo de la Naturaleza».

En 1934 fueron elegidos don Clemente Palma y Don Manuel Vicente Villarán para suceder en las vacantes que dejaran sus respectivos progenitores, y el 12 de Noviembre leyó su discurso de incorporación don Enrique A. Carrillo, en elogio de Monseñor Roca y Boloña, de cuyo nacimiento se conmemoraban ese día cien años (45). En 1935 tomaba posesión de su plaza Barreda y Laos, que trató de «La argentinidad en la Literatura Hispanoamericana».

En 1941, como prueba fehaciente de la amplitud de criterio que rige para el escogimiento de Numerarios, la institución regida por Riva-Agüero abrió sus puertas a intelectuales de la talla de don Jorge Basadre; de don Honorio Delgado; de don José Ma. Eguren; de don Guillermo Hoyos Osorio, que leyó en 1944 su discurso de incorporación en el centenario de Monseñor Tovar; de don Mariano Iberico Rodríguez; de don José Jiménez Borja, que al año siguiente se incorporó con el delicado elogio de San Juan de la Cruz; de don Enrique López Albújar; de don Raúl Porras Barrenechea, cuyo panegírico de Pizarro en el cuarto centenario de su muerte es una pieza antológica, y del R.P. Rubén Vargas Ugarte, S.I., que ese mismo año tomó posesión de su plaza disertando sobre la elocuencia sagrada en el Perú en los siglos XVII y XVIII.

Tras el fallecimiento ocurrido en 1944 de Riva-Agüero, tres años después asume el cargo de Director don Víctor Andrés Belaúnde. Durante su mandato suscribió nuestro país el 28 de Julio de 1960 el Convenio Multilateral sobre la Asociación de Academias de la Lengua Española, organismo surgido en 1951 en México. Electo en 1947, al año siguiente ocupa su sillón don Aurelio Miró Quesada Sosa, dando lectura a un buído estudio sobre el Perú en la obra de Tirso de Molina. Tras la designación de don Alberto Ureta en 1950, seis años más tarde una hornada de autores de categoría enriquece la nómina de la Corporación, a saber : don Luis Alayza y Paz- Soldán, que al incorporarse se

ocupó en «Luis Fernán, periodista y político: expresión del Perú»; don José Luis Bustamante y Rivero, que también al cabo de tres años ingresó con la lectura de unas «Consideraciones de orden lingüístico -Semblanza de Francisco García Calderón Rey»; don Rafael de la Fuente Benavides (*Martín Adán*); don Cristóbal de Losada y Puga, que en 1959 abordó «La enseñanza superior. Algunas reflexiones sobre ciertos problemas universitarios», año en que fueron asimismo electos don Alberto Ulloa y Don Héctor Velarde. En 1960 es llamado a nuestra Corporación don Ciro Alegría, y al año siguiente don Alberto Wagner de Reina, que confirmó su designación con el discurso «La historia como evocación».

En 1965 se invita a participar en las tareas institucionales a don Pedro Benvenuto Murrieta, que para tomar posesión de su plaza disertó sobre «Los problemas lingüísticos peruanos y nuestra Academia» (46); a don Luis Jaime Cisneros, que ocupó su sillón dando lectura a un discurso relativo a «Lengua y mundo de José Galvez»; don Estuardo Nuñez, que lo hizo con una exposición sobre «La imagen del mundo en la literatura peruana», y finalmente, a don Augusto Tamayo Vargas, que probó cumplidamente el acierto de su elección con una exégesis de «Abraham Valdelomar», y que desde 1982 está a la cabeza de nuestra Corporación, dirigiéndola sin mandar, con discreta medida.

Al producirse el inesperado fallecimiento de Belaúnde, y para sucederle en el primer puesto de la institución, los Numerarios depositaron su confianza en don Aurelio Miró Quesada Sosa, que guió los destinos académicos desde 1967 hasta 1979. Es de estricta justicia realzar que la Corporación entra en una fecunda era de actividad: comienza a publicarse con regularidad el *Boletín* de la Academia, del cual han aparecido ya veintiún números y en cuyas páginas queda constancia puntual de la vida corporativa; se crean dos comisiones, la Filológica o Lexicográfica, encargada de investigar y absolver las consultas, y la de Publicaciones, y un hito importante: la adopción de nuevos Estatutos, que reemplazaron a los que se encontraban en vigencia desde 1887. El organismo pasa a llamarse ahora Academia

Peruana de la Lengua, y se definen con precisión sus campos de actividad: promover el estudio, el correcto uso y la defensa de la lengua española; esclarecer los modos peculiares de hablarla y escribirla en el Perú, e investigar y difundir la obra literaria de los grandes escritores nacionales.

En cuanto a su personal en 1971, se requiere la colaboración de doña Marta Hildebrandt, cuyo discurso versó sobre «Modismos y refranes en el habla de Bolívar», de don Guillermo Lohmann Villena, que expuso noticias sobre «La poesía satírico-política durante el Virreinato», y de don Francisco Miró Quesada Cantuarias, que se ocupó «De la Insula Barataria a la gramática generativa». Aquel mismo año sale a luz el primer volumen de la *Biblioteca de Clásicos Peruanos*, con una recopilación completa de las poesías de Melgar, al que seguirán en 1975 y 1976 otros dos con las de Pedro Paz-Soldán y Unánue (*Juan de Arona*). En dicho 1975 accede a una plaza don Juan Ríos Rey; en 1976 don Alberto Escobar, cuyo discurso trató sobre «Tipología, variedades y zonificación del español del Perú: propuestas para un debate», y don Fernando Romero, que abordó «El habla costeña del Perú y los lenguajes afronegros»; en 1977 don Mario Vargas Llosa da cuenta de «José María Arguedas, entre sapos y halcones»; en 1978 don José Tola Pasquel expone «La matemática: lenguaje, estética y significación», y en 1979 don Javier Sologuren diseña unas «Perspectivas sobre la poesía de Emilio Adolfo Westphalen» y don Alberto Tauro plantea su «Concepto del Perú».

En el mismo 1979 se produce el relevo en la Dirección, que pasa a ser desempeñada hasta 1981 por don José Jiménez Borja. Acontecimiento trascendental en la vida corporativa fue el VIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, que se reunió en Lima del 21 al 26 de Abril de 1980. El grueso volumen con las actas de tan magna asamblea es el mejor testimonio de la importancia del certamen, y la prestancia de los concurrentes, la calidad científica de las ponencias y el relieve de las actuaciones públicas ratificaron el crédito granjeado por nuestra Corporación entre sus congéneres.

En la memoria de todos los presentes está vivo el recuerdo de los acontecimientos más principales de los últimos años. Ampliado a treinta el número de Académicos, se han ido incorporando, en 1981 don Luis Alberto Sánchez «Reflexiones sobre indianismo e indigenismo en la Literatura peruana» y don Luis Hernán Ramírez Mendoza «Elogio de don Andrés Bello, libertador y civilizador de América»; en 1982 don Carlos Germán Belli «La poesía de Jose María Eguren», don Antonio Cornejo Polar «La literatura peruana: totalidad contradictoria» y don José Agustín de la Puente Candamo «Reflexiones sobre la enseñanza de la historia del Perú»; en 1983 don Miguel Angel Ugarte Chamorro «El gesto y la expresión corporal en la lengua y la literatura española», don Enrique Carrión Ordoñez «Compilaciones de peruanismos anteriores a Juan de Arona», don Andrés Aramburú Menchaca «El periodismo como literatura y como magisterio» y don Manuel Pantigoso «La educación por el arte», y finalmente en 1984 don Manuel Solari Swayne «El lenguaje de las formas» y don José Rivarola «Lengua, comunicación e historia del Perú». La más reciente designación recayó, en 1985, sobre don Enrique Peña Barrenechea.

Aunque tediosa la relación del título de los discursos de incorporación, espera haber llevado al ánimo de los oyentes que todos encararon asuntos de importancia y carácter nacionales, y nadie podrá tildarlos de meros alardes retóricos o de puro virtuosismo académico, no obstante el ambiente en que fueron leídos. Por otra parte, los nombres de los 76 Numerarios que se inscriben en los anales de la Corporación, abonan que en el seno de ella caben todas las escuelas literarias, todas las corrientes estéticas, todas las tendencias ideológicas y todas las opciones políticas. Sus puertas se abrieron para acoger a la poesía con Eguren, Luis Benjamín Cisneros, Gálvez, Ureta y *Martín Adán*; a la filosofía con Deustua, García Calderón Rey, Delgado e Ibero; a la jurisprudencia con los Villarán y García Calderón Landa; al periodismo con Luis Fernán Cisneros, La Jara y Ureta, *Cabotín* y *Rasco*; la novela estuvo representada por López Albújar y Alegría; las letras clásicas por *Juan de Arona*; la Sociología, por

Prado y Cornejo; la crítica literaria por Clemente Palma y Jiménez Borja; la erudición por Lavalle, Coronel Zegarra, Alayza y Paz Soldán, Basadre, Porras Barrenechea, Riva-Agüero, Larraure y Unánue y Vargas Ugarte; el Derecho Internacional por Belaúnde, Ulloa y Lavalle (Juan Baustista); la lingüística por Benvenuto Murrieta; la educación por Losada y Puga y el purismo, por Gutiérrez de Quintanilla. Bajo su cúpula caben todos los saberes y todas las vocaciones.

Fiel a su tradición y ufana de su pasado, la Academia Peruana de la Lengua renueva en esta fecha su voluntad de servicio a la cultura del Perú y al mayor lustre de las Bellas Letras en particular.

## NOTAS

- (1)- Comunicación de la Real Academia Española cursada al decano de los Correspondientes en el Perú, don Ricardo Palma, en 6 de Mayo de 1887, publicada en *El Ateneo de Lima* (Lima, 1887), IV, pág. 123.
- (2)- «A B C», Madrid, 10 de Febrero de 1887.
- (3)- Lohmann Villena, «Don Diego de Villegas y Quevedo, Individo de la Real Academia Española (1696-1751)», en *Revista de Indias* (Madrid, 1944), núm. 15, págs. 41-88. Se hizo tirada aparte.
- (4)- Nació el 16 de Julio, y fue bautizado el 10 de Octubre siguiente (Parroquia del Sagrario. Libro 11 de Bautismos (1731-1742), fol. 165v).

Sus padres fueron don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas, oriundo de Quilpolemu (Chile), y su prima segunda doña Joaquina María Brun y Carvajal, cuyo matrimonio se celebrara en Lima, en dicha parroquia del Sagrario, el 11 de Junio de 1741; Caballero de Santiago (1758); octavo Conde del Puerto, cuarto Conde de Castillejo, noveno Correo Mayor de las Indias, y desde 1768 primer Duque de San Carlos en compensación a la renuncia del cargo y rentas del Correo Mayor (Torres Saldamando, *Los Títulos de*

*Castilla en las familias de Chile* (Santiago, 1894), I, págs. 21-25, y Roa y Ursúa, *El Reyno de Chile* (Valladolid, 1945), pág. 393). Alcalde de Lima en 1750.

Mariano Joaquín casó el 22 de Febrero de 1764, en la iglesia del Milagro, con doña Mariana Eusebia Manrique de Lara, que aportó una dote de 30.000 pesos (El recibo fue otorgado por su cónyuge la víspera de la boda. Archivo General de la Nación. Francisco Luque, 1764 (606), fol. 171). Ella falleció en Lima en 1o de Julio de 1787.

Fue Caballero de Santiago (1757) (Lohmann Villena, *Los americanos en las Ordenes Nobiliarias* (Madrid, MCMXLVII), I, pág. 89) y Caballero Gran Cruz de la Orden de Carlos III (ibid., II, pág. 308). Quinto Conde de Castillejo; Gentilhombre de Cámara regia.

Por haberle ordenado la Corona que se estableciese en España, momentos antes de embarcarse en el navío «Nuestra Señora del Buen Suceso» que se hizo a la vela con rumbo a la Metrópoli el 23 de Enero de 1788, otorgó poder para testar (Archivo General de la Nación. Francisco Luque, 1787-1788 (650), reg. 1788, fol. 29).

En la Corte suscribió su disposición de última voluntad en 16 de Abril de 1796, y añadió un codicilo al día siguiente. En este último declara que «...llebado de su genio aficionado a Libros ha hecho una Junta de estos para que con la lectura fuese menor su ignorancia procurando subscribir y comprar las obras útiles y buenas que van saliendo...» y agrega: «igualmente declara haber compuesto diferentes Libros pertenecientes a las cosas eclesiásticas y seculares y de la Universidad de Lima como también otro presentado a la Real Academia de la Historia cuando se incorporó a ella... que no se impriman... porque necesitaban la última mano que le ha embarazado el tiempo...» (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. Félix Rodríguez, núm. 20.215, fols. 316 y 330). No pudo suscribir ambos documentos «por no permitirlo la indisposición de su enfermedad».

Fue uno de los cuatro Censores nombrados por la Re-

al Academia de la Historia para dictaminar sobre el mérito científico de la *Historia del Nuevo Mundo* de don Juan Bautista Muñoz (1791) y formó una colección de las *Relaciones* de algunos gobernantes del Perú (Lohmann Villena, *Las Relaciones de los Virreyes del Perú* (Sevilla, 1959), págs. 38-39).

Su óbito ocurrió en Madrid el 23 de Abril de 1796.

- (5)- Cláusula 84o del testamento de don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas, extendido en Lima el 31 de Diciembre de 1765; en la cláusula 88a se añade que tenía siete estantes de 2.50 m. de altura, con libros y papeles (Archivo General de la Nación. Francisco Luque, 1765 (609), Fol 1284).
- (6)- En la sesión de ese día, presidida por el Director Rodríguez Campomanes, este leyó un memorial de don Mariano Joaquín de Carbajal y Vargas, en que suplicaba que la Corporación «se sirva colocarle entre sus Individuos en la clase que más sea de su agrado...»; previo informe del Censor, que manifestó que el recurrente era acreedor a la gracia, y con acuerdo de los asistentes, fue admitido en la clase de Académico honorario (Real Academia de la Historia. Libro 5o de Actas (1767-1773), fol s.n.).
- (7)- Archivo Histórico Nacional. Madrid. Códices y Cartularios, 51-b.

El título reza: «GLORIAS DEL PERU. Oración que dirige a la Real Academia de la Historia Española, con motivo de su admisión en ella, en junta de 23 de Abril de 1773: en la que se manifiesta la utilidad de su establecimiento bajo la Real protección, y se vindica el mérito de los peruanos; dando una breve idea de su nobleza, armas, letras y virtud, cuya apología ilustra con notas históricas para la mejor inteligencia Mariano Joaquín de Carvajal Vargas y Brun, Conde del Puerto, Académico de San Fernando y de la Española». Dedicóla al Conde de Castillejo, su hijo primogénito, que a su vez la ofreció a su abuelo, don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas (Lima 16 de Marzo de 1774).

He aquí el sumario: Oración gratulatoria (pags. I a X);

Introducción a las notas (pag. J); § 1, Noticia de los famosos conquistadores del Perú (pag. 2); § 2, Señoríos y mayorazgos disputados por peruanos en Chancillerías y Consejos (pag. 5v); § 3, Breve noticia de los títulos de Castilla en Lima, por orden alfabético (pág. 7v); § ..., Títulos que no han tomado denominación (pág. 24); § ..., razón de los mayorazgos existentes en Lima (pág. 25); §...IV, Embajadores, virreyes y Oficiales Generales (pág. 27); § ... Oficiales de menor grado (pág. 31); § V, Consejeros (pág. 34); § Consejeros Honorarios (pág. 35v); § VI, Ministros togados en varias Audiencias (pág. 36v); § VII, Arzobispos (pag. 47); § VIII, Obispos (pág. 51); § IX, Inquisidores (pág. 81v); § X, Peruanos que han sobresalido en Universidades de Europa (pág. 83); § XI, Peruanos que han sido Académicos celebrados por los sabios de la Europa (pág. 84v); § XII, Prelados Generales (pág. 86v); § XIII, Predicadores de reyes (pág. 91); § XIV, Capellanes de Honor (pág. 91v); § XV, Escritores peruanos (pág. 92); § XVI, Alcaldes ordinarios de Lima (pág. 128); § XVII, Regentes del Tribunal de Cuentas (pág. 153v); § XVIII, Presidentes de Audiencias (pág. 153v); § XIX, Pages, Gentilshombres y otros ministerios en el Palacio Real (pág. 155), y § XX, Personas ilustres en santidad que han florecido en el Perú (pág. 156-214v).

En el parágrafo XI menciona a Peralta Barnuevo, a Villagas y Quevedo, a don José Agustín Pardo de Figueroa, marqués de Valle Umbroso, a don Domingo de Orrantía, a don José Antonio de Borda y Orozco, al doctor Luis de Herrera y Vergara (doctor por la Universidad de Avila y relator de la Audiencia de Lima), miembros de la Historia los dos últimos, y finalmente a doña Francisca de Ceballos y Ribera, Académica de la de San Fernando.

Esta última era en efecto limeña, hija del oidor don José Damián de Ceballos Guerra y de la segunda Condesa de Santa Ana de las Torres, doña Josefa Marcelina de Ceballos Ribera y Dávalos (Riva-Agüero, *Obras Completas. VIII. Estudios de genealogía peruana* (Lima, 1983), pág. 204).

En 1743 contrajo matrimonio con el tinerfeño General Lorenzo Felipe de la Torre Barrio. Aunque la boda se celebró el 23 de Febrero de ese año, el recibo de la dote, ascendente a 80.000 pesos, se extendió el 13 de Diciembre siguiente (Archivo General de la Nación. Pedro Espino Alvarado, 1743 (303), fol. 720). Ella, en meses mayores de su embarazo, otorgó poder para testar a su marido en 22 de Enero de 1744 (Archivo General de la Nación. Francisco Estacio Meléndez, 1744 (368), fol. 61v). Viuda, pasó a segundas nupcias con don Nicolás Sarmiento de Sotomayor, que en 18 de Junio de 1769, de partida para España, suscribió su disposición de última voluntad (Archivo General de la Nación. Agustín Jerónimo de Portalanza, 1764-1769 (872), fol. 271v); fue posteriormente Conde de Portillo; Alcalde de Lima en 1785 y rector de la Universidad de San Marcos (1788-1789 y 1790); sujeto ilustrado y generoso.

La distinción académica probablemente fue conseguida en Madrid por su hermano, don Juan José de Ceballos Dávalos, tercer Conde de Santa Ana de las Torres, Mayordomo de Semana de Felipe V y Fernando VI, y Consejero de Hacienda, cuya devoción por el benedictino Feijóo le incitó a visitarle en Oviedo en ocasión de su segundo viaje a España (Cfr. *Cartas Eruditas* (Madrid 1774), V, pág. 252. Carta X).

- (8)- Nació en 8 de Mayo de 1771, y el bateo se verificó el 9 de Octubre siguiente (Parroquia del Sagrario. Libro 14 de Bautismos (1766-1774), fol 103v). Se radicó en España. Caballero del Toisón de oro y de Santiago (Lohmann Villena, ob. cit., I, pag. 90-92); Gentilhombre de Cámara de ejercicio, y Gran Cruz de la Orden de Carlos III; Consejero de Estado; Capitán General y Embajador ante las Cortes de París, Londres, Viena y Moscovia.

Falleció el 17 de Julio del año indicado, bajo testamento suscrito el 22 de Febrero de 1826 (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. Manuel María de Paz. 24.078, fol. 22).

- (9)- Palma, *Recuerdos de España* (Lima, 1889), págs. 169-170.

Como testimonio de su entrañable adhesión a su ciudad natal, para deponer en las pruebas que se le siguieron para cruzarse en la Orden de Calatrava solicitó la comparecencia de dos peruanos: el arequipeño Teniente General Goyeneche, Conde de Guaqui, y el limeño Capitán don Pedro Bravo de Ribero y Aliaga, Marqués de Castell Bravo (Lohmann Villena, ob. cit., II, págs. 104-105).

Hay que descartar por completo la afirmación de que el Conde de Castañeda de los Lamos, Académico de la Española desde 1787, hubiese sido don Joaquín de Lamo y Zuñiga, primero de dicho título como consorte de doña Francisca Javiera de Castañeda (sobrina del Obispo del Cuzco, don Juan de Castañeda, adquirente del título), que falleció en Lima en 18 de Abril de 1779, bajo testamento otorgado seis días antes (Archivo General de la Nación. José de Aizcorbe, 1779, fol. 785). Era burgalés y le adornaba un espíritu ilustrado, pues en la cláusula 31<sup>a</sup> de su mencionado testamento declaraba entre sus bienes una importante biblioteca, «... que toda se compone de obras selectas de autores clásicos y materias curiosas así los españoles como los franceses...»; en junto poseía medio millar de volúmenes. Fue autor del Epítome Chronológico o Idea General del Perú... (1772) (Real Academia de la Historia. Madrid. Colección Mata Linares, XLIII, fols. 1-380). Al fallecer sin dejar descendencia, el título pasó a su hermanastro, don Pio Ignacio Lamo Palacios del Valle, asimismo burgalés, Oficial Mayor de la Secretaria de Estado; Caballero de Carlos III, y Rey de Armas. Académico de la Lengua - como queda dicho - desde 1787 hasta el 22 de Octubre de 1818, día de su fallecimiento. Había suscrito poder para testar el 22 de Septiembre anterior, y testó el mismo día de su óbito (Archivo Histórico de Protocolo de Madrid. Juan de Mata Illana, 23.737, fols 416 y 450, respectivamente).

- (10)- V. Miró Quesada S. «Don Felipe Pardo en la Academia», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima,

- 1968), núm. 3, págs. 11-55, y en *Tiempo de leer, tiempo de escribir* (Lima, 1977), págs. 127-173.
- (11)- Cfr. *El Comercio*, núm. 14.097, del 3 de Junio de 1878 (que transcribe la gacetilla inserta en *La Epoca*, de Madrid, del 12 de Abril anterior), y *El Nacional*, del 2,6 y 7 del mismo mes.
- Circunstanciados pormenores de la elección pueden conocerse a través del artículo de Miró Quesada S., «Ricardo Palma, La Academia y las "Tradiciones"», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima 1969), núm. 4, pág. 30 y ss.
- (12)- Enrique A. Carrillo (*Cabotín*), Discurso de incorporación en 12 de Noviembre de 1934.
- (14)- Palma, *Epistolario* (Lima, 1949), I, págs. 70 y 555, y II, págs. 76 y 78.
- El Comercio*, núm. 16.075, del 23 de Diciembre de 1886.
- (15)- *El Comercio*, núm. 16.111, del 7 de Febrero de 1887.
- (16)- *El Comercio*, núm. 16.122, del 8 de Febrero de 1887.
- (17)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 136, 139, 141 y 143.
- (18)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 70.
- (19)- *El Comercio*, del 30 de Mayo de 1887.
- (20)- *El Ateneo de Lima* (Lima, 1887), IV, págs. 126 y 131-132.
- (21)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 149-150, II, pág. 80.
- (22)- *El Ateneo de Lima* (Lima, 1887), IV, págs. 142 y 145.
- (23)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 148.
- (24)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 145 y 555.
- (25)- Palma, *Epistolario*, I, Págs. 146, 155 y 224.
- (26)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 156.
- (27)- Cfr. Díaz Plaja, «Ricardo Palma y la Real Academia Española», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima, 1983), núm. 18, págs. 43-51, y del mismo, «Intervenciones de don Ricardo Palma en la Real Academia Española en el año 1892», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima, 1985), núm. 20, págs. 47-64.

- (28)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 234.
- (29)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 512-513.
- (30)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 86 y 88, y II, pág. 291.
- (31)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 273 y 274.
- (32)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 305.
- (33)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 99.
- (34)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 511.
- (35)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 512.
- (36)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 289, 548, 550, 553 y 563.
- (37)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 550
- (38)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 289, 552-553-554, 556, 558 y 560.
- (39)- Palma, *Epistolario*, I, págs. 564-565-566 y 570.
- (40)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 567.
- (41)- Palma, *Epistolario*, I, pág. 567
- (42)- Cfr. *Boletín de la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua* (Lima, 1918), tomo I, Cuaderno 1, *passim*.
- (43)- *El Comercio*, núm. 47.604, del 15 de Abril de 1934.
- (44)- Riva-Agüero y Osma, *Discursos Académicos* (Lima, 1935), pág. 7
- (45)- *El Comercio*, núm. 47.988, del 13 de Noviembre de 1934.
- (46)- Cfr. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* (Lima, 1968), núm. 2, págs. 31-46.

\*\*\*



## INVESTIDURA DE DON AURELIO MIRO QUESADA COMO DIRECTOR HONORARIO DE LA CORPORACION

*(Sesión Pública del 21 de Mayo de 1987)*

### PALABRAS DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA, DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

La Academia Peruana de la Lengua rinde homenaje a don Aurelio Miró Quesada, al cumplir 80 años de edad, por la profícua y valiosa tarea cumplida como escritor, como maestro universitario, como historiador, como periodista y como miembro conspicuo de nuestra Corporación. Hay en su vida una honda huella de peruanidad que es el resultado de intensos estudios sobre los más altos valores de nuestra historia y nuestra literatura, llámense Inca Garcilaso de la Vega, Mariano Melgar, Ricardo Palma o César Vallejo, y al mismo tiempo una minuciosa investigación sobre figuras de la lengua castellana, como Tirso de Molina, Lope de Vega, Cervantes, o puentes entre las dos culturas como en los casos del Marqués de Montesclaros y Alonso de Estrada, figura literaria de las provincias del Sur del Perú y al mismo tiempo citado y elogiado en el "Canto a Calíope" de *La Galatea* cervantina. Al resaltar hoy la brillantez de su talento y la eficacia de su labor investigadora, de su constante auscultar al país a través de venas remotas pero consistentes, señalamos particularmente la misión que ha cumplido y viene cumpliendo dentro de la Academia Peruana de la Lengua, que ha dirigido por doce años con impulso renovador y con grave austeridad, sin embargo, en las arduas tareas que debe llevar adelante una institución de las características de la nuestra, donde el estudio de la

lengua debe unirse a la generativa obra creadora.

En 1935 es ya Catedrático de Literatura Española de la Universidad Nacional de San Marcos y aparece su primera obra: **América en el teatro de Lope de Vega**.

Varios años después publicaría **Lope de Vega y el Perú** (1962) con nuevos y nuevos hallazgos, dentro del teatro de aquél y con el sentido de seguir profundizando en un tema, que es característica suya. En tanto había publicado: **Vuelta al mundo**, que es la descripción de sus experiencias de viajero, a través de una auténtica vuelta al mundo, donde la observación y el dato cultural son recogidos con la minuciosidad, la inteligencia y el plan de aproximación cultural que seguirá años más tarde en sus viajes por el Perú, que aparecen en **Costa, Sierra y Montaña**, clásico libro de A.M.Q.S. que han visto desfilar, en varias ediciones, una gran cantidad de lectores.

Es en 1945 que, publicado por las Empresas Eléctricas Asociadas del Perú, aparece un libro fundamental de A.M.Q.S.: **El Inca Garcilaso**. Se trata de una primera meta de sus incansables investigaciones y afanes en torno de nuestro primer gran escritor mestizo. Es evidente la influencia en el tema y la actitud de José de la Riva Agüero, pero el estilo y las conclusiones serán propias de A.M.Q.S., quien ha de presentar un nuevo y rico lenguaje, al par que ofrecer las contribuciones lingüísticas del propio Inca Garcilaso, los "peruanismos" dentro del idioma castellano. Hay además en él una construcción cálida: "Fuera de la liviana gracia del balcón, la casa de Garcilaso de la Vega era, como casi todas las de la ciudad (Cusco), recogida y severa"... "Obra profunda y vitalísima (se refiere a **Los Comentarios Reales**) sobre los dos momentos culminantes de la tierra en que él había nacido y que él sentía, y que iba por lo tanto a describir de más cabal manera que la peregrina historia de La Florida que -como en las viejas palabras del romance- el Inca sólo podría decir que conocía de oídas, que no de vista". El tema "Garcilaso" ha sido continuado con un aporte constante de A.M.Q.S. a su esclarecimiento, al estudio intenso de los textos y a su difusión.

Al par que opúsculos diversos, A.M.Q.S. editó y dirigió

**Mar del Sur**, valiosa revista cultural, literaria en gran parte de su contenido, con colaboradores de trayectoria conocida y también nuevos valores, que contribuyen en esos años al enriquecimiento de nuestra historia, nuestra prosa y nuestra poesía y al mismo tiempo con entrañable afán peruanista. Son años de amanecer en muchos campos de la vida del Perú y también de tronchamientos. **Mar del Sur** vive entre 1948 y 1953. Y es una ventana abierta a la literatura. Al frente, **el mar**, otro tema que acicatea constantemente a A.M.Q.S. en medio de su clásica manera y de su equilibrio mantenido por sobre todo apasionamiento. Mientras tanto ha seguido su vida de profesor universitario en San Marcos, donde llega a Decano de la Facultad de Letras, presidiendo un armonioso concierto de ideas y tendencias de los Catedráticos de entonces. Así es elegido Rector de la cuatricentenaria Casa de Estudios en 1956. También había ingresado -años antes- a la Academia Peruana de la Lengua, en 1948, con un original trabajo sobre "El Perú en la obra de Tirso de Molina" y lo había recibido Raúl Porras Barrenechea. Se trata de uno de los más completos trabajos académicos y es preciso hacer una republicación de tan pionero esfuerzo histórico-literario.

En 1967, y ante la pérdida de Víctor Andrés Belaúnde, es elegido Director de la Academia Peruana de la Lengua e inicia una fructífera labor en el seno de ella, como se certifica en el **Boletín**, que él mismo crea y dirige durante los doce años en que habrá de estar al frente de esa tradicional institución, que este mismo año cumple un Centenario de existencia y a la que continúa prestando invalorable aporte. Al par prosigue su actitud de polígrafo con la publicación de **20 temas peruanos**. El mismo dirá: "Forman un conjunto de ensayos histórico-literarios, en los que he intentado conciliar el necesario rigor de la información con la amplitud debida al ámbito de lectores... o de oyentes a los que han estado dedicados". Es una nueva contribución a la cultura nuestra.

Entre los discursos académicos allí insertos estarán sus ya clásicos temas sobre el mestizaje en el Perú y sobre Lope de Vega. Vendrán también ensayos históricos y lingüístico-literarios,

como el estudio del hermoso vocablo "garúa" y el desenvolvimiento del primer periódico el **Diario de Lima**. Estará también presente, Lima, a la que había dedicado un precioso librito con numerosas ilustraciones en 1946. **20 temas peruanos** tiene un principal capítulo dedicado a tres figuras de la historia y la literatura peruanas: Palma, Riva Agüero y César Vallejo. Los artículos enviados por nuestro más insigne poeta a "El Comercio" de Lima, representan un ángulo de su personalidad; y van acompañados de un prólogo de A.M.Q.S. La vinculación con un público de lectores peruanos se sostiene por un par de años. Vallejo decía: "sería conveniente mantener entre nosotros un continuo intercambio de ideas. Escribame siempre, que yo haré lo mismo. Tiene Ud. en mí un buen amigo y compañero. No lo olvide".

A.M.Q.S. prosigue su nunca interrumpida labor de investigador y de realizador literario. Viaja nuevamente por el Perú y va aumentando fichas a sus notas sobre ciudades y provincias del Perú. Al mismo tiempo, Melgar representa un núcleo de sus afanes, en el camino de sus inquietos buceos en el mestizaje nacional. También dentro de esa inquietud se hallará el personaje "Alonso de Estrada", poeta sevillano avecindado en Moquegua, que estudia A.M.Q.S. a través de provechosos viajes.

En el frondoso tejido de personajes del Perú que A.M.Q.S. ha desentrañado por diversas trochas y establecido seguros derroteros de penetración, están los poetas a quienes presta especial atención. Y entre ellos **El primer virrey-poeta en América** **Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros**. La personalidad de Montesclaros queda esclarecida a través de su paso por México y el Perú y establecerá A.M.Q.S. la relación de ese Virrey con los poetas americanos, con los prosistas, con los maestros universitarios y con el teatro. Luego su obra personal como poeta y prosista. Montesclaros seguirá en España una vida de éxitos oficiales y a su muerte tendrá fama póstuma. El minucioso estudio tiene una extensa bibliografía y un índice onomástico de gran utilidad. Por este trabajo obtuvo A.M.Q.S. el Premio Nacional de Ensayo Literario, en 1961.

En la década del 70 presentó Miró Quesada **Tiempo de leer, Tiempo de escribir**, impulsado por cierto nostálgico movimiento de la memoria al recordar a sí mismo y a los lectores que había sido despojado de la tribuna periodística y no le quedaba sino el tibio calor de su biblioteca particular. Este libro contiene tres partes esenciales acerca del Inca Garcilaso, preferente figura en su quehacer histórico-literario: "Las ideas lingüísticas del Inca Garcilaso", donde afloran los quechuismos; "El Inca Garcilaso y las Islas Canarias" donde se ve el puente histórico entre España y América; y "El monumento al Inca en Lima", donde, una vez más, desentraña su peruanismo de integración y fusión. Para 1976 aparece en la Colección "Ayacucho" de Venezuela, la Antología de **Los Comentarios Reales** llevada a cabo por A.M.Q.S. con extenso prólogo y notas donde se expresa un resumen en la actividad creadora del Inca Garcilaso, con un inventario de sus libros y donde se ratifican los conceptos anteriormente emitidos.

Como culminación de sus estudios acerca de Melgar y de su obra poética, A.M.Q.S. publica **Historia y leyenda de Mariano Melgar**. Resulta este trabajo un amplio frente de conocimientos sobre la vida y la poesía de ese sugestivo poeta arequipeño que inicia prácticamente la "españolización" del "harawi" y lleva el "yaravi" al campo de la literatura selecta al par que popular. El tema Melgar le da pábulo para ver la geografía y la historia arequipeñas en los momentos trascendentales de la lucha por la independencia. También para seguirlo en el tratamiento del mar y del campo junto con las "endechas de amor" que reciben el legado de la literatura clásica, en la que era experto Melgar, y los viejos y cortos poemas líricos del Antiguo Perú. "En él se juntan y culminan todos los elementos que caracterizan desde entonces al yaravi", sintetiza A.M.Q.S., haciendo, al mismo tiempo, un deslinde de los poemas auténticamente melgarianos y aquéllos que han venido hasta nosotros "como de Melgar".

Tenemos por último **Nuevos temas peruanos**. Aquí están los estudios sobre Alonso de Estrada que él unifica entre el poeta citado por Cervantes en **La Galatea** y el vecino del valle de Moquegua, cuyos pasos sigue por Lima y Arequipa hasta su de-

finitiva residencia en ese valle del Sur peruano, donde habrá de morir después de dejar descendientes y hacer una fortuna especialmente agrícola. Pero estarán también nuevos y prolijos datos sobre Huamanga y sobre Arequipa y, asimismo, originales estudios históricos donde emerge su antigua preocupación y encantamiento: el mar. Va descubriendo y analizando aportes de la literatura española al Perú y a su cultura. Y en el variado campo de sus disquisiciones literarias asoma un novedoso estudio: "Tres topoi en la literatura peruana", que son "la oposición madre-madrastra" en el Inca Garcilaso; "las lágrimas y el río" en Mariano Melgar; y "el sol y la sombra" en Choquehuanca. Y será otra vez, Palma; y surgirá en sus páginas la figura de Ciro Alegría. Hay un capítulo para Quevedo, que tanto apasionó a Jorge Luis Borges; y otro para Erasmo y uno dedicado a Fray Luis de Granada en el Perú. Su labor abarca horizontes diversos, pero a ellos va con la proa bien enfilada y la carta de navegación prolijamente diseñada y aprendida. Hay una búsqueda permanente de la verdad acompañada de ese lenguaje cálido y armoniosamente compuesto a que nos hemos referido

Y así arriba a estos ochenta años, pleno de sabiduría, al mismo tiempo que ofrece el rico patrimonio de su jugoso estilo literario.

La Academia Peruana de la Lengua en efemérides singular ha querido testimoniar su admiración y su reconocimiento a don Aurelio Miró Quesada al elegirlo, por decisión unánime de sus Miembros, Director Honorario de la Corporación para que siga prestando, desde ese especial cargo, su contribución valiosa, con la experiencia de guía bien orientado y con las luces de su entendimiento.

Para que guarde memoria de este acto jubiloso, le hago entrega, en nombre de la institución, del Diploma que lo acredita como Director de Honor y como maestro permanente dentro de la vida académica del país.

## DISCURSO DE ORDEN POR DON JOSE AGUSTIN DE LA PUENTE CANDAMO

La Academia Peruana de la Lengua ha convocado a la sesión pública que ahora nos reúne para recibir de modo formal a Aurelio Miró Quesada Sosa, en su nueva investidura de Director Honorario de la Corporación.

Nos preside esta noche un conjunto de recuerdos, de alegría, por el gozo de un amigo y hermano mayor en la Academia, que hoy advierte el reconocimiento y el aprecio que su obra merece.

Vieja historia tiene la felicitación, el "elogio" académico. Sin la retórica verbal de otros siglos; sin arcos en las calles ni reposteros en los balcones; sin la lisonja que perturba la verdad, y no es digna de pronunciarse entre amigos, hoy, en la sencillez del trabajo diario, como en una clase de la universidad, o como en una sesión ordinaria de la Academia, nos unimos al regocijo de Aurelio Miró Quesada y su familia, y con el agradecimiento que le debemos a Dios, estudiaremos algunas de las notas capitales de su obra bajo el signo de la verdad que presidió el "elogio" del virrey Jáuregui, que leyó en 1781 Baquijano y Carrillo, sanmarquino como el antiguo rector a quien hoy saludamos.

Bien sabemos que el concepto generación no es sólo vecindad cronológica sino de modo esencial, comunidad de ideales y actitudes. Miró Quesada, distante de los hombres del novecientos por más de dos décadas, pertenece de alguna manera a la generación del centenario por una mayor proximidad. En 1907, Riva Agüero, Ventura García Calderón, José Gálvez, tienen veintidós años; Víctor Andrés Belaúnde y Francisco García Calderón, veinticuatro. Raúl Porras, Jorge Guillermo Leguía y Jorge Basadre, de la generación del centenario, nacen en 1897, 1898

y 1903. Ciro Alegría es de 1909.

Diversas hipótesis e interpretaciones pueden formularse; mas, en cierta manera, entre ambas generaciones se puede ubicar a nuestro Director Honorario. Vive con calor y seriedad el estudio de lo nuestro, raíz del renacimiento nacional, que encarnan los hombres del novecientos y desarrolla sus tareas de magisterio e investigación en la hora que corresponde, por influencia espiritual, a la generación del centenario.

Su vocación por las humanidades necesita algunas precisiones. Semejante a Riva-Agüero y a Raúl Porras por el cariño parejo a la historia y a la literatura, su permanente arraigo en el periodismo lo acerca a otros antiguos académicos como Clemente Palma, Cabotín y Luis Fernán Cisneros.

La cátedra, la investigación y el periodismo son, tal vez, los caminos centrales para entender la obra de Miró Quesada. La seriedad en la búsqueda de la información y del dato; la claridad y elegancia en el lenguaje; el orden lógico en la exposición; la capacidad para llegar al alumno y al lector; el cariño en la presentación de las conclusiones, son calidades que no abandona en el artículo periodístico, en el ensayo, en la exposición en el aula, en la monografía erudita.

En 1947, Aurelio Miró Quesada ingresa a la Academia presidida entonces por la inteligencia y la generosidad de Víctor Andrés Belaúnde, con un estudio sobre "El Perú en la obra de Tirso de Molina", que lee al año siguiente, y que merece la respuesta de Raúl Porras, quien reitera la devoción garcilasista que los une.

El neoacadémico de esas horas encontró en la corporación un medio espiritualmente próximo y gratísimo en el orden humano, bajo la égida de una historia de verdad respetable, cuyo centenario recordamos este año.

En el grupo académico del cual fueron precursores, entre nosotros, Vivanco y Manuel Pardo, y que ganó forma definitiva y fuerza para renacer, más tarde, con Ricardo Palma, Aurelio Miró Quesada halló colegas y predecesores con un múltiple parentesco espiritual. Aparte las aproximaciones antes citadas,

existen otros enlaces interesantes. El presidente García Calderón, encarnación de la fortaleza civil en horas muy duras, es dignísimo rector de San Marcos, y en la línea de Riva Agüero, Belaúnde, el Padre Vargas, Porras y Basadre, enriquece su visión del Perú y en Oscar Miró Quesada ve con alegría la comunidad de la sangre y de la vocación por el periodismo.

Director de esta Academia desde la muerte de Víctor Andrés Belaúnde hasta 1979, Censor en la junta directiva, es el sostenedor del Boletín que ya forma un valioso aporte.

Puntual en la concurrencia a las sesiones, ofrece su formación y su criterio, y su ánimo se orienta siempre al encuentro de las voluntades.

No es insólito que nuestra casa lo haya designado su Director Honorario, dignidad que antes estuvo en manos de Ricardo Palma, como respuesta a su sentido institucional, a su obra en el magisterio y en la investigación y a su generoso espíritu de amistad y concordia, en la circunstancia muy grata de su octogésimo cumpleaños.

Piensan algunos críticos que si a algún escritor se le puede identificar con uno u otro de sus libros o fragmentos singulares, *Paisajes peruanos* identifica a Riva-Agüero, *Peruanidad* está unida a Belaúnde; el fragmento "la experiencia histórica peruana" es la quintaesencia del pensamiento de Basadre sobre la formación histórica del Perú.

¿Qué obra identifica a Aurelio Miró Quesada?. Tal vez con un poco de audacia podría decirse que en la biografía de su abuelo José Antonio Miró Quesada, en su estudio sobre Garcilaso, y en *Costa, sierra y montaña*, están presentes afectos permanentes y una dedicación intelectual sin desmayo. Desde otro ángulo, en estos libros se puede reconocer una interpretación del Perú.

La biografía de José Antonio Miró Quesada es de algún modo una memoria personal y de la familia, un encuentro de recuerdos a través de la tradición oral, y no obstante el cariño legítimo que se descubre en la lectura, jamás se abandona la seriedad de la discreción. Además es una amena y gratísima presentación

de la vida limeña en las postrimerías del siglo pasado y en los primeros años de esta centuria.

La vida del abuelo está entretregada con la de **El Comercio**, y con el crecimiento de su familia; éste el tema expreso o implícito de la monografía.

En las páginas de este estudio que se leen con facilidad y simpatía, se reconoce el crecimiento de la ciudad y avances técnicos al lado de la presentación de momentos singulares. Aparece la conversación de Manuel Pardo con José Antonio Miró Quesada, cuando el fundador del partido civil se acerca a **El Comercio** a revisar unas pruebas y minutos después muere víctima de un asesino en la puerta del senado que con prestancia presidía. ¿Cuántas memorias y cuántas posibilidades encierran esas horas terribles del 16 de Noviembre de 1878, cuando a los 44 años muere trágicamente el primer presidente civil de la república?. En una historia ficticia, en el campo ilimitado de lo que pudo ser y no pudo ser, cuántas reflexiones se pueden desarrollar en torno de la muerte de un hombre que buscó en la seriedad del Estado y en la estabilidad de las instituciones el quilate rey de su obra política.

Aparece, asimismo, la vida de **El Comercio** desde los días inciertos del verano de 1879. Están las deliberaciones en contornos de los editoriales en las horas anteriores al conflicto que se anunciaba contra el deseo de todos los peruanos; está la presencia de Grau, desde los momentos de la esperanza renovada, entre asombro y cariño, hasta el anuncio doloroso de Angamos, que estremeció las raíces mismas de la vida nuestra; está la misión de José Antonio Miró Quesada, que obtiene la entrega de municiones y armas retenidas en Panamá.

En el escaso testimonio de la vida familiar en nuestra bibliografía, este libro no necesita notas de pie de página, es de algún modo la memoria del abuelo escrita por el afecto y la esperanza del nieto.

Sin olvidar la dedicación de Miró Quesada al estudio de Peralta, de Melgar, de Palma, de Riva-Agüero, es el Inca Garcilaso de la Vega la figura que declara su mayor dedicación inte-

lectual y su interés humano.

En artículos periodísticos, en monografías eruditas, en aportes documentales, sin tregua, aparece una profesión de fe garcilasista, que se presenta sistemática en la biografía del gran cusqueño cuya primera edición es de Lima, 1945.

Aparte el puntual análisis de la vida del autor de los **Comentarios Reales**, aparte el estudio de los textos del cronista, aparte la presentación de su vida en el Cusco y en Córdova, es fundamental en el libro de Miró Quesada la penetración en la intimidad del Inca, el descubrimiento de sus incertidumbres y congojas, y el enaltecimiento de su voluntad de síntesis de lo incaico y de lo español, en un hombre que es el anuncio del Perú.

Si Riva-Agüero en 1916 precisó la validez del testimonio del Inca, hoy, con los aportes de Miró Quesada, de Porras y de José Durand, bien hace nuestro Director Honorario al insistir en la visión del Perú, armonía y síntesis, variedad y unidad, conjunción de herencias milenarias, que Garcilaso encarna -el primero entre los nuestros- con responsabilidad histórica.

En fin, el último testimonio bibliográfico de Aurelio Miró Quesada que debemos comentar es **Costa, Sierra y Montaña**, bello libro que se incorpora en 1938 a la mejor tradición de nuestros viajeros.

En esta obra juegan en un mismo mundo la vocación reiterada por el periodismo, por la historia y la literatura, en el marco de la curiosidad y cariño a los viajes.

En época como la nuestra en la cual aparece como moda intelectual presentar los defectos y los yerros como exclusivo patrimonio del Perú, el estudio que citamos es una muestra alegre y cierta del tronco común de nuestra sociedad mestiza y de la apasionante y compleja variedad de lo nuestro, dentro de la unidad.

La preocupación inmediata del periodista se enriquece en **Costa, Sierra y Montaña**, con la tradición oral del lugar, con el testimonio de un amigo, con la afirmación de un cronista, o con el comentario simpático de una tradición de Palma. Así, desde Tumbes a Tacna, y desde Iquitos a Puno, aparece veraz, fresco,

claro y ameno, un retrato del Perú.

Bien sabemos que el cariño a la propia familia, que el arraigo en los propios recuerdos -la vivencia cierta del pasado en el presente- es el "camino real" para acercarnos a una sólida conciencia histórica. Pues bien, los tres libros de Miró Quesada, con alguna reflexión, apuntan por rumbos distintos al Perú como tema de estudio, como cariño, como obligación de servicio.

Pensemos un momento en el Perú que trabaja Miró Quesada. En primer término, su vocación de periodista y su permanente dedicación profesional, unida a su vocación por la literatura y la historia, le permiten ganar un retrato íntegro, erudito y vital, de las cosas peruanas.

En esta línea, Garcilaso, Peralta, Melgar, Palma, Riva Agüero, son como sus interlocutores, hermanos y maestros en la búsqueda de las raíces, del ser y del estilo de lo nuestro, nutrido todo por la experiencia de los viajes a través de nuestras provincias, y por el pulso que todos los días llega a la imprenta.

Tal vez su devoción garcilasista adquiera progresivamente mayor fortaleza cuando Miró Quesada penetra con mayor detalle y con espíritu crítico más fino a la intimidad de la conciencia peruana del Inca Garcilaso.

Aparte debates innecesarios, en la obra de nuestro precursor de las cosas peruanas está el dibujo inicial de la nueva sociedad que Basadre reitera en su enseñanza. El mismo se define como de un nuevo tiempo, como un nuevo estilo de hombre. Los peruanos deberíamos releer en nuestra intimidad y ponderar la conocida y bella expresión cuando el Inca como en un examen de conciencia proclama:

"A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones;...y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él".

Esta explicación nunca debe convertirse en un tópico, debe ser el anuncio de una vivencia en el alma de todo peruano.

Bien dice Miró Quesada que Garcilaso es desde todos los ángulos un defensor de la integración en el Perú y entre los pe-

ruanos. Asume las dos herencias imperiales y las dos culturas y su ejemplo personal gana una función de símbolo; en un país de contrastes busca la armonía. No debo abandonar la lectura de un fragmento de Miró Quesada en su biografía de Garcilaso:

"En un país de productos brillantes, pero a menudo efecto de inspiraciones súbitas o de un impulso momentáneo y fugaz, el Inca Garcilaso es el modelo de una vida consagrada a un objeto, de lo que se puede conseguir por la tenacidad y la constancia. En realidad, en todo lo que sea unificador y constructivo, se puede percibir en el Perú la enseñanza del Inca. Cuando se trate de superar los problemas raciales, allí estarán la obra y el espíritu de Garcilaso, el mestizo ejemplar. Cuando se trate de armonizar las divergencias entre lo ciudadano y lo rural, entre la capital y las provincias, entre lo nacional y lo de fuera, allí se encontrará, como una lección viva y constante, el recuerdo del Inca Garcilaso. Y cuando se trate de integrar la libertad personal y la norma, el sentido jerárquico del mando y la emoción colectiva y anónima, allí estará presente, como un numen, la efígie del Inca Garcilaso".

Y esta lección esencial de Garcilaso la perfecciona Miró Quesada en los estudios sobre Peralta y Melgar, donde se sigue el rastro del Perú, cada centuria más seguro, donde el ser de lo peruano es un fenómeno espiritual y social cierto, antes de la Independencia política.

Palma más tarde, entre la imaginación y el dato, entre el relato alegre y la erudición, alimenta más y más el cariño por lo propio y la aproximación al espíritu nuestro, especialmente limeño, que se puede leer en diversas páginas de Miró Quesada.

El afecto a nuestra ciudad, a su historia y a su estilo está presente en muchos trabajos de nuestro Director Honorario.

Esta adhesión a lo limeño une a Miró Quesada con Riva Agüero quien definió a nuestra ciudad como "Viviente imagen de la gracia". Y los une el amor a nuestro paisaje peruano y semejante dedicación al estudio de Garcilaso. Pero los une algo más grave y profundo, una análoga visión del Perú.

En Riva Agüero, como lo ha recordado Aurelio Miró Que-

sada, está nítida sin fisuras la visión quechua y española del Perú, la visión costeña y serrana, la continuidad histórica sin rupturas desde las horas remotas que año a año nos propone con mayor antigüedad la arqueología. Continuidad, solidaridad, búsqueda de armonía entre contrastes, son objetivos permanentes de Riva Agüero y Miró Quesada.

Pienso que será grato a nuestro colega que esta noche al lado del homenaje que le ofrecemos, podamos enaltecer una vez más la obra peruanista de Riva Agüero. Limeño enamorado del Cusco, viaja a la ciudad imperial dentro de un espíritu de peregrinación; reivindica y exalta a Garcilaso; estudia en los años treinta las conquistas incaicas; afirma las virtudes del hombre quechua y en *Paisajes Peruanos* escribe páginas inolvidables donde se reconocen las fuentes del Perú.

Mas, al lado de este cariño a lo indígena, siempre está presente en Riva-Agüero, como en Miró Quesada, el afecto no disimulado a los valores que España incorporó a la sociedad naciente que se reconocería más tarde como el Perú. El amor a lo hispánico, a la hispanidad, sólo es cabal y sólo se entiende si está unido de la mano al amor a lo andino.

Este el Perú que se lee en los estudios de Aurelio Miró Quesada. El Perú quechua-español de Riva-Agüero, la síntesis viviente de Belaúnde, la nueva sociedad de Basadre, el nuevo indio de Uriel García.

No es ésta una visión triunfalista del Perú, ni es la defensa de una leyenda dorada, ni una pintoresca nostalgia anacrónica, es únicamente la afirmación -con acentos diversos- de una persona moral cierta, obra de la historia, fruto de un entretejido de razas y costumbres.

Este el Perú que en la hora presente debemos fortalecer con una clara conciencia histórica. Los problemas sociales, económicos, morales, que agobian a la sociedad contemporánea, no deben provocar un ánimo de vacilación o incertidumbre frente al ser del Perú. Garcilaso, si viviera con nosotros, nos diría que el Perú es una variada complejidad, no es un engaño, ni un artificio de unos para dominar a otros; nos diría que somos un pue-

blo legítimo, con propia personalidad, en la historia universal.

El homenaje a la amistad y a la vida intelectual, presiden, sin duda, este acto en el que le decimos nuestra adhesión y nuestro afecto a un hombre que en el magisterio, en la investigación, en el periodismo y en el trato humano ha buscado siempre la verdad, la concordia y el servicio antes que el enfrentamiento o el egoismo crudito.

Le agradecemos sus libros y su cordialidad humana.

## DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DE DON AURELIO MIRO QUESADA

Agradezco muchísimo esta distinción excepcional, que no concede la Academia desde los tiempos de don Ricardo Palma. La agradezco a todos mis colegas académicos, y de modo muy particular a nuestro Director, Augusto Tamayo Vargas, amigo de muchos años y compañero de muchos trabajos. Y me han conmovido las generosas palabras de José Agustín de la Puente Candamo, a quién me tocó recibir en la Academia, riguroso en el dato histórico, firme en sus convicciones, fiel a sí mismo y a la tradición.

¿Qué podría decir después de estos elogios?. Sólo creo que puedo, en este ambiente con calor de hogar, alguna expansión sentimental. A la altura de los ochenta años y entre tantos amigos bondadosos vuelven a mí muchos recuerdos como si fueran una estampa lejana. Ahora mismo, al venir a esta casa de Osambela, he pasado por nuestra Plaza de Armas y me han asaltado mis días infantiles, cuando los faroleros ponían sus escalas para encender los faroles de gas, en tanto que al son de las campanas las beatas salían de la Catedral arrebujaadas en sus mantas de China, y los "indefinidos" -nombre que se ha perdido, como se han perdido ya ellos mismos-, como personajes de Segura se reunían para protestar por los atrasos de la Caja Fiscal.

Precisamente en los portales de la Plaza tuve mi primera experiencia lingüística, porque desde niño me interesó el idioma, y con el idioma las palabras, y con las palabras las letras mismas. En el Portal de Botoneros no pude entonces aclarar el misterio -que ahora me parece tan sencillo- de que en una esquina la lápida a su constructor, el Virrey Conde de la Monclova, se escribiera con "b" labial y en la otra con "v" semilabial. Como entonces

no había kindergartens, ni patio de deportes, ni juegos electrónicos, todo se aprendía en las casas particulares o en modestas salitas de profesoras. A mí me tocó una que nos dibujaba en los cuadernos la familia de palabras, con su descendientes y parientes que bajan y suben en consideración social como los individuos. Otra vez nos mostraba la riqueza del español, con su variedad de formas, para las voces de los animales (gorjear, piar, trinar), desde la "a" hasta la "z" (del aullido del lobo al zureo de la paloma).

Puedo decir también que por mis dos ramas familiares he tenido siempre contacto con las letras. Por la casa de **El Comercio** han desfilado casi siglo y medio los representantes más ilustres de la política, las ciencias y las letras, cuyos nombres veo hoy reproducidos en los libros de texto o en la nomenclatura de las calles. (Manuel Candamo, varón justo, fue en una época Jefe de Redacción, llevado por mi abuelo José Antonio Miró Quesada). Mi abuelo materno, Belisario Sosa, fue padrino de bautismo del tempestuoso José Santos Chocano. Y alguna vez he contado también cómo, de niño, me acercaba reverente a don Ricardo Palma que, con su gorra calada hasta las cejas, la manta abrigadora sobre las piernas, era llevado amorosamente en su silla de ruedas por sus hijas, entre los ficus de ancha copa y las acequias rumbosas de la Alameda de Miraflores.

Por entonces también -no es un alarde- leí por primera vez el **Don Quijote** de Cervantes. Por cierto que no lo aprecié bien, como lo admiro ahora y se me multiplica su significación en cada lectura. Pero se me grabó la imagen del Caballero de la Triste Figura, con su Rocinante, su adarga y su lanza, seguido por su escudero Sancho Panza, que parecía llevar en sus alforjas su gracia refranera y su vieja sapiencia. Creo que desde entonces quedó marcada en mí la afición por la literatura española de la Edad de Oro. Me deleitaban los enredos de las comedias de Lope y de Tirso, me conmovía el vuelo trascendente de los autos sacramentales de Calderón, me deslumbraban las metáforas prodigiosas de Góngora y me atraía el lenguaje con pulpa y con sabor del despilfarrado Francisco de Quevedo.

Cuando ingresé a la Universidad de San Marcos -otra etapa imborrable de mi vida- se me abrieron nuevos horizontes. Hice luego mi primer viaje a Europa, emprendí después la vuelta al mundo, y mis lecturas fueron también universales y desordenadas. Me agrada que mis primeros artículos en *El Comercio* fueran sobre James Joyce, Jean Cocteau, Paul Valéry, y que diera noticias periodísticas de Bernard Shaw, de Yeats, o de Hugo von Hoffmansthal.

Mi generación creció embebida en la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset (cuyo primer número conservo), que nos ponía "a la altura de los tiempos". La *Revista de Occidente* nos europeizaba en general, pero también nos acercaba a la soberbia generación española de Azorín, de Baroja, a la fuerza emotiva de Unamuno, como al donaire y la gracia metafórica del *Romancero gitano* de García Lorca. Y si antes había gozado con el vocabulario de Quevedo, entonces me detenía también la delectación morosa de Gabriel Miró, de quien decía irónicamente Ortega que era a la vez impecable e implacable y que había que leerlo "con la mano en visera, tapando los ojos".

Pero volví después a los clásicos castellanos. En 1935, en el cuarto centenario del nacimiento de Lope, me gradué de Doctor en Letras con una tesis sobre "América en el teatro de Lope de Vega", que me abrió las puertas de la cátedra de Historia de la Literatura Castellana. En 1947 publiqué artículos periodísticos sobre Cervantes, que me abrieron las puertas de la Academia de la Lengua. Como sabía humildemente que no podría decir mucho de nuevo, me dediqué a acercar los clásicos al Perú. Mi discurso de incorporación a la Academia fue sobre "El Perú en la obra de Tirso de Molina". Y luego, en ceremonias conmemorativas de nuestra corporación, me ha correspondido hablar sobre "Lope de Vega y el Perú" y "Calderón de la Barca y el Perú".

Cuando murió el fecundo y facundo Víctor Andrés Belaúnde, mis compañeros, con abrumadora generosidad, me eligieron Director de nuestra Academia, en el cargo ejercido por él y enaltecido por los nombres ilustres de Francisco García Calderón, Ricardo Palma, Javier Prado y José de la Riva Agüero.

Durante doce años no tuve sino cordial cooperación, como la que quiero prestar a mi afectuoso amigo Augusto Tamayo. Hemos dado nuevo ímpetu a la corporación, publicamos anualmente nuestro Boletín (nuestro acto más firme de presencia ante propios y extraños), enviamos a la Real Academia de Madrid papeletas de peruanismos, y con los nuevos Estatutos señalamos nuestros tres fines primordiales: promover el estudio y el correcto uso de la lengua española, esclarecer los modos peculiares de hablarla y escribirla en el Perú, y difundir la obra de los grandes escritores peruanos.

Entre ellos, como penate, el Inca Garcilaso de la Vega, ejemplo vivo de armonía y de síntesis, para quien es peruano todo aquello en que se perciba de algún modo la sensibilidad del Perú y que es el primer natural del Nuevo Mundo que marca su huella con firmeza en el ancho escenario de la cultura universal.

De entonces acá, saben ustedes más que yo. Lo saben tanto, que han permitido el discurso de José Agustín de la Puente, rico de afecto y excesivo en elogios. Me satisface sobre todo haber servido de ocasión para esta fiesta del espíritu, en que nos hemos podido reunir los Académicos con los más auténticos lazos de amistad, en este año en que se cumple el centenario de nuestra corporación.

Sólo me queda expresar, a todos y a cada uno, mi más profunda y emocionada gratitud.

## CICLO DE CONFERENCIAS EN EL BANCO CONTINENTAL CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA

*(5, 12, 19 y 26 de agosto de 1987)*

### UN CENTENARIO MEMORABLE

por : Estuardo Núñez

El 30 de agosto de 1887 se realizó solemne instalación de la Academia Peruana de la Lengua, bajo la presidencia de don Francisco García Calderón Landa, en el Salón General de la Universidad de San Marcos.

La Academia celebra pues los primeros cien años de su vida, entregada a sus tareas habituales para el cumplimiento de sus fines: el estudio y aceptación de peruanismos y neologismos, el esclarecimiento de dudas respecto al uso del idioma, el seguimiento de falsos vocablos y usos indebidos y la búsqueda de la unidad de la lengua, actuando coordinadamente con las demás Academias americanas y la Academia matriz. Porque la Corporación no actúa sola sino asociada, según un criterio moderno, adoptado hace pocos años, el cual descarta la hegemonía que mantuvo la entonces conservadora Corporación madrileña, hasta comienzos del presente siglo.

Hoy prevalece una corriente de cordial colaboración y se muestra una notable permeabilidad para aceptar las propuestas de incorporación de nuevas voces en el Diccionario oficial, cuya última edición acusa un incremento notable de volumen, tanto en la apariencia física de sus dos tomos, como en su contenido, cada vez más rico en voces provenientes del Nuevo Mundo.

Esta evolución de un criterio restringido en la consideración de la lengua española a una extensa concepción de la misma en todo el ámbito hispánico, se debió sin duda a la acción tenaz de los estudios americanos, animados por un impulso hacia la autonomía y la comprensión amplia del problema del idioma.

Entre todos los insignes cultivadores del estudio de la lengua en América -entre los cuales destacan figuras tan relevantes como Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Rafael María Baralt y muchos más- fueron los peruanos Pedro Paz Soldán y Unanue y sobre todo Ricardo Palma, quienes se mostraron los más pugnaces en defender e imponer las aportaciones propias del castellano en nuestros países. En esta acción de Ricardo Palma es interesante observar cómo la Academia Española de entonces no sólo se empeñaba en rechazar vocablos surgidos en América sino también en imponer caprichosamente vocablos para cosas americanas que no eran usuales en estas regiones. Por ejemplo los derivados de la voz Inca, que la Corporación madrileña dictaminó como "incano" o "inqueño" completamente extraños entre nosotros y a los cuales opuso Palma "incaico" o "incásico", formados y usuales en el Perú.

Pero, como ya se ha dicho, la Academia Española ha evolucionado radicalmente sobre todo desde el ejercicio directo de ese gran representante de la generación de 1927 que es Dámaso Alonso, a cuya acción el Diccionario ha abierto compuertas a la incorporación de americanismos y neologismos, oponiendo al arcaico criterio de casticismo cerrado el nuevo impulso favorable al enriquecimiento y actualización del idioma.

La creación de la Academia Peruana respondió a una antigua tradición creadora de núcleos intelectuales, manifestada desde mucho antes que la Real Academia Española acordara la creación de academias correspondientes en América.

Ese antiguo anhelo se materializa ya en el siglo XVI (antes que en cualquier otra colonia española en América) con la fundación de la llamada Academia Antártica (que agrupó a poetas y literatos peruleros por los años de 1590 en adelante), donde se manifestaron tempranos y maduros talentos como Diego de

Aguilar y Córdoba, Diego de Avalos, Miguel Cabello de Balboa, Diego de Ojeda, Pedro de Oña, Antonio Falcón, Diego Mexía y otros, elogiados por Cervantes y por Lope de Vega.

Podríamos mencionar también a las "Academias de Palacio" que funcionaron en Lima por iniciativa de los Virreyes. Así tenemos la del Marqués de Montesclaros en 1607, la del Príncipe de Esquilache en 1615 y la del Marqués de Castell-Dos-Rius a comienzos del siglo XVIII, en la cual destacaron Pedro de Peralta, Pedro Bermúdez y Antonio de Oviedo y que empezó a funcionar en 1707.

Aun podría considerarse con carácter académico, a finales del siglo XVIII, la "Sociedad Amantes del país", cuyos miembros se propusieron debatir problemas concretos del país, a diferencia de las anteriores que se caracterizaron por su predominante tendencia literaria y retórica. En ella destacaron personalidades tan señeras como Hipólito Unanue, José Rossi y Rubí, el padre Diego Cisneros y José Baquijano y Carrillo, que con otros más fueron colaboradores de su famoso periódico "Mercurio Peruano".

Si bien estas Academias no cultivaron específicamente los fenómenos del lenguaje, no se puede negar que se hizo en ellas buen uso (y a veces hasta excesivo) del idioma.

Pero en el siglo XIX -antes de que existiera nuestra centenaria Corporación- hubo una fundación significativa. En 1867, en plena efervescencia nacionalista a raíz del frustrado intento de reconquista del imperio colonial español, y poco después de la victoria peruana del 2 de mayo de 1866, que le puso término, se creó en Lima la "Academia Nacional de la República del Perú", que presidieron sucesivamente José María Quimper y Francisco García Calderón. Lamentablemente las circunstancias no le fueron favorables. La falta de apoyo económico en época de crisis fiscal y luego el conflicto bélico con Chile, no permitieron su desarrollo. Languideció y murió sin mayor obra pero dejando buen y promisorio recuerdo.

Una década después, en 1887, a impulso de Ricardo Palma, revivió la iniciativa de crear una Academia Peruana, dadas

las nuevas circunstancias que alentaba el cambio de actitud de la Academia Española favorable a fomentar, desde 1871, la formación de Academias nacionales en los países de América. Habían recogido ya ese llamado Colombia (1871), Ecuador (1874), México (1875), El Salvador (1876), Venezuela (1883), Chile (1885) y Guatemala (1887).

El Perú no podría sustraerse a esa corriente continental, ni menos dada su vocación académica latente en sus tradiciones intelectuales que ya hemos reseñado.

Hoy podemos afirmar que la Academia Peruana, depositaria de esa señalada vocación académica y atendiendo a ella, celebra con alborozo su centenario y se encuentra siempre dispuesta a aceptar el reto del presente y los requerimientos de los tiempos futuros.

## LA CULTURA PERUANA

por : Augusto Tamayo Vargas.

Iniciamos el mes del Centenario de la Academia Peruana de la Lengua con este ciclo de conferencias que ha organizado el Banco Continental, una vez más atento al desarrollo cultural del Perú. Por lo que debemos estar permanentemente agradecidos.

La Academia Peruana de la Lengua corresponde plenamente a la cultura peruana y dentro de ella al instrumento lenguaje y a su desenvolvimiento en planos como el literario. Iniciamos por ello estas conferencias sobre el tema general de "Cultura Peruana". Dijimos ya varias veces que al tratar dicho tema bueno es que fijemos primero las características de ambos términos: la palabra nominal "cultura" y el adjetivo que la singulariza, en este caso, "peruana".

I. No vamos a referirnos a la acepción de la cultura como formación de la personalidad dentro de un humanismo que se refiere al perfeccionamiento del individuo en su conocimiento del mundo y de sí mismo. Debemos intentar el ver la cultura como un conjunto de creencias, mitos, tradiciones, lengua, arte, instituciones y hábitos que forman el espíritu de una colectividad con caracteres particulares y, por lo tanto, diferenciales. Dentro de la cultura juega preponderante acción el descubrimiento y la invención de un grupo humano que vive en un ambiente que determina contingencias y posibilidades en su desarrollo. Podríamos decir que por la cultura se tiene conciencia colectiva

de un pueblo o de una sociedad particular. Esta, la sociedad, forma *el substractum* material para que se asiente aquel conjunto que podemos llamar espiritual y que se denomina cultura. Está muy claramente explicada -por otra parte- la diferencia que hay entre cultura y civilización. Entendemos ésta como la entidad que surge como resultante de un proceso histórico con caracteres materiales y espirituales que la definen en el devenir de la humanidad. La cultura es sólo la parte referente a las bases ideológicas y psicológicas de esa misma sociedad que originan una religión, una moral, una ley, un lenguaje, una tradición, que moldean algo así como el sello que define la estructura social.

Podemos también establecer la diferencia entre naturaleza y cultura. La naturaleza ofrece el producto hombre dentro de normas generales con características que son, por lo tanto, universales. La cultura ofrece un individuo con comportamientos aprendidos que se transmiten, según Levi Strauss, por la «tradición externa», por los medios de vida, las afecciones propias, la imitación y la educación con una huella imborrable y determinante. Repitiendo a Ralph Linton, la cultura resulta ser la configuración de los comportamientos aprendidos y de los resultados de comportamientos recibidos y transmitidos en una sociedad particular. Todo lo que esta sociedad descubre, inventa o crea es cultura. Lo que la sociedad estratifica con aquel acarreo y con la consecución de bienes materiales y espirituales es la civilización.

En términos generales, podemos decir que al referirnos a cultura nos hallamos frente al conjunto integral constituido por ideas y artesanías, por creencias y costumbres, al decir de Malinowski, que ofrecen un aparato, en parte material, en parte humano y en parte espiritual con que lo enfrentan. El hombre desarrolla en cada lugar un cúmulo de defensas y de aptitudes necesarias para satisfacción de sus necesidades; pero lo hace dentro de contingencias propias a cada medio o etapa de su existencia social, con fórmulas que surgen ya sea por imperativo de la realidad que lo circunda o por imprevistos aciertos de su afectividad psíquica que conforman unas costumbres y un orden, un acrecentar de símbolos con que vivir en comunicación y en cons-

tante afán de superar aquellos obstáculos que le ofrece el mundo físico que lo rodea. Cada cultura nos brinda, pues, un campo de estudio de peculiaridades que se convierten en esenciales.

A todas esas generalidades sistematizadas que podemos hallar en un buen manual sobre la cultura podríamos añadir, para una más clara comprensión de lo que vamos a tratar, dos paradojas que encierra la cultura al decir de Melville Herskovits:

1. La cultura es universal en la experiencia del hombre; sin embargo, cada manifestación local o regional de aquélla es única.

2. La cultura es estable y, no obstante, la cultura es dinámica también y manifiesta continuo y constante cambio.

O sea que aunque la concepción de la cultura se da en todos los hombres, varía ella en sí misma en cada sociedad y, por lo tanto, se pueden definir culturas particulares. Y, por otra parte, que aunque la cultura es el sedimento que nos viene y que conforma nuestra personalidad social, sufre constantes cambios dentro de la dinámica histórica, por más que permanezca eso que podemos llamar la personalidad de cada ente social. Pero si la dinámica se acentúa por superposición de otra cultura, por intromisión conquistadora, etc., en realidad nos hallamos frente a una nueva cultura que va adquiriendo un distinto carácter que las que la precedieron o de las que nació, por decirlo así, adquiriendo cada vez más una independencia expresiva con nuevas fuentes tradicionales, con lengua e instituciones que terminan por ser genuinas, aunque conserve rasgos que son identificables con cada una de las que formaron o forjaron.

Diríamos que así podemos tratar de identificar una cultura hispano-india-americana que tiene dos polos de desarrollo: uno al Norte, con México, y otro al Sur, alrededor del Antiguo Perú, que podemos llamar de los pueblos andinos. Octavio Paz inicia *El laberinto de la soledad* con estas palabras: «A todos, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso....». Y al describir esta revelación como producto de la adolescencia añadirá en el mismo párrafo inicial: «El adolescente se asombra de ser. Y al pasmo

sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo». «La singularidad de ser -pura sensación en el niño- se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante». Lo mismo sucede con los países andinos. Estamos ahora, los pueblos andinos, mirándonos en el fluir de las aguas de la historia y nos estamos interrogando sobre nuestra existencia. Y así como Paz trata de encontrar la realidad mexicana así nosotros nos contemplamos y, aunque veamos varios rostros, todos ellos parecen tener los mismos caracteres producto de la lucha de los Andes y el mar, de la cultura que devino después de anteriores procesos culturales con el producto, fruto de la cultura de Occidente que dió a la Hispanidad como padre y de la cultura que se había formado en el sur del continente americano, como madre, embrión, tierra con peculiaridades regionales. El complejo indio-español de que nos habla Octavio Paz para México se da también en esta zona del sur americano y los diversos rostros que se reflejan tienen un cuerpo igual. Podemos hablar de un ser andino y al ver un rostro -uno de esos rostros del cuerpo polifacético, muchas facetas sobre un tronco común- encontramos la cultura peruana.

Insistiremos en seguir observando nuestros viejos retratos. Vernos, primero, niños borrosos, producto de una conquista, sin podernos identificar. Y luego, unos pigmentos de aquí y de allá -esclavos que llegan en galeones desde África- van afirmando los perfiles; y observamos a través del tiempo cómo está plasmándose un ser en existencia. Y a la vez nuestra inquietud interior nos lleva a recordar caminos recorridos. Como quedaron subyacentes antiguos mitos que alimentaban nuestra vida, para dar pábulo a nuevos donde se veía claramente las trazas de los pueblos europeos que recibían y daban sangre, en transfusiones alternas, al «nuevo mundo» poblado de dioses, leyendas, relieves físicos, ideogramas sentados sobre los picos de los Andes, al pie de los acantilados de inmensos litorales, en el lodo de oscuras selvas transitadas por ríos inmensos e indescifrables.

Antropólogos nos hablan que un poblado organizado de

siete mil setecientos años de antigüedad, posiblemente el más antiguo de América, fue descubierto a 51 kilómetros de Lima, en una loma de 600 metros de altura denominada «la Paloma». Se trata de un asentamiento humano que vivió organizadamente, en contraste con otros más antiguos de la misma zona, cuyos habitantes practicaban el nomadismo. Se han hallado anzuelos de hueso, y su alimentación vegetal era a base de geranio y frijol silvestre, aunque también comían carne. Tenían casas circulares hechas de caña brava y gramas y enterraban a sus muertos colocando esteras sobre ellos. Los expertos calculan que la antigüedad del poblado podría superar realmente los ocho mil años.

Las antiguas voces precolombinas nos hablaban de dioses constructores y de dioses reconconstructores más allá de la muerte. Un mundo de aquí, con proyección al mundo de arriba, donde especímenes de hombres, animales y cosas adquirían proporciones gigantescas; pero, sobre todo, un mundo de abajo, donde se cocinaba la vida de la muerte, donde se forjaban en almácigos cultivados por dioses interiores -Pachacamac, ejemplo de la divinidad que hace germinar seres de los cadáveres- los nuevos y nuevos elementos de una vida que se daba con la sal de la tierra, con el ají del sexo, con la papa de la civilización montada sobre la urbe, con el poder de los hijos del sol encaramados en un imperio tan gigantesco como el español que asomó en embarcaciones por donde el sol alumbraba la Mamacocha.

Y un nuevo mundo mítico se superpuso sobre la antigua tela pintada con achiote. Coplas y cantares de tono español hablarán de «Incás» y de «huacas de plata». Las cruces y los calvarios se reflejarán sobre esas huacas. Las figuras sagradas adquirieron distinta estampa y quedó un *substratum* mágico por bajo las exteriorizaciones del rito religioso occidental. Juan Liscano, en un artículo sobre «Identidad de América» (*Revista Nacional de Cultura de Venezuela*, enero-febrero de 1979), nos habla de la formación de los grandes mitos del Nuevo Mundo como forjación del inconsciente colectivo a partir de los viajes de Colón. «Al sentido mágico y mítico de los aborígenes se añadió, en ac-

ción de asimilación y dogmatización -explica Liscano-, las supersticiones de una sociedad dividida aun entre las contradicciones medievales y las promesas del racionalismo».

«Ese proceso de mestizaje -añade Liscano- no ha concluido. No se puede ver con la nitidez con que se conocen los procesos de mestizaje en Europa». Pero el escritor venezolano afirma, a continuación, algo que no podemos suscribir: «Sin duda, la cultura predominante en América es europea». Ni europea ni precolombiana, hoy. La nuestra es un proceso de simbiosis que se sigue cumpliendo entre Occidente y América. No es posible seguir las corrientes que se titulan impropriamente indigenistas -en realidad, indianistas-, que pretenden borrar lo que de occidental se esconde tras nuestra personalidad cultural. Pero tampoco es posible desconocer la maternidad de una cultura que se afina en un pasado cultural, en un territorio poblado de imágenes míticas y legendarias, en una conciencia hecha al correr de los siglos sobre sociedades formadas unas sobre otras en una lucha sempiterna por aclimatar especies, por dominar el mar y sus productos, por cultivar la papa y domesticar auquénidos, por transitar a través de cadenas sucesivas de montañas de miles de metros de altura, por concebir un mundo sostenido por tres estratos, donde la muerte tiene un principal papel y distinto de aquel de redención y de la eternidad espiritual, cuando predominaba la eternidad material de los crepúsculos emanados del cadáver para producir nuevamente la vida por las hendiduras que comunicaban al mundo de «abajo» con el mundo de «aquí»: *Pacarinas*, que se dice en quechua; lugares donde se reamanece.

Aún tenemos que identificarnos. Aún estamos viendo angustiosamente los retratos borrados en el fluir de las aguas de nuestra conciencia, y no está quieta la corriente y por ello no se llega al precioso perfil de nuestros rostros que brotan de aquel tronco común. Claro que nunca se puede lograr la plena quietud y no sólo nuestra conciencia es mutante, sino también el cuerpo de la cultura que tratamos de observar. Pero podremos definir sus contornos algún día y luego ver cómo cambian los accidentes. Sabemos, sí, que somos un producto de esas dos fuerzas

señaladas que no podemos negar. Nadie puede negar sino con los ojos cerrados los caracteres occidentales que nos componen ni tampoco los aborígenes que nos sustentan. Somos ese edificio que viera el niño Ernesto en *Los ríos profundos*, de Arguedas, entre las calles del Cusco. Sólo que no están separadas la planta baja de piedra y la alta de cal blanca, ni ésta sirve meramente para iluminar aquélla, sino que ambas se confunden y una y la otra alumbran a la oponente, que no es la oponente, sino la conjugante, a la que se han añadido voces y ornamentos africanos que proyectan juegos de sombras sobre el edificio mestizo. Tenemos que tomar primeramente conciencia de ello. Sabernos eso. Para tratar, después, de estudiar detenidamente y ver más claramente nuestra faz en el río.

Podemos tomar como conclusión de todo lo dicho que nosotros hemos heredado toda la cultura occidental y a ello añadimos la herencia de los elementos aborígenes sudamericanos, lo que nos hace ricos en tradición cultural a través de esa doble fuente de nuestros ingresos espirituales -podemos llamarlos así-, y en el caso particular, el Perú ostenta los signos de esa combinación cultural, y su origen, su historia y geografía hacen intensa su expresión; lo que Carpentier ha visto como el barroquismo connatural a nuestros pueblos. La experiencia de la conquista, pero también el bagaje singular mítico y legendario peruano afloran constantemente en la obra de sus escritores, de sus artistas, de sus dirigentes, desde aquellos años febriles del llamado descubrimiento, en que se descubrieron unos a los otros y en el que la Conquista dejó el sello imborrable de la violación a que se refiere Octavio Paz, como hemos visto, en el *El laberinto de la soledad*. El Perú crece a través del período colonial entremezclando raíces culturales, combinando historia, instituciones y lengua, escribiendo con caracteres trasplantados. Todo ello se ve en el Inca Garcilaso, que graba entre palabras del romance castellano: *cuca*, *tupu*, *usuta* (coca, topo, ojota); *mati*, *inca*, *cundor* (mate, inga, cóndor); y *pampa*, *tambo huaca*, etc., pero a la vez un novelar a la manera occidental, un contar las historias de sus antepasados dentro de una formación europea; un presentar al in-

dio dentro de las corrientes universalistas que surgían del Renacimiento; una dicción llana, limpia y donosa del castellano cubriendo las aristas de su lengua y tradición familiar maternas, de parientes que lloraban las grandezas perdidas. Y así crece esa conciencia propia donde palpita un sentimiento que subyace: el de la acción compleja de dos mundos que chocan y se aparejan. Nuestro idioma castellano no puede dejar de tomar vocablos autóctonos que se incorporan al lenguaje general hispanoamericano.

Un arte dramático mestizo se percibe también por los años de la Colonia en autos sacramentales escritos en quechua -con las precisiones de comunidades indígenas ante las Vírgenes hechas Patronas y protectora de indios; con la vieja leyenda faústica dentro de creencias cusqueñas-; y en piezas dramáticas en castellano, con temas incaicos o simplemente indios.

Una nueva experiencia humano-literaria mestiza se dará en los albores de la Independencia del Perú en las personas de Mariano Melgar, que injerta la tradición poética popular del yaraví -herencia del pre-colombino *harawi* con modificación evidentemente hispánica- a la realidad erudita, con la rica asimilación de la latinidad y de la poesía europea a la nueva manera de hacerla bajo el influjo romántico de la nacionalidad en gestación, de la libertad como actitud y de la frustración amorosa como motivo lacerante, unidas por un ritmo y por una tendencia «peruana» en versión castellana. Un expresivo matiz de mestizaje. Pueblan, en tanto, las iglesias y los salones cuadros y esculturas donde el arte religioso se ha hecho, asimismo, mestizo en el gesto de sus artífices, que iniciaron el camino de la aculturación pintando historias en esos anchos vasos de madera llamados keros.

Por los años veinte de este siglo, Luis E. Valcárcel publicaba *Tempestad en los Andes*, que planteaba una utópica y nostálgica revolución con vuelta al pasado incaico, mientras Hildebrando Castro Pozo y Abelardo Solís estudiaban la comunidad indígena y señalaban los caracteres culturales de una institución que venía de épocas precolombinas y continuaba latiendo por bajo la estructura política nacida de la emancipación americana.

Los regímenes de explotación -yanaconaje, pongaje, etcétera- aparecían al par en la contrastada figura de un Perú de claroscuro. El planteamiento socioeconómico de aquellas inquietudes se canalizó en los *Siete ensayos*, de José Carlos Mariátegui, quien pretendía servirse de la supérstite comunidad indígena para una nueva sociedad adecuada a nuestra realidad, que superara la ruptura que había significado la conquista y aun la independencia política del siglo XIX en el mundo cultural indígena, pero proyectándose a la actual sociedad de Occidente al incorporar teorías sociales europeas.

Conjuntamente con el pensamiento de Mariátegui se moviliza un proceso de mestizaje artístico bajo la escuela de José Sabogal. La revista *Amauta* del primero sirve para la expresión del segundo. Y al lado del maestro Sabogal surgirán Camilo Blas, Julia Codesido, Vinatea Reinoso, quien logra hermosas composiciones de ambiente peruano, hasta llegar a Enrique Camino Brent, donde la arquitectura de sus cuadros responde en su fantasía a una mirada evidentemente nuestra, tratada la forma con singular manera muy de su tiempo y muy de su propia paleta con blancos tan suyos, con azules y rojos sobre el ocre, en iglesias, balcones y patios. Domingo Pantigoso es otra línea muy importante del Indigenismo.

La música peruana, que había ya realizado en el camino popular la aclimatación de la polca y del vals europeos, comienza a dar, en el campo llamado culto, frutos de evidente proceso de mestizaje. Y Teodoro Valcárcel inicia un camino por donde transitarían más tarde Guevara Ochoa, Sánchez Málaga, Edgar Valcárcel o Rodolfo Holzman. La literatura tiene en Ciro Alegría y en José María Arguedas dos exponentes de ese mismo proceso: en uno con la narración colorista, con el mundo de ríos, comunidades, hombres de nuestra serranía y nuestra selva; en el otro, con las vivencias personales convertidas en material de ficción, a fuego lento, donde la magia y el misterio ofrecen el trasfondo del Perú andino.

Pero volvemos la mirada y hallamos nuestro pensamiento, nuestro arte, nuestra literatura influidos por las fuerzas occiden-

tales que corren en nuestra sangre. Sólo que están referidas a nuestro medio, a nuestro paralelo histórico-geográfico. Ricardo Palma centralizó en la segunda mitad del siglo pasado y en los albores del presente esa manera de peruanizar la lengua castellana; esa manera para ampliar el campo del idioma castellano, de imposter la voz con las modulaciones peruanistas o americanistas, en que escribe sus «tradiciones peruanas». Las más variadas vías de la narrativa europea -claro que muy particularmente la española- se dan cita en ese peculiar escritor peruano que universaliza lo nuestro, recordando dichos y leyendas que vienen de los veneros orientales e indoeuropeos y zurciéndolos con variantes americanas, con expresiones nacidas en las plazuelas, en los callejones, en las cocinas de las casas peruanas, y dando así una mano a la leyenda y al dicho popular surgidos en nuestras tierras, pero la otra a la gran corriente de la literatura occidental con antecedentes que tienen que ver principalmente con la Península Ibérica.

En un homenaje a Ventura García Calderón me referí al peruanismo de este escritor, tildado de «extranjerizante» por su largo exilio, por su estilo modernista, por su cultura; y destacamos la expresión peruana de sus cuentos tanto en las frases coloquiales: «anoche mismo agarró y se murió la niña Grimanesa», como en las voces que suenan dentro de la arquitectura barroca de su lenguaje castellano: «taita, guagua, poncho, cancha, puna, quena, Killa, coca, chimbadores, chacta, chicha, huario»; o Chamico, dentro de la realidad limeña, donde se puede ver una sociedad típicamente hispanoamericana de comienzos de este siglo.

Autenticidad mestiza y cultural americana, en *El nuevo idioma castellano*, donde transita García Calderón por los caminos que abriera don Andrés Bello. Un castellano para América.

Habría que referirse a un pintor como Teófilo Castillo, de comienzos de este siglo, para hallarnos enfrentados a esa introspección de nuestra conciencia cultural en busca de una identificación a la manera que podremos llamar *criolla*. La mera combinación indo-hispánica está matizada con otras muchas pigmentaciones, incluyendo la sensualidad y el ritmo negros. Un cuadro

de Teófilo Castillo, *La procesión en la calle de San Pedro*, nos pone en confrontación con la realidad cultural costeña (y muy particularmente, limeña). El palacio de Torre Tagle como fondo de la tela ostenta las características de la arquitectura nuestra en el siglo XVIII en una síntesis del proceso del barroco al rococó, con el frontis mayormente adornado con columnas en torno a la ventana central y a la puerta, con los balcones recargados en la ornamentación de la madera tallada. Por delante, el rito religioso de la procesión con reminiscencias coloniales, y en la vereda, los fieles con variaciones étnicas. Pero interesa comparar ese cuadro con el extraordinario óleo del pintor alemán Juan Mauricio Rugendas titulado *La calle de San Pedro* -ejecutado en Lima, en 1843-, en el mismo lugar escénico del cuadro de Castillo, donde vemos no sólo el palacio de Torre Tagle, sino algo de otras fachadas, con un balcón contorneado en formas sensuales, con el fondo barroco de una torre que se clava en el cielo gris de Lima, y, por delante, un conjunto de esos magníficos trazos de rostros humanos -que algo tienen que ver con Goya y que singularizan a Rugendas-, donde se aprecian caracteres mestizos, de criollos (entendidos éstos como peruanos «hispánicos») y de mulatos, con algún pintoresquismo anunciador de Pancho Fierro en las tapadas, en el aguador en mula, en la india vendedora de frutas. Si además llevamos, por otra parte, este cuadro de Castillo a compararlo con aquel otro de *La procesión*, de José Sabogal, vemos en éste la popularización del tema, con una masa donde predominan el negro, el zambo y el mulato, que han hecho de la Procesión del Señor de los Milagros, a través de centurias, un culto entre cristianismo y pagano, con la fuerza incontrastable de la emoción religiosa, pero con el condimento sensual de las andas de plata barrocas y las comidas típicas que proceden de una cocina peruana mixta, entre occidental, americana y africana; y la música, que tiene algo de aborigen, entre el lento compás de las marchas procesionales emparentadas con las marchas fúnebres que nos vienen de la Península, o en aquel retazo de ambiente limeño -la calle de San Pedro, de Rugendas y Castillo-, se puede apreciar que con España nos vino ya un arte mestizo, donde lo

morisco influye en el llamado plateresco y halla especial asiento en el clima costeño peruano, donde la no presencia de tempestades ni lluvias fuertes permite ciertos adornos en la ornamentación de las casas, como los balcones velados de madera y los techos planos con balaustradas. En el de Sabogal los rostros humanos acentúan los variados caracteres que esbozara Rugendas; porque en aquél se afirman los rasgos mestizos (con esa variante zamba: mezcla de indio y negro) que se aprecian a través de las diversas capas sociales reunidas apretadamente en un como fragmento expresivo de lo que es la multitud enfervorizada de la «procesión del Señor de los Milagros». Con Teófilo Castillo, primero, y con Sabogal, después, se confirmaron en este siglo los intentos de los pintores del XIX por hallar el tema peruano, como Francisco Lazo con sus indios españolizados, pero con emoción telúrica nacional, en *El habitante de la cordillera*, *La pascana*; y con aquel hermoso cuadro de Santa Rosa de Lima, uno de los mayores aciertos de la pintura romántica en nuestro país.

Por los mismos años que corren de Teófilo Castillo a José Sabogal hay escritores peruanos en los que podemos rastrear el espíritu de esa cultura peruana -tan llena de raíces- que tratamos de esbozar con paletazos dados por aquí y por allá. Nos debe interesar grandemente la obra de Abraham Valdelomar. Pertenece a esos escritores latinoamericanos que, saliéndose del clausuro modernista, fueron a buscar en las cosas comunes, en el ambiente familiar y, a la vez, en la interpretación de la realidad no sólo atmósfera, sino el todo de su realización poética y narrativa, provinciana y de clase media. Partiendo de Gabriel d'Annunzio y de Oscar Wilde -entre lo itálico y lo británico, entre la sensualidad barroca y el *snoob* inteligente-, Valdelomar volvió -como hijo pródigo- hacia su *aldea costeña*, hacia el seno de la familia humilde de la mesocracia provinciana, hacia la atmósfera tibia de pueblos entre médanos y mar; y allí la muerte adquiere en él un aire especial, donde se combina el sentimiento religioso español con la aproximación a la tierra del antiguo hombre peruano. Un correr de regionalismos: toñuces, llantenos, ñorbos, pacaes, floripondios; pero también paracas, caletas, chalanas; y

niños que viven al pie del mar, entre yuyos, conchas y huesos de aves marinas, muelles, celajes en el atardecer, sombras de mujeres fantasmales y costumbres pueblerinas donde se quema a Judas en el Sábado de Gloria; y hay algún hermano ausente alrededor de la mesa antigua de la casa modesta, descrita con melancólica fruición, con padres callados y madres tristes que ya no conversan al pie de la puerta, donde no se detiene ya el viejo panadero ni pasa por delante el asno con la alfalfa florecida; estampas de desvanecimiento del tiempo idílico de la adolescencia en la provincia. Todo eso está en Valdelomar.

Esos temas de la casa familiar modesta, trasladada a un pueblo andino, con la orfandad, la ausencia, la impiadosa acción del tiempo, la muerte, forman la etapa inicial de la poesía de César Vallejo, quien da un paso más allá en la hondura inusitada, en la zona de desolación, de la angustia existencial, del doloroso sentimiento de ser que viene de los conceptistas españoles hasta los pensadores del existencialismo contemporáneo; y la certificación de estarse muriendo a través de la vida, de no explicar ésta sino por la muerte, pero a la vez una afirmación de amor por los demás hombres, de comunidad en busca de un «amanecer desayunados todos». Ello, con un lenguaje totalmente nuevo, donde se manifiesta la expresión coloquial peruana o el rompimiento de la gramática por aquella sensación señalada de no tener las palabras adecuadas para comunicar los más recónditos vericuetos del sentimiento, las más oscuras manifestaciones de la sensibilidad, pero también de lo que se columbra en el pensamiento. Una persuasiva peruanidad cultural domina a estos mecanismos poéticos, que están, sin embargo, en el nivel de universalidad que les ha dado Vallejo, como un poeta que aunque parte de una entraña andina se descoyunta, por decirlo así, en panoramas universales del sentimiento y del lenguaje.

II. Los constitucionales peruanos del XIX, e inclusive del XX, tomaron como antecedentes y modelos constitucionales a organizaciones políticas occidentales. Nuestros múltiples cordones umbilicales nos traen constantemente savia cultural occidental. No en vano el arte peruano en sus diversas manifestaciones,

desde el utensilio doméstico modificado por la técnica foránea hasta la gran construcción urbana, tomó frecuentemente los clásicos modelos franceses, alemanes, ingleses, italianos, a más de los netamente hispánicos. El mundo político se organizó a base de las corrientes ideológicas y constitutivas de los países llamados occidentales, y particularmente de la gran fuente democrática francesa y, en parte, del pensamiento dominante en los Estados Unidos, creador de los sistemas políticos de aplicación de las doctrinas liberales y democráticas. Transformación actual: Lima y las provincias se refleja en Leyes y orientación de estudios sociológicos. Si la arquitectura tomó en el siglo XIX modelos europeos, aunque con el tinte característico popular peruano, en las artes plásticas tuvimos a Merino, el gran pintor de arquetipos románticos y aun neoclásicos europeos -que va a tener un sucesor en el siglo XX en Daniel Hernández-; y la literatura siguió los pasos de las diversas tendencias que se sucedieron en esa pasada centuria hasta que con el modernismo comenzó un refluir de sus aguas culturales: un venir de parnasianismos y simbolismos, un ir de lengua y formación americanas que cambiaban las estructuras de la literatura española. Pero la sangre literaria europea fijó, por un lado, el *art nouveau*; por otro, aclimató en tierras de América una literatura como la que podemos apreciar en Clemente Palma, donde se dan cita el norteamericano Edgard Allan Poe, el francés Baudelaire y narradores franceses y rusos que habían invadido los medios culturales de toda Europa en la segunda mitad del siglo XIX. A más de José María Eguren, un particular modernista con fantasía medieval aclimatada a la costa peruana.

La gran transformación que al correr de los años de la primera guerra mundial se produce en el campo de todas las artes, las letras y las ciencias invade nuestro continente avasalladoramente. Las escuelas llamadas de vanguardia, en todas las artes, incluyendo la literatura, se hacen presentes en el creacionismo, el dadaísmo, el cubismo, el ultraísmo y, la fuerte marejada del surrealismo. Nada escapa a esta negación del pasado con reafirmaciones sucesivas, que van desde el caos al ordenamiento nuevo,

en ese permanente *corsi y ricorsi* que nos lleva de la destrucción a la construcción, del romántico adanismo a la conciencia tradicional clásica. En medio de las perturbadoras olas de un arte que desconocía el llamado antiguo o pasado, la vanguardia se instaló tardíamente en el Perú, pero Alberto Hidalgo fue un exponente de ella, y en otro sentido, en el surrealista, Carlos Oquendo de Amat, quien tradujo una literatura donde se unían las metáforas vanguardistas y la absoluta prescindencia de la puntuación y el orden gramatical para una pretendida poesía de escritura espontánea, rica, empero en esencias líricas. Dentro del estridentismo metafórico y agresivo, la fuerza indigenista que corría bajo las aguas turbulentas de los años veinte, produjo el grupo Tiktaka con relampagueo de metáforas construidas sobre un escenario andino. Pero en la capital y con un caminar hacia el nuevo ordenamiento pleno de reminiscencias culteranas y conceptistas españolas -y con lecturas alemanas y francesas-, poetas como Martín Adán, Enrique Peña y Xavier Abril iniciaron una espléndida tarea de renovación literaria sustentada en una aprendida y creada cultura europea sin que dejen de mostrarse las características de un nacimiento y una formación hispanoamericanas. Así corrieron paralelas las manifestaciones occidentales y las que se alimentaban en raíces terrígenas que llevarán al indigenismo de los años treinta.

Si eso se producía en la literatura, también las artes plásticas estuvieron influídas por corrientes de vanguardia que traían la presión cultural europea. Y en la música, Alfonso de Silva -más que ningún otro- produjo lieder y nocturnos y composiciones que significaban un eco de modernidad dentro de la temática musical peruana, en la que resonaban aún las raíces indígenas del maestro Valle Riestra, entre otros.

Mariátegui, López Albújar, Sabogal, fueron los maestros de esos años; a ello se sumó la predilección por Vallejo. Pero también lo fueron Proust, Rilke, Joyce; y si la pintura muralista mexicana alimentaba al sector «indigenista» del arte, Ricardo Grau llegó de Europa para traer un aire «europeo» a la pintura peruana; y Sérvulo Gutiérrez logró una particular expresión don-

de se apreciaba un cromatismo exultante y un frenesí de líneas - con exasperación dramática- ajeno al temperamento local, aunque se alimentara del ambiente costeño en buena parte de sus obras hechas dentro de una bohemia donde se mezclaba el callejón, la santería popular y la encerrona peruana con el café y la buhardilla parisienses. Si la arquitectura ofreció un superficial neocolonialismo, las urbanizaciones limeñas se poblaron de un particular encanto peruano donde se daban voces de autoctonismo criollo, con una jardinería plena de flores de toda estación. Hubo un despertar del urbanismo que no estuvo lejano a los Le Corbusier, pero que también se nutrió de savia nacional. La revista *El Arquitecto Peruano* fue un buen exponente y una magnífica vidriera de observación para las modificaciones que se venían operando en la arquitectura, pero muy especialmente en el urbanismo y en los problemas de la vivienda para el habitante peruano de zonas disímiles en clima, formación de la tierra y materiales de construcción. Por lo menos, hasta esos momentos que rondan la segunda guerra mundial, aún se tenían muy presentes los factores que dividían «geográficamente» el Perú. Aunque el castellano como idioma, las conexiones hispanohablantes en literatura predominaban en el campo de la comunicación oral y escrita, no dejaba de mostrarse un peruanismo hablante y literario con vocablos y expresiones que vienen del quechua y del modismo que algunas veces con arcaísmos españoles y otros ofrecen extrañas deformaciones locales, a más del sector quechua del sur.

La Academia Peruana de la Lengua, cuyo centenario celebramos este año de 1987, ha contribuido al esclarecimiento y difusión del lenguaje peruano, aportando el mestizaje que se cuele en los «peruanismos» ya planteados por Juan de Arona y Ricardo Palma. La Academia de la Lengua es la institución que cumple con articular nuestro idioma al común de habla española de los otros países hispanoamericanos, a la vez que recoge la expresión de nuestro pueblo para ponerla en el cauce de la gran vertiente idiomática hispana.

Con la segunda guerra mundial vuelven a conmocionarse

los espacios de la ciencia, el arte y la literatura.

Después del desencanto y del pensamiento existencialista y posteriormente *beatnick*, comienza a pensarse en las sociedades de masas, en los problemas de la energía nuclear, en un ahondamiento en la ciencia ficción, al lado de un caminar apresurado de las ciencias biológicas y físico-químicas. No puede prescindirse de estudios antropológicos y sociales para la literatura y el arte, aunque también éstos se lanzan por el camino de la evasión hasta llegar al *pop*, después de haber recorrido las gamas del abstraccionismo. Al par, los científicos, los antropólogos, los sociólogos, los artistas, tratan de penetrar en la conciencia de la sociedad, en la historia y en la textura nacionales. No puede dejar de pensarse, en términos nuestros, que la afluencia del campo a la ciudad crece grandemente sobre lo que ya se daba antes de los años 40 de este siglo; y comenzaron a formarse las poblaciones *hongo*, las barriadas, con una consiguiente alteración del esquema social y de las posibilidades de reflejarlo. Mientras tanto nos seguimos debatiendo por hallar una identidad nacional, entre voces y expresiones mayormente autoctonistas, sean indianas o mestizas, y otras con fuertes acentos occidentales, dentro del tono universalista que hoy impregna el mundo por sobre los regionalismos y los nacionalismos, que siempre asoman en todos los meridianos. La conciencia nacional peruana, mayormente dominada por campos mestizos, aún tiene luces y sombras de sus corrientes originarias que luchan entre sí, al par que la universalidad crea una penumbra donde se pierden los colores originarios de nuestro variopinto espíritu, que podemos llamar peruano, englobado dentro del mundo andino, que es también el de los países vecinos, como Ecuador, Bolivia. Esta lucha se ha venido dando asimismo dentro de cada uno, como lo presentara Arguedas.

Los últimos años han visto un panorama nacional dentro de particulares circunstancias políticas, con un retomar de *slogans* autoctonistas, perdida la exacta visión de José Carlos Mariátegui, que colocaba al Perú con sus particularidades sociales dentro del marco universal; y pasando arbitrariamente a un campo

etnológico, se ha pretendido señalar barreras entre dos supuestos mundos que no responden inclusive a la teoría clásica marxista de la lucha de clases. Para ello se ha invocado una superación del marxismo y una curiosa particularidad regionalista donde hay una clase dominante «blanca» y una clase dominada «india», lo que no responde a los esquemas de las clases sociales que no están marcadas por factores étnicos. No puede hablarse, por otra parte, de peculiaridades raciales sin caer en el fascismo y el nazismo, que consideraban una base nacional supuestamente pura y afincada a un territorio y una capa o varias capas de minorías que debían ser despojadas de todos sus derechos. La realidad mestiza del Perú nos habla -lo hemos visto- de un proceso de conquista occidental que se superpuso a las conquistas anteriores de diversos grupos precolombinos que forjaron y destruyeron Chavín, que forjaron y destruyeron Tiahuanaco y que, por último, fueron englobados dentro del proceso de la conquista española, que trasladaba a América su potencialidad conquistadora, que se había exacerbado a través de la guerra contra los infieles moros.

Lentamente, un proceso de indianización de la cultura occidental y una occidentalización de las instituciones seculares autóctonas produjo el resultado cultural a que nos hemos venido refiriendo, de una sociedad peruana cuyo estudio debe hacerse como el de cualquiera otro de los países americanos, sin que podamos pretender una negación histórica que volvería a fojas cero lo ocurrido en cuatro y más siglos. Podemos, sí, y se ha hecho exhaustivamente, efectuar un corte transversal de la realidad peruana, a la que debemos aplicar el estudio científico contemporáneo, sin falsas bases que van del chauvinismo a la candoridad. Es importante señalar el estudio que en 1968 hiciera José María Arguedas de *Las comunidades campesinas de España y del Perú*, al que habría que agregar la obra de Basadre, *Apertura*, publicada en 1978, y que contiene textos sobre temas de historia, educación, cultura y política, escritos desde 1924 hasta 1977, y la reedición de la obra del mismo historiador peruano: *Perú, problema y posibilidad*, para colocarlos en el centro de nuestros es-

tudios sobre ese Perú al que queremos aplicar la introspección y el análisis de su conciencia colectiva.

No pueden dejar de mencionarse aquí dos libros antiguos de Raúl Porras Barrenechea: *El nombre del Perú y Mito, tradición e historia del Perú*, porque ambos nos llevan a un esclarecimiento histórico-cultural de qué es el Perú y dónde se asienta su tradición a partir de una base formadora determinada y determinante.

Al planteamiento antropológico de una sociedad evidentemente mestiza, habría que añadir los fenómenos particulares de su economía - como los estudiados por César Antonio Ugarte -, pero también los de su entidad psicológica, ya que por ejemplo, Basadre hablará del «resentimiento colectivo» y Arguedas expondrá en carne propia su angustioso ser y estar, estudiante y personaje de una realidad complicada que crea sus propios mecanismos de ajuste frente al desajuste de una accidentada vida en la que el problema mayor es el de la identificación partiendo de *ese Perú* nominado a que se refiere Porras. No podemos caer en el facilismo de ciertas publicaciones sobre la realidad peruana, pero es de especial interés las relaciones de sublevaciones de diversa índole, de reacciones frente a una entidad nacional que no ha logrado su integración.

Luis Enrique Tord ha editado un libro en 1978, titulado *El indio en los ensayistas peruanos (1848-1948)*, con un epígrafe de Jorge Basadre que dice: «El acontecimiento fundamental de la vida intelectual peruana en el siglo XX es el crecimiento de la imagen del indio». El prólogo de Emilio Romero presenta los levantamientos e insurrecciones de «indios» -comprendiendo, como no puede ser menos, a los mestizos aindiados-, y así partirá de la rebelión de Túpac Amaru o José Gabriel Condorcanqui, para luego mostrarnos aquella tan conocida sublevación de Juan Bustamante en Puno, que refleja una situación política a la que añade un matiz social. Luis Enrique Tord centra sus primeras páginas en el contenido y antecedentes de la considerada primera novela peruana: *El padre Horán*, de Narciso Aréstegui, donde se nos presenta, como lo adelantara en mi *Literatura peruana*

(primera edición de 1954), la cuestión o el problema indígena peruano -separando y explicando los términos indígena o indiano- en el campo de la Literatura. Pasar de Aréstegui a Clorinda Matto de Turner es consecuencia también apuntada en aquel texto pero donde al simple realismo de Aréstegui se añade una filosofía del «indigenismo», en el sentido de poner la educación como base de la solución de la maltratada sociedad de los pueblos peruanos, con evidente influencia positivista. La educación sería para el siglo XIX la única que podía salvar al indio del estado en que se halla. Posición que aún se observa en Rómulo Gallegos, en *Doña Bárbara*, para la sociedad venezolana. Luis Enrique Tord nos lleva después al planteamiento en el campo del ensayo de aquel mismo problema, con la posición de una política radical en González Prada, hasta el enfoque ya señalado de Mariátegui, dentro de las corrientes ideológicas del socialismo materialista. La intervención de sociedades pro-indígenas, congresos indigenistas, publicaciones sobre el indio, etc., van formando una corriente de estudios peruanos en más de un siglo de caminar desde ese indigenismo inicial hasta el de Arguedas, Alegría, etc., en la batalla por ingresar al espíritu cultural del Perú desde un sector o faceta determinada.

Aurelio Miró Quesada ha insistido mayormente en el estudio mestizo de nuestra cultura a través de las figuras singulares representativas: El Inca Garcilaso y Mariano Melgar en diversos libros que se han publicado en nuestro país y en España. En ambos están presentes los dos afluentes que hemos venido señalando, como el unirse de las aguas para la formación del gran río espiritual que es el Perú. Por su parte, Fernando Romero presentó un valioso trabajo a la Academia Peruana de la Lengua sobre el aporte negro a nuestra cultura: *El habla costeña del Perú y los lenguajes afro-negros*, que viene a sumarse a los estudios antropológicos y folclóricos de Gálvez Ronceros y a la literatura de Gregorio Martínez.

Señalemos al paso, dentro del ensayo, como texto de consulta, *América latina en su literatura*, que consta de numerosos estudios de tratadistas latinoamericanos sobre ese tema, a base

de una reunión de ellos convocada por la UNESCO y con la coordinación de César Fernández Moreno. Asimismo, y con igual criterio, se ha publicado *América latina en su arte*. En ambas prima un espíritu de investigar eso que podríamos llamar el alma de América Latina, dentro de la que están englobados nuestros pueblos andinos.

La masificación de las ciudades, sin la preparación urbana necesaria, el desencanto, la frustración, las corrientes literarias de la generación perdida norteamericana y de la existencialista francesa, dieron cause a una narrativa urbana y desmitificante en la década del cincuenta, que aún conserva sus frutos y sus signos culturales en el Perú a través de algunos de sus más calificados representantes. No puede dejar de pensarse en la influencia de Sartre y en la de Faulkner y de Hemingway; pero también en la presión de un medio donde se vive etapas de la llamada constitucionalidad por otros años de gobiernos de facto, con inclinaciones diversas y con señuelos también incumplidos. El más destacado entre aquellos escritores es Julio Ramón Ribeyro, de quien han aparecido los tres tomos de sus cuentos bajo el título de *La palabra del mundo*; la reimpresión de *Crónica de San Gabriel*, novela de experiencias juveniles en la provincia peruana pero con todo el caldo de quebrantamiento, de melancólica actitud ante la vida que expone en sus cuentos; la novela, de menos importancia, aunque plantea el problema de la angustiosa pubertad, se llama *Geniecillos dominicales*; y la edición de la también novela *Cambio de guardia*, con una más directa crítica de la política. Lo fundamental de Ribeyro está en sus cuentos, dotados de un núcleo evidentemente nacional -aunque algunos tengan escenarios ajenos al Perú- y en muchos casos la problemática social, y un desenvolvimiento de la trama hacia la marginación, hacia la descomposición, con un sentimiento claro de decadencia, que puede ser desarrollado por su autor ya en los basurales del lumpen, en la incipiente barriada de los acantilados limeños o en la hacienda donde con los años crecen los desencantos, como entre profesores o estudiantes de una universidad provinciana, donde la leyenda de una ciudad con raíces históricas aparece co-

mo desvanecida entre personajes locos, falta de paisaje y con trama que, no dejando de ser fantástica, está enseñoreada por la realidad agobiante. Una narrativa crítica, sin dejar por ello de ser eminentemente literaria, nos lleva a un planteamiento de interrogación de nuestra cultura, de posibilidades agostadas desde la juventud, de reconocimiento, en fin, a través de un examen de conciencia, de un sentimiento no de culpa, sino de inferioridad. Esto, en medio de la expresión de una clase media que está vivida y sentida por Ribeyro entre sus calles y esquinas de Miraflores, en medios universitarios y en bares donde la juventud va entrando a esa conciencia de decadencia o marginalidad. Examen de conciencia que Ribeyro hace también desde París o desde cualquier punto de Europa, y que lo lleva a hermosas páginas reflexivas de prosa literaria con ese mismo extraordinario poder de desencanto que pone en su narrativa.

Mientras tanto hay escritores neoindigenistas, como en el caso de *Eleodoro Vargas Vicuña*, quien realiza el igual experimento literario de Arguedas al pretender un tratamiento de lenguaje que por sí solo nos haga sentir al hablante mestizo de quechua y castellano, con sintaxis y defectos gramaticales desde el punto de vista del castellano que reflejan una realidad del idioma que trasunta, a su vez, una realidad social en proceso de integrarse, con evidentes síntomas de vacilación. Esto sin dejar el elemento poético, que está tanto en la narración iluminada como en la intuitiva aproximación a un mundo de fantasía, que no está totalmente cimentado en la realidad real, que se percibe sólo a través de un roce con el transfondo histórico del Perú. Tal vez si sea *Edgardo Rivera Martínez* el que más se acerca, entre los últimos, a esa corriente poético-indigenista dentro de la narrativa. Sintiendo claramente la indianización de mitos y leyendas europeas, se construye en las narraciones de *Rivera Martínez* un escenario en el que campean hombres y niños de los Andes, dotados de un *fatum* misterioso, en el que luchan, sin decirlo abiertamente el «Amaru mágico de la serpiente precolombina y el Cristo de las iglesias católicas», con mezcla de superstición y de religión, donde se unen y chocan las corrientes anímicas, que se

dan principalmente en los espíritus de los habitantes de las serranías, sin que se haya llegado definitivamente a la síntesis conceptual.

Con un pie en ese mundo indígena mestizo o mestizándose cada vez más, y con el otro en la ciudad, donde los pasos van siendo contados de calle a calle, *Carlos Zavaleta* nos presentó un neorrealismo que tenía bases de experiencia provinciana peruana, pero también de experiencia capitalina, y que, además, sus lecturas de la novela norteamericana y la francesa en los años cincuenta maduraron dentro de los campos peruano. Es ésta una experiencia muy singular y característica de una cultura como la nuestra, donde aquellas aguas que la formaron van siendo constantemente modificadas por un aceleramiento del tercer factor, que señalamos al comenzar estas digresiones, el de la dinámica transformadora, que deja el *substratum* inicial y va alterando diversas capas de conciencia cultural de un pueblo, tanto por la inestabilidad de su plasmación total como por la fuerza o presión -diríamos mejor- de los acontecimientos externos al devenir de su propio proceso.

También en el campo neoindigenista, pero con una técnica diversa, en la que se combina el realismo documental con el realismo mágico, la explicación novelesca de hechos ocurridos en el proceso de las luchas sociales con la fantasía delirante, *Manuel Scorza* abrió un nuevo camino con *Redoble por Rancas*, y siguió con las por él llamadas inicialmente «baladas».

Más en el oficio, pero sin dejar, por un lado, la experimentación narrativa y por otro, las huellas del Perú en él, *Mario Vargas Llosa* ha recogido ese tema tan en las últimas décadas de la adolescencia y la juventud, maduradas en un acelerar de la degradación, en diversas capas peruanas, claro que particularmente en la clase media, a la que pertenece, pero asimismo en ciudades de provincias, para viviseccionar la realidad peruana desde *La ciudad y los perros*, con una acción totalizadora que utiliza un lenguaje de cortes, alusiones, idas y regresos en la palabra y en la trama para lograr grandes frisos en *La casa verde* y en *Conversación en la Catedral*, donde se retrata, por fragmentos que hay

necesidad de unir, el Perú. Las experiencias personales están transmutadas a diversos personajes en cada novela, donde se realiza una extraordinaria y paciente obra de relojería con mecanismos y ruedecillas que giran al mismo tiempo, pero en su propio campo, dentro de un aparato total. La vida social del Perú (*La casa verde*), la vida política del Perú (*Conversación en la Catedral*), se sustentan en un prostíbulo o en un cafetín de contertulios embriagados, y, sin embargo, nos dan una visión por la que se cuele eso que veníamos persiguiendo: la cultura peruana. Habría que añadir las novelas peripeciales, con condimento de ácida comicidad y aun diríamos de trágica comicidad: *Pantaleón y las visitadoras* y *La tía Julia y el escribidor*, con seres llevados por una condición (el oficial cumplidor de su deber y el autor delirante de novelas radiales) al más triste desenlace dentro de una realidad que los engulle o los aplasta, pero que, a la vez, ha sido germinada por ellos mismos. Nos bastarían esas referencias, dejando de lado las últimas producciones de Mario Vargas Llosa, entre las que sí habría que mencionar para este trabajo, en relación con la realidad social y política del Perú, la *Historia de Mayta*, tema futurólogo para el momento de su composición pero que encamina hoy a su cumplimiento desgarrador, escéptico, negro, como un esclarecimiento de la realidad nuestra que le sirve tanto a Vargas Llosa, en ensayos y artículos dentro de sus proposiciones democráticas y liberal-progresistas para el Perú.

En expresión de la realidad peruana con carácter ácido-crítico, donde la ironía rompe lanzas con la desolación, *Alfredo Bryce* nos ha expuesto dentro de la galería de frustrantes y marginados de la novela contemporánea del Perú, y que figuran entre sus memorables cuentos, a *Julius* y su mundo, a la burguesía peruana mirada desde dentro con despiadado sentido crítico y cariñoso tratamiento al mismo tiempo, entre el juzgamiento con actuación de juez sardónico o implacable y la sensación de ser parte de la causa acusada. Los cuentos y novelas de Bryce nos llevan al temperamento de exponernos personajes y situaciones ridículos, agobiantes papeles donde la carcajada es simplemente el envoltorio de un desolador paisaje, donde la decadencia está

pintada con risueños términos, pero con amargo sentimiento de impotencia. Todo ello trasluce -con un lenguaje expresivo, «lisuriento» y peruano- el sentido de nuestra realidad dubitativa, imprecisa, asfixiante en su «medio camino» de cumplimiento.

Hemos pretendido mostrar -nosotros mismos- con nuevos instrumentos narrativos, sin perder un dejo inicial poético, pero tomando este mecanismo de conseguir todo y nada en idas y vueltas, facetas de la realidad peruana a la manera con que hoy pueden expresarse dentro de novelas que pretenden ser *totalizadoras* en *Una sola sombra al frente* y, sobre todo, en *Puerto pobre*, con un condimento de aventura, de la gran aventura que es la vida. En menor escala sería la presentación de ambiciones y frustraciones que se podrían observar en los dos planos de *Impronta del agua enferma*, donde Lima asoma tras la Universidad y el lumpen. Como en las anteriores está el Perú de muchos años, o una ficticia Casma, con una sociedad de consumo sobre sus auténticas condiciones rurales y semi-urbanas.

La presencia de grupos minoritarios adecuados a la vida nacional peruana, o mejor dicho, inadecuados, pero adhesivos a ella, se nos muestra en la novela de Isaac Goldenberg: *La vida a plazos de Jacobo Lemer*. El estudio antropológico de la costa peruana en variantes que van de la mezcla blanco-negra, indio-negra, indio-blanco-negra, se presenta en un novelar que va del cuento (*Tierra de caléndula*) a la mayor amplitud narrativa de la novela propiamente dicha (*Canto de sirena*) en Gregorio Martínez. Se suman dentro de esta narrativa última, que tiene que ver con la sociología y la antropología en general, la atmósfera geográfica, el tinte folclórico y un todo de densa humanidad risueña, sensual y, a la vez, agresiva.

Cuando la literatura se hace sobre la literatura, con elementos que mayormente tienen que ver con la cultura occidental, en las lecturas que forman un esquema intelectual; con temas, tratamiento, atmósfera, que no están desligados del todo de nuestra cultura; pero con raíces sumergidas en esa corriente cultural europea que se hace presente en nosotros con caracteres que llamamos universales, se consiguen los cuentos (*Escuchando tras la*

puerta) y la novela (*La piedra en el agua*), de Harry Beleván.

III. La poesía en el Perú, junto con el fenómeno universal de Vallejo, a que nos hemos referido, muestra, a fines de la década del veinte, las dos caras de su personalidad nacional: 1ª, una poesía con fuerte motivación peruana sustentada en la vanguardia del estridentismo, y 2ª, una poesía culterana, a la manera española, aunque con influencias diversas occidentales. Busca después, en la generación del treinta, adecuarse a las grandes motivaciones histórico-geográficas, sin dejar la lírica entonación que enfrenta al poeta consigo mismo. Puede decirse que conseguimos una veta peruana de aproximación a los mitos sustanciales y a nuestra naturaleza extrayendo raíces culturales de la conciencia de «nosotros» por encima de la presencia del yo, tan presente en la poética modernista y aun postmodernista. Me halaga el pensar en un «ingreso lírico a la geografía» y en una aproximación al mundo contemporáneo peruano de Mitos, como el de Vichama o de Pacaritambo, sin que dejen de alimentar esas temáticas los elementos de la sensibilidad plenamente subjetiva, hecha espíritu a la manera del hombre actual. Manuel Moreno Jimeno exhibía, en tanto, una poesía apostrófica, de angustia emocional y apretada ante el drama social del siglo XX; Luis Fabio Xammar trataba de hacer una poesía cholista menor, con un sedimento folclórico y, a la vez, intimista.

Pasó la poesía en el Perú por una degustación estética, con la mira puesta en la belleza y en la linfa del surrealismo, con nombres como el de Emilio Adolfo Westphalen y el de Jorge Eduardo Eielson, para llegar a esa brillante generación poética de los años cincuenta con Rose, Belli, Bendezú, Delgado, al que habría que añadir los nombres de Sologuren y de Cecilia Bustamante y de Blanca Varela, así como de Arturo Corcuera, que trajo una actitud más retozona, con mezcla de causticidad y de ingenua expresión elemental. Corría al lado de ellos la poesía indigenista de Mario Florián o de Luis Nieto, y al fondo, saliendo de la señalada corriente neomodernista, para afinarse en un expresionismo que llamara concreto: Alejandro Romualdo, quien alcanzó el sentido épico que se venía persiguiendo desde los años

treinta.

Síntesis de esos movimientos, pero con una precocidad indudable y con una experiencia literaria que superó los pocos años que le tocó vivir, Javier Heraud abrió la compuerta de la nueva poesía peruana de los años sesenta. En ella hay un especial aparte para Antonio Cisneros. Partiendo de una mirada crítica, retomando, para jugar con ellos, los mitos tradicionales y los acontecimientos memorables, y con una esmerada lectura de poetas de otras lenguas, particularmente inglesa, consigue una poesía conversacional abierta, donde se une el sentimentalismo de Rose con el criticismo social, a fin de obtener un conjunto al par brillante y desencantado, en rebelión y tan apegado, sin embargo, a una realidad que es, evidentemente, peruana. Se expresa que es anti-lírico y que su poesía -al decir de Escobar- engloba acontecimientos «dentro de una simbología acuñada en perspectiva crítica, construida por la conciencia de las contradicciones sociales y el peso de una actitud lúcida frente a la enajenación cultural e ideológica». Cisneros representa una actitud y una manera poética que han tenido muchos exponentes en la poesía de estas dos últimas décadas. A su lado, Rodolfo Hinostroza se nos ofrece más universal, más intelectualizado, más sumerso en una poesía clásica y a la vez simbólica (de la que ha de salir con resultados de avanzada expresión), con símbolos más complicados, con signos donde las ciencias se ponen al servicio de la comunicación poética y con una conciencia alerta para el cambio en el lenguaje.

Un dejo provinciano se aprecia en la poesía de Marco Martos. Pero ella va más allá para tomar una actitud peruana ante la poesía dialogante y con dejo prosaísta. José Miguel Oviedo sostenía que esta poesía del setenta estaba más plena de provincianismo, de insurrección anticapitalina, etc., en su conocido libro *Los trece*. Me he permitido señalar que existe, o existió, una corriente al comenzar la anterior década menos convencional, más abierta, con un prosaísmo cargado de intimidades y detalles de locución oral, pero no estrictamente provinciana, pues escritores como Abelardo Sánchez León, por ejemplo, se recrean en lu-

gares, bares, escenarios de Lima, donde se bebe, se come y se conversa de cosas entre triviales y trascendentales con un tono coloquial y cierta nostálgica actitud bohemia. Manuel Morales tiene asimismo poemas representativos de esta corriente poética, que está ligada a un criollismo, por decirlo así, cultural, sin que esto signifique «regionalismo» en el sentido tradicional, sino, por el contrario, cierto dejo de inconformismo y de protesta. Rebeldía con disconformidad social que se acentúa en grupos de franca posición o insurgencia político-social, como *Hora Cero*, de la que surgen poetas de indudable importancia, como Jorge Pimentel, lleno de autenticidad poética, más allá de toda «revolución». De *Estación reunida* salió un poeta como Elqui Burgos, convertido en escritor cultista, al igual que Enrique Verástegui, que mezcló su rebeldía contra lo peruano, renegando de Vallejo, con una poesía donde se dan la mano las citas eruditas con agresivas voces, en una poesía trascendental con magnífico ritmo expresivo. También Juan Ramírez Ruiz, donde «la narración testimonial y el retorcimiento de la norma idiomática», al decir de Escobar, ha sido superados en *Vida perpetua*, libre anticonvencional, donde la poesía adquiere aire en las páginas con guarismos y signos -que estarían dentro de la técnica de Hinostroza-, que adquieren una importancia grande porque al sentido visual se une el auditivo y la voz interior de la conciencia para una acción de impacto totalizador.

Gran parte de los poetas de estos años están influídos por Antonio Cisneros, hasta llegar a los más jóvenes, donde se percibe un retorno a formas más apretadas, más concretamente líricas, ajenas al conversacionalismo, a la presa alusiva y a la apertura, encerrándose en esencias líricas. Hay también poetas que vienen de generaciones anteriores y que ahora irrumpen desde flancos diversos. Una poesía gramatical como la de Elvira Ordóñez; otra, de significativos cambios verbales, como la de Pedro Cateriano; otra, apuntando al hombre, a la naturaleza y al amor, de Manuel Pantigoso; una poesía que se basa en un surrealismo íntimo, que puede desenvolverse desde el sueño hasta la realidad, asimismo en pintura libre, impresionista, con otra

carga de lenguaje, como es el caso de Patricia Llona. Y hay ahora una poesía última que se nutre de lecturas clásicas como la de Eduardo Chirinos Arrieta y Jorge Eslava, aunque estén unidos a nuestra realidad.

Las explicaciones de un arte teatral peruano han quedado reducidas a muy pocos nombres significativos. En el siglo XIX hubo ese binomio de la comedia que llevó al lado de la tradición culta en Pardo y Aliaga; al lado de la tradición popular en Segura. Algunas obras costumbristas se pusieron en escena a comienzos del siglo. Pero solamente adquiere pleno sentido literario y artístico el teatro de Juan Ríos, de Sebastián Salazar Bondy. El primero -pleno de erudición y al par de preocupación por los principios filosóficos y sociales de este siglo- pudo hacer dramas peruanos con referencias clásicas, a la vez que estaba a tono con las grandes preocupaciones que azotaban Hispanoamérica y el mundo por los años treinta y cuarenta. Ya sea la versión teatral del mito de los hermanos Ayar, ya la de *El Quijote*. El segundo aclimató a la época el teatro colonial con *Amor gran laberinto*, o la biografía novelada de Flora Tristán; o modernizó a Rodil, que ya había sido tratado por Ricardo Palma, para más tarde peruanizar a Arthur Miller en *No hay isla feliz*, o pretender hacerlo con Brecht, a más de diversas estampas que mostraban todas su temperamento periodístico y su inquietud cultural. A ellos se sumó Enrique Solari Swayne, con un teatro más vinculado a la realidad estrictamente peruana en su geografía o en su idiosincrasia, con *Collacocha*, particularmente.

El cine ha venido cuajando en el último tiempo, ya Robles Godoy nos ofreció películas de calidad, pero que tenían mucho que ver con la literatura en detrimento del arte mismo cinematográfico, y así, *La Muralla verde*, *En la selva no hay estrellas*, *Espejismo*, dieron relieve a un Perú de elementos naturales propicios a la cámara, a la vez que los temas seguían una intención ya crítica, ya simplemente sociológica de la realidad, pero les faltaba, tal vez, el propio lenguaje del cine. En el Cusco un grupo de cineastas y escritores dirigieron algunas películas con contenido folclórico, como *Kukuli*; posteriormente se fue obteniendo en

largometrajes el desarrollo propio del cine, a la vez que un espíritu peruano. *Kuntur-wachama*, de Federico García; *Los perros hambrientos*, de Luis Figueroa; *Muerte al amanecer*, de Francisco Lombardi, *Cuentos inmorales*, de Huayhuaca, Flórez Guerra, Tamayo San Román y Lombardi y *Avisa a los compañeros*, de Degregori; son logros objetivos en este campo del cine.

Los éxitos últimos de *La ciudad y los perros* de Lombardi Gregorio del Grupo "Chasqui" y *La fuga del chacal* de Tamayo San Román, constituye un valioso testimonio del desarrollo del cine nacional. Asimismo, habría que señalar que el último de los realizadores de cine, triunfó en un concurso internacional de video en México con una adaptación del cuento de Jose María Arguedas: «La agonía de Rasu Ñiti».

El arte musical peruano tiene débiles manifestaciones, a pesar del talento de los jóvenes compositores, como Edgar Valcárcel, Celso Garrido Lecca y otros que se suman a la influencia de Enrique Iturrriaga. En todos ellos hay voces que acreditan una tendencia musical peruana.

Si pasamos del tiempo al espacio, el arte tangible sobre material concreto, podríamos buscar los elementos culturales nuestros en la escultura y hallar las figuras que Cristina Gálvez ha dejado con invariable genialidad. Y tendríamos otra figura -la de Joaquín Roca Rey- enclavada hace tantos años en el corazón de Roma, donde continúa trabajando en el metal y la madera desde las formas a lo Henry Moore hasta lo más actual con fuerte personalidad, en que predomina un erotismo refinado. Aparte, ha logrado Roca Rey plasmar figuras como la del Inca Garcilaso.

\*\*\*

El adolescente de más de un siglo continúa mirándose a las aguas y descubriendo su rostro. El artista penetra hasta el fondo de su conciencia y extrae los materiales que constituyen su personalidad para vaciarlos en la escultura o el lienzo, para decorar

los muros, para construir las viviendas, para dar pábulo a su sensación de ser y a su existencia en un mundo determinado que lo rodea y lo plasma. En la retrospectiva de Fernando Szyszlo, en 1976, nos hallamos ante un pintor que ha recorrido desde las impresiones dejadas por sus maestros o por sus ideas de hallarse en la contemporaneidad de Picasso hasta ir descubriendo las vetas más profundas de su capacidad creadora, a fin de interpretar, a través de un abstraccionismo que podemos llamar romántico, con insistencia grande en determinadas tonalidades de colores, un mundo interior que se transformaba en arte, pero que tenía esencias históricas, trozos de un peruanismo cultural que él mismo va descubriendo sin proponérselo originariamente. Si él había visto con interés a Klee en su formación, éste había tomado como función decorativa elementos de formas y color del arte peruano precolombino; pero Szyszlo se sumerge en ellos con la naturalidad que le da su medio natural.

Esta vuelta a «lo indígena» se hace en un corte profundo, sin inmediata relación con elementos folclóricos, con figuras populares o con regionalismos más o menos encubiertos. Hay una relación muy de dentro en ese mundo de la pintura de Szyszlo, con los colores y formas que desarrolló un artífice impregnado de una tierra y un horizonte que corresponden a la realidad histórico-geográfica o geo-histórica del Perú precolombino particularmente costeño. Y, sin embargo, con personalidad excluyente y propia del artista actual embebido en una tradición occidental del arte. Para ver hasta qué forma corresponde a campos netamente artísticos, podemos decir que una discípula de Szyszlo, como Julia Navarrete, que ha expuesto una magnífica y variada obra pictórica, no ofrece los elementos de composición que podrían hallar relación entre nuestra actual cosmovisión y la de los pintores alfareros y tejedores de la costa peruana precolombina, que sí se hallan en Szyszlo. Y con los mismos conceptos pictóricos -lo llamaremos así- totalmente nuevos, se puede hallar la vía de las raíces, como se puede caminar en otras direcciones que el paso del tiempo le ha señalado a la cultura peruana bajo las influencias occidentales y la aceleración de la dinámi-

ca social.

Si volteamos los ojos a Tilsa Tsuchiya, nos hallamos ante una artista plena de ideas poéticas, sin que éstas opaquen, ni mucho menos, su rica expresión pictórica. Ese mundo que parte de una actitud onírica y que se desenvuelve en un encuentro con el mito a través de la natural relación sexo-germen, individuo a familia, familia a colectividad social, está dotado de un intenso penetramiento en la realidad, llamémosla así, del Perú andino, de un existir dentro de un marco indo-hispánico, de pasar por la sangre y los nervios el sentido de un mundo tal sobre las ideas, las costumbres, sobre eso que se llama la religión en el más amplio sentido. Con una fuerza mágica, Tilsa descubre y crea una mitología pictórica peruana dotada de un color, de una fuerza, que se hacen, evidentemente, poesía en el lienzo. Resumiendo su personalidad podríamos decir que Tilsa Tsuchiya fue una inmensa pintora y un espíritu selecto que vivió permanentemente entre la realidad del hombre y sus sueños. A los colores vivos del comienzo fue interfiriendo una bruma que da «como transparencia interior a sus cuadros». Y en ciertos casos hay una máscara evidente que señala los límites entre la realidad real y la artística. Así, se ha señalado cómo Machu Pichu está mirado con aires costños en un desafío de la imagen donde no hay muros ni canterías ni escalinatas ni ventanas trapezoides, pero sí expresiones de la altura de la montaña y una esencia de lo andino con la creación de un totem expresivo del hombre quechua, del habitante antiguo del Perú prehispánico. A las bellísimas naturalezas muertas y al encanto de los seres animados, suceden pues los mitos y las leyendas, que tienen asiento en la antropología, la geografía del Perú y en la fantasía con influencias nativas y orientales, como la señalada de la cultura Sung de la China, mezcladas a elementos expresionistas aunque ella no fuera, no es, una expresionista, sino una impresionista iluminada por los sueños que elaboran poemas. Ante todo, es evidente que Tilsa es mestiza y no simplemente nisei, que son los hijos de padres japoneses. Y que un gran pintor, como Kubota, tiene signos diferentes en nuestro país. Y que el surrealismo al que ha llegado Shinki, otro notable pintor

con elementos étnicos-culturales similares a los anteriores, no tiene el panorama pictórico de Tilsa tampoco. Ni que Oka puede, en sus magníficos trazos esquematizados, semejarse a la composición mágica de la mitológica pintura de aquélla. Con todos estos nombres estamos también señalando importantes regiones de la pintura peruana contemporánea con dosis culturales de Oriente, al par que de Europa y América.

Cuando vemos la pintura de Galdos Rivas tan lograda, combinada con colores que son propiamente de él, no podemos menos que acordarnos de ciertas telas que vimos en algún museo peruano o en la sección peruana de un museo de cualquier lugar del mundo.

Galdos Rivas se halló en la búsqueda de una identidad pictórica, al igual que sus compañeros de generación, llámense Milner Cajahuaringa, Miguel Angel Cuadros, etc. Milner Cajahuaringa, cercano a Cuadros en la *pintura acción*, ha creado esa sensación de «materiales arrojados al azar» y esos «chorros ocasionales», a que se refieren José Antonio de Lavalle y Werner Lang, en su *Pintura contemporánea*, dentro de la colección «Arte y Tesoros del Perú», con «colores flotantes», con reminiscencias, por su parte, de la arquitectura trapezoidal incaica, sin que Cajahuaringa sea un pintor regionalista. Así como Miguel Angel Cuadros, inquieto buscador de formas, constante catalizador de corrientes, poseedor de una condición extraordinaria para el dibujo, realiza un tipo de pintura ajena a esos dos compañeros generacionales.

Cuando Bill Caro reproduce con su hiperrealismo las cicatrices que el tiempo ha hecho en los balcones (moro-hispano-limeños); en las esquinas deterioradas; en los zaguanes desmoronados, donde hay fantasmas coloniales y republicanos; en las escaleras desvencijadas; pero también en los autos que duermen sin paz en cementerios de fierro, lata y vidrio, nos hallamos ante una pintura romántica que busca el espíritu de nuestro vivir. Su lente, pero también su prisma, capta la realidad de las cosas desvanecidas, donde el cartel o la máscara nos hablan -sin embargo- de un presente hecho por acumulación de cosas del pasado

que se mantienen con sus heridas y sus suturas en pleno mundo actual, con el Perú clavado en el universo, con la realidad convertida en material recreado por el arte. Nunca el arte es la realidad misma, sino transformada por la pupila y por el pensamiento del artista. Cuando Luz Negib crea la familia Pérez o redescubre el paraíso adánico o la fábula de «Caperucita» y de sus lobos diversos, su pintura crítica está hecha a la medida del tiempo actual, más con una perspectiva que enclava la historia dentro de los llamados elementos culturales del pueblo peruano, de la versión nuestra de la religión, el mito, la leyenda, el cuento y las costumbres.

Ese espíritu de la cultura, que es la conciencia de todo lo que el hombre crea o produce en sector social del mundo, por supuesto - como lo hemos venido refiriendo -, es más que la proyección del Perú, porque lo es de toda esa configuración histórica que puede llamarse Latinoamérica, Iberoamérica, Hispanoamérica o países andinos. Y así encontraremos ecos de todos nuestros pueblos en este arte del Perú último, que venimos esbozando. Si nosotros nos detenemos a ver a Angel Chávez, por ejemplo, nuestra visión se extiende a todo el territorio americano que corre desde el Río Grande de Norteamérica hasta la Antártida. Se ha encontrado en él reminiscencias muy grandes de Rufino Tamayo, pintor mexicano que pasó del inicial movimiento de los Rivera y los Orozco a los Siqueiros, a una pintura más esencial, donde se sintetizan raíces telúricas en una pintura que aunque mexicana tiene que ver con el desarrollo de la plástica del siglo XX. Angel Chávez tiene una buena forma de mestizaje que lo aproxima a lo llamado autóctono.

Si extendemos nuestro horizonte cultural, nos hallaremos con aquella pintura que se aparta de toda referencia regional o de introspección para ponerse en el plano del mundo total y con una inspiración creadora que escapa, al parecer, a las ligazones geo-históricas, para hacer simple y llanamente arte en un nivel universal. Esta no está fuera, por supuesto, de la cultura peruana en su proceso dinámico de constante aprehensión de valores. Es cierto que Gerardo Chávez, Revilla, Braun o Villanueva nos

aparecen con claros nexos a la presencia del mestizaje peruano. Chávez, discípulo de su hermano Angel, se aparta por completo de él y ha logrado, con una pintura figurativa, un mundo fantástico que tendría que ver con Bosch (con el Bosco, flamenco y español) y, por otra parte, con un pintor latinoamericano, el chileno Matta.

Su pintura es limpia, a pesar de todos los retorcimientos de sus figuras sacadas de una fantasía exuberante, barroca, que se adapta al desenvolvimiento del siglo XX. Revilla, que también logra una pintura limpia, hermosamente clara - con colores más vivos -, ostenta mayormente los signos del surrealismo, que tiene que ver con Dalí, pero también con los grandes pintores belgas contemporáneos. Habría que señalar que con su mismo arte surrealista, Revilla presentó una búsqueda de la costa peruana, que en otro aspecto y con elementos *pop* había también exhibido poéticamente Jorge Eduardo Eielson. Braun se mueve en un campo de la retrovisión de la pintura clásica injertada dentro de una nueva pintura; un cuadro o una expresión dentro de otro cuadro, en esa concurrencia que se emplea asimismo en la literatura y que puede verse en Harry Beleván. En cuanto a Leoncio Villanueva, cuya obra ha causado tan hondo impacto, está en la línea surrealista, con una simbología a tono universal; en tanto que Aquino, otro de los jóvenes surrealistas representativos, se mueve dentro de una pintura con materiales a la mano y aun con figuras, como su autorretrato; u objetos propios de un ambiente nuestro.

Debemos señalar que coexisten con esos pintores que hemos citado otros muchos valiosos, como representativos de tendencias actuales, así como diversos artistas que vienen de atrás, desde el ya legendario Macedonio de la Torre, con su inspiración selvática o Teodoro Núñez Ureta, nacido acuarelista y que pasó por todas las gamas de la pintura hasta llegar al mural, y donde el indigenismo se confunde con cierta acentuación masiva que corresponde más a un mundo urbano, con fuerte tendencia expresionista. Estamos entre el pasado -pesando fuertemente en nuestra conciencia- y el futuro, que llama con nuevas y nue-

vas voces, con el sentimiento romántico de crear siempre algo nuevo. Ello estará siempre con raíces que nos envuelven, con tierra que nos aprisiona, con imágenes que nos impresionaron, con lecturas antiguas y últimas; pero, a la vez, con nubes y mares que nos llevan hasta el mundo, alcanzando por velocidad acelerada una visión más integradora de la humanidad, como ente total de nuestro universo. La cultura peruana existe dentro del concierto iberoamericano, pero claro que es parte de la cultura andina, y ésta de la cultura mundial, cada vez más dominadora. Una delirante caja de resonancia expande nuestras voces.

Esa caja de resonancia es el idioma castellano o español que forma una de las grandes corrientes lingüísticas del mundo; y que por lo tanto es nexa para una comunidad de países que tienen un similar horizonte cultural. La comunicación con esa población hispano hablante es fundamental. Y el papel de la Academia ha sido y es mantener aquella unidad idiomática, auscultar el proceso del lenguaje en nuestro país y confrontarlo con los de los otros países de habla castellana o española; al par que ofrecer a aquéllos el contingente peruano dentro de la transformación del idioma que es permanente, pero que a la vez debe tener referencias de los aportes de cada núcleo cultural y encaminar el proceso dentro de la unidad anhelada. Aceptar el uso presente del lenguaje; pero, a la vez, conservar su estructura vital.

Al cumplir cien años de existencia, la Academia Peruana de la Lengua debe ratificar el porqué de su nacimiento y perennidad, el estudio de la lengua que nos hace copartícipes de una gran cultura universal y el tratar de apuntalar ciertos criterios básicos en su uso para mantenernos -precisamente- dentro de las líneas que nos hacen miembros de esa unidad cultural por sobre las diferencias históricas, políticas y geográficas que podemos tener. La búsqueda de nuestra identidad nacional no excluye el común patrimonio idiomático-cultural de los pueblos hispanoamericanos. Y por ello, luchamos.

## CIEN AÑOS DE EXISTENCIA DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

(Sesión Pública del 31 de Agosto de 1987)

### DISCURSO DE ORDEN, POR DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Ayer, 30 de agosto de 1987, se cumplieron cien años de la existencia de la Academia Peruana de la Lengua. *Academia, Peruana y Lengua*, serían tres términos por estudiar básicamente al recordar ese nacimiento y su bautizo. Academia es la casa con jardín, cerca de Atenas, junto al gimnasio de Academo, "donde enseñaron Platón y otros filósofos", reza el diccionario, ese libro tan controvertido y para el que pedía su exterminio el escritor argentino Ernesto Sábato. Y de allí, de aquella casa donde se filosofaba al lado de la naturaleza, salió la idea de las sociedades científicas, literarias, artísticas, que han sido siempre aspiración de los pueblos organizados o de los gobiernos de esos pueblos. Pero la Academia, aún dentro de esa acepción general, ha tenido diversas metas y su papel ha variado desde la simple reunión de escritores o eruditos hasta la institución encargada de estudiar algún aspecto del conocimiento; y particularmente se ha acentuado la investigación del lenguaje y el trato de éste en diversos planos del uso de la historia de las palabras en un idioma determinado, para encontrar formas adecuadas al proceso cultural de cada país o región de la cultura.

Las tendencias antiacadémicas -que tanto aparecieron a comienzos de siglo- son índice de cierto anarquismo decadente. Precisamente la Academia, en una sociedad moderna, trata científica y amorosamente el tema del lenguaje y permite otear

los vastos horizontes del habla popular, donde se ventilan o airean las voces y donde surgen nuevos y nuevos vocablos que van agazapándose detrás de los antiguos o conocidos, para, luego, adquirir formas definitivas que conjuguen con el armónico sentido general de cada idioma, con su fluencia interna, con su ritmo externo. La creación de palabras en el uso popular o en las páginas de los escritores no perturba, sino por el contrario alimenta la obra de las academias con el jugo vivífico del propio devenir de los pueblos y su cultura. Y en ellas se aprende a querer a las palabras en sí mismas y a encontrar los caminos por donde llegaron y a dónde van, en un constante renovarse, como ya lo veía Horacio, comparable este proceso a las plantas donde las hojas nuevas van reemplazando a las antiguas, quedando éstas dentro de ellas, nutridas por la savia y sobre la misma tierra.

Si la Academia, en el caso de nuestra Corporación que ahora cumple su primer centenario, es de la lengua española y por lo tanto común a los otros pueblos de la misma habla, se titula "Peruana" porque aprecia ese tratamiento del lenguaje desde nuestra propia perspectiva, desde los aportes sui géneris de la cultura peruana al idioma castellano o español, sin descuidar las bases que nos dan comunidad y fortaleza en la unidad; y que hacen de nuestro proceso idiomático una fuente más en el turbión que se forma constantemente para alimentar el río del lenguaje, entre los pueblos hispanoamericanos. Peruana, es decir parte de ese común elemento culturizador, que es la lengua castellana o española a la que contribuimos con el pigmento de nuestra sociedad mestiza, con las voces que devienen del quechua, del aimara o del mochica y en expresiones que nacen de la cultura nacional y que dan vigor y nuevas aperturas al lenguaje, que se forma de onomatopeya, convencionalismo y fantasía.

El centenario de la Academia Peruana de la Lengua viene a poner, pues, sobre el tapete ese papel que cumple aquélla en una sociedad actual, donde al reconocimiento a la inserción de nuevos y nuevos vocablos y a la lógica transformación del lenguaje, se une el espíritu de orientar esa transformación al recoger su pulso en los diversos pueblos de habla castellana y de encauzar

el uso del idioma dentro de la unidad que debe mantenerse para la conservación de esa gran extensión cultural que representamos en el mundo. Ya he repetido que la Academia Peruana de la Lengua ha tenido el privilegio de que esa posición actual nazca de quien fue su reorganizador y su patrono: Ricardo Palma, inspirado renovador de vocablos, caliente recreador del giro popular, entroncando en las viejas raíces del castellano las voces peruanas que pugnaban -y pugnan- por encontrar su cauce y su validez universal. Fue Palma el que señaló uno de los caminos de introducción de americanismos en la lengua castellana; y el que supo animar su obra no con rigidez "academista" -pero sí amor por la Academia- con alerta vena popular, con franca utilización del giro nuevo y al mismo tiempo de aplicación de normas que dicta el uso del lenguaje. En carta a Manuel Tamayo Baus, Secretario de la Real Academia, en 1878, Palma le dice que en América hay muchos como él que tratan de conservar la pureza de la lengua en lo que ésta tiene de vía de permanente relación entre pueblos que han nacido de un mismo signo cultural y que allí es donde la "conservación" del espíritu del idioma es indispensable para mantener la comunidad de nuestros pueblos que se entienden precisamente por ese idioma generalizador; y que nos toca, al mismo tiempo, coordinar los hábitos de renovación que soplan en las diversas regiones del castellano para mantener el denominador común de nuestro entendimiento sin entorpecer la acción renovadora del lenguaje.

La Academia Peruana de la Lengua ha contado con los más dispares escritores nuestros. Y los Cisneros, los Paz Soldán, han sido generosos creadores, tanto como han sido revolucionarios del idioma y la literatura los Eguren, los Martín Adán, Los Ciro Alegría, los Vargas Llosa. Y si la Academia Española tuvo a los Villena, los Carbajal y Vargas, representativos de nuestra cultura tradicional; al mismo tiempo la Peruana mantuvo su relación con aquélla y depositó -como las otras hispanoamericanas- su confianza en la posición escrutadora y renovadora del lenguaje que mantuvo, en largos años de Dirección, Dámaso Alonso.

Debemos precisar, antes de encontrarnos con la fundación

de 1887, que, con el término "academia" se ha conocido en nuestro país desde aquella difusa reunión de escritores, mayormente poetas, de fines del siglo XVII, que titularon "Antártica" y que presidía Antonio Falcón, al decir de la Anónima del "Discurso en Loor de la Poesía", hasta la de científicos y observadores de la realidad de entonces definida como "peruana", que fuera la Sociedad Amantes del País, de fines del XVIII, y cuyo gonfalone-ro sería Hipólito Unanue. La Universidad de San Marcos tiene mucho que ver con ambas. Otras, intermedias, serían producto palaciego de virreyes cultos, ávidos de literatura como Montecarlos o Esquilache o de funcionarios eficientes como Castell Dos Rius, en cuyo tiempo se organizó una Academia como institución oficial, y a la que dieron prestigio eruditos sanmarquinos como Peralta y Barnuevo o Pedro Bermúdez y altos burócratas virreinales como Luis de Oviedo, Conde de la Granja.

La Enciclopedia Francesa trajo nuevos horizontes y dentro de la persecución de los conocimientos y de la evolución del hombre, se forjó la necesidad de "fijar" el lenguaje y así la Real Academia Española comenzó a trabajar con esa nueva orientación marcadamente lingüística. Ilustres "peruanos" formaron parte de aquella Academia: el piurano Diego de Villegas y Quevedo, introductor de americanismos; el limeño Mariano de Carbajal Vargas y su hijo José Miguel Vargas y Manrique de Lara, quien dirigió la Academia Española entre 1814 y 1828; y también Joaquín de Lama y Castañeda, nacido en Huaura. Escritores nuestros fueron, a la vez, reconocidos como "académicos correspondientes", siendo el primero de ellos Felipe Pardo y Aliaga; y siguiendo a éste, Manuel Ignacio de Vivanco, el ilustrado caudillo de los primeros años de la República, pero también el erudito Manuel de Mendiburu y el político Manuel Pardo; y el Rector universitario sanmarquino Juan Antonio Ribeyro y los Monseñores Pedro José Tordoya y José Antonio Roca y Boloña.

Ricardo Palma tomó la bandera de las academias hispanoamericanas correspondientes a la española, y reunió a los que tenían tal consideración, más otros propuestos en aquella época, el 5 de mayo de 1887. -Ya había existido una fracasada Aca-

demia Nacional de la República del Perú, en 1867, bajo la sucesiva presidencia de José María Químper y de Francisco García Calderón. Félix Cipriano Coronel Zegarra fue elegido en reemplazo de Ribeyro, quien había fallecido; y, aprobado el reglamento correspondiente, se instaló solemnemente la Academia Peruana de la Lengua, correspondiente a la Española, en el Salón General de la Universidad de San Marcos, el 30 de Agosto de ese mismo año de 1887 con la presencia del Presidente de la República, el entonces General Andrés Avelino Cáceres y de autoridades y figuras de la intelectualidad peruana. En el austero y clásico Salón, donde se han librado tantas jornadas culturales y políticas, nació la Academia que ha llegado a sus cien años dentro de alternativas varias, habiéndose consolidado definitivamente en 1934.

La vida académica de los primeros años se cumplió a través de la obra de sus "fundadores". Los trabajos de Coronel Zegarra, de García Calderón Landa, de Gutiérrez de Quintanilla, de Lavalle y Arias de Saavedra, se unen a los poemas de Cisneros y de Rossel y muy particularmente a los trabajos en prosa y poesía de Juan de Arona, y a su *Diccionario de Peruanismos*, que constituyen principalísima fuente de la investigación del habla en el Perú. Fue el propio Ricardo Palma quien, en 1892, llevó a España numerosos peruanismos por los que dio batalla, en medio del espíritu aún conservador de la Real Academia de la Lengua Española que presidía un limeño de nacimiento, Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste. Y su acción combatiente y radical planteó, por primera vez, la necesidad de una Academia Peruana, independiente, que no se sujetara a las consideraciones de la central madrileña. Claro que ello significaba la ruptura de la unidad del idioma castellano o español que, precisamente, es una de las funciones primordiales, hoy día, de las Academias hispanoamericanas, como expresión cultural de un fuerte sector de la población mundial. Quebrados momentáneamente los lazos, nuestra Academia languideció hasta su reaparición en 1917, en el mismo salón sanmarquino que había cobijado su nacimiento. Y una vez más Ricardo Palma -a los 85 años- habló con eterna juventud so-

bre el lenguaje, sobre la cultura peruana y sobre su proyección hacia los otros países de habla española, así como sobre la necesidad de mantener, dentro de una constante transformación, determinados signos tradicionales que conserven unidos los pueblos de esta rica vertiente idiomática. En tanto, Javier Prado pronunció su conocido ensayo sobre *El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*. Habían muerto la mayor parte de los académicos fundadores y aparecían en el escenario de esta nueva etapa: los Miro Quesada, los Gálvez, los Belaúnde, los Riva Agüero, los de la Jara y Ureta, y una nueva generación de Lavalles, García Calderón, Cisneros. Un hijo y nieto de académicos y a la sazón Presidente de la República, don José Pardo, presidió este acto -que podemos llamar de confirmación- y pronunció históricas palabras en relación con la vida académica en el Perú. Enrique Castro Oyanguren llega a publicar, como Secretario Perpetuo, un primer *Boletín de la Academia Peruana*, en 1918. Todavía se consideraba a ésta como Correspondiente de la Real Academia.

La muerte llegó para el patriarca de las letras peruanas en 1919; y en 1921 la del elegido para sucederle en la Dirección de la Academia, Javier Prado. Y por unos años volvió a sumirse en la sombra la Academia Peruana de la Lengua. Es en 1934 cuando renace definitivamente dentro de un período de logros culturales del Perú. José de la Riva Agüero tomará la Dirección y formarán parte de la Academia: Manuel Vicente Villarán y Clemente Palma, Honorio Delgado y Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea y José María Eguren, Enrique López Albújar y Mariano Iberico, Guillermo Hoyos Osoreo y José Jiménez Borja, Enrique Carrillo y el Padre Vargas Ugarte. Riva Agüero representa la conjugación de lo español y lo autóctono, con sus discursos sobre Lope de Vega y sobre el Inca Garcilaso de la Vega. También Riva Agüero se ocupará de otros poetas coloniales dentro de sus llamados "Discursos Académicos"; de Amarilis, de Ojeda, entre otros. Podríamos destacar en aquella época de la vida de la Academia Peruana de la Lengua, los trabajos de Felipe Barreda Laos sobre "La argentinidad en la literatura hispanoamericana"; de

Enrique Carrillo, cuyas finas crónicas corrieron bajo el seudónimo de "Cabotín", el "Elogio de Monseñor José Antonio Roca y Boloña"; de Guillermo Hoyos Osoreo sobre "Monseñor Manuel Tovar Chamorro"; de José Jiménez Borja un selecto "Elogio de San Juan de la Cruz"; de Raúl Porras Barrenechea sobre "Francisco Pizarro"; del padre Vargas Ugarte, "La alocución sagrada en el Perú en los siglos XVII y XVIII".

Tomó la Dirección, en 1944, Víctor Andrés Belaúnde. Y se fijó en 24 el número de académicos. Entre los nuevos figuraron Aurelio Miro Quesada, Bustamante y Rivero, Alayza Paz Soldán, Losada y Puga, Martín Adán, Ciro Alegría, Alberto Ulloa, Héctor Velarde, Wagner de Reyna, Benvenuto Murrieta, Tama-yo Vargas, Estuardo Núñez, Luis Jaime Cisneros. Veinte años de formación de la vida académica con el reconocimiento de la independencia de la Academia Peruana de la Lengua y su filiación a la Asociación de Academias de la Lengua Española. Durante esos años de la dirección de Belaúnde se intensifican los trabajos de presentación ante la Academia. Habría que iniciar esta cita con el discurso de Aurelio Miró Quesada, en 1948, sobre "El Perú en la obra de Tirso de Molina"; y continuar con los de José Luis Bustamante y Rivero, quien presenta un valioso trabajo en dos partes: la primera sobre "Consideraciones de orden lingüístico", y la segunda una "Semblanza de Francisco García Calderón"; de Cristóbal Losada y Puga acerca de "La enseñanza superior. Algunas reflexiones sobre ciertos problemas universitarios"; de Luis Alayza y Paz Soldán en torno de "Luis Fernán, periodista y político". Vendrían, después, en la década del 60 discursos como los de "Persistencia del mar y de la costa en Abraham Valdelomar", de mi autoría; de Estuardo Núñez, "La imagen del mundo en la literatura peruana"; de Luis Jaime Cisneros sobre "Lengua y mundo de don José Gálvez"; de Pedro Benvenuto Murrieta acerca de "Los problemas lingüísticos peruanos y nuestra Academia"; de Alberto Wagner de Reyna con un discurso sobre "La historia como evocación".

Al fallecimiento de Víctor Andrés Belaúnde vino la elección de Aurelio Miró Quesada como Director de la Academia y

otro soplo vital pasó por la existencia de la Corporación: nuevos Estatutos, edición del Boletín Anual, publicación de textos (*Juan de Arona, Mariano Melgar*). Fueron doce años de intensa actividad con nuevas metas: limpiar, orientar y buscar la unidad del lenguaje. La investigación de peruanismos se ha acentuado desde entonces y estamos en vísperas de poder publicar un "diccionario" de ellos; así como se publicará una versión comentada de las *Papeletas Lexicográficas* de Ricardo Palma. Al lado de Cervantes, cuya muerte se conmemora cada 23 de abril, en la misma fecha se conmemora ahora la del mestizo por excelencia: el Inca Garcilaso de la Vega, cuyo aporte lingüístico es notable. La Academia tomó ya su nuevo rumbo decididamente. Y Aurelio Miró Quesada ha merecido ser elegido Director Honorario de ella en reconocimiento a su notable labor en la Dirección y al cumplir 80 años de fecunda existencia.

Durante la intensa gestión de Aurelio Miró Quesada se produjeron las incorporaciones de Alberto Escobar con el tema "Tipología, variedades y zonificación del Español del Perú: propuestas para un debate"; de Guillermo Lohmann Villena sobre "La poesía satírico-política durante el Virreynato"; de Martha Hildebrandt acerca de "Modismos y refranes en el habla de Bolívar"; de Francisco Miró Quesada, con el sugestivo tema "De la Insula Barataria a la gramática generativa"; de Fernando Romero sobre "El habla costeña y los lenguajes afro-negros"; de Javier Sologuren acerca de la poesía de Emilio Adolfo Westphalen; de José Tola Pasquel, que da un nuevo giro a los discursos con el trabajo "La matemática: lenguaje, estética y significación"; y de Mario Vargas Llosa, quien se ocupó de "José María Arguedas entre sapos y halcones", con una multitudinaria audiencia en los salones del Instituto Nacional de Cultura.

Alentados por ese impulso, los miembros de la Directiva que presidía Jose Jiménez Borja, organizamos el VIII Congreso de Academias de la Lengua Española, que se cumplió mayormente en el local bolivariano de la Magdalena, actual Museo Nacional de Historia, entre el 20 y 27 de abril de 1980. El número de académicos peruanos ascendió a treinta. Con presencia de

delegaciones de todos los países hispanoamericanos, de España y Filipinas, se llevaron a cabo exitosas jornadas de las que da cuenta una voluminosa memoria, publicada tres meses después de la realización de tan singular evento. Las sesiones de trabajo del Congreso de Academias de Lima se realizaron bajo seis rubros diferentes: "Régimen académico", "Unidad y defensa del idioma español"; "Temas gramaticales", "Temas lexicológicos y semánticos", "Investigación, enseñanza y difusión del idioma" y "Temas literarios". Aparte tuvieron significación los actos de instalación y clausura y el del Día del Idioma con la participación de los Académicos José Jiménez Borja, Aurelio Miró Quesada, Estuardo Núñez, Luis Hernán Ramírez y el que habla; y de los académicos extranjeros Dámaso Alonso y Antonio Tovar, de la Real Academia Española de la Lengua; José Rumazo González, del Ecuador; Roque Esteban Scarpa, de Chile; José Antonio León Rey, de Colombia y Secretario General de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua; así como Arturo Agüero, de la Academia costarricense y Alonso Zamora Vicente, Secretario Perpetuo de la Academia Española, quien hizo una exposición sobre los nuevos conceptos académicos en España y América y pidió colaboración para las futuras ediciones del "Diccionario de la Lengua" y para la "Gramática normativa"

Don José Jiménez Borja diría, en alguna de aquellas ocasiones, palabras como éstas: "Lima, que desde 1535 rasga su aire con la resonancia gallarda y fina del castellano, que apenas fundada estableció conventos y universidad, organizó concilios y dejó correr por sus calles romances y décimas populares, que tuvo virreyes, poetas y Presidente de elocuencia castiza, se ufana de la grandeza intelectual que en estos momentos la decora: eminentes escritores, señores del pensamiento y del verbo, narradores, críticos, líridas, lingüistas, forman en torno nuestro un círculo refulgente". Y añadió: "Nos traen un mensaje común: el de la gloria, unidad y eficacia de un sistema de voces que acaba de cumplir su milenio, que es hoy el tercero del mundo en cuanto a números de hablantes y que se proyecta al porvenir con un hori-

zonte de luminosas culminaciones"... "Tenemos que trabajar por la unidad básica de nuestra lengua en el mundo", relevó -por su parte- Dámaso Alonso en la sesión del Instituto Nacional de Cultura. "El destino de nuestra lengua es el de ser vínculo de hermandad, de paz y de cultura entre los cientos y cientos de millones de seres que, en proporción siempre creciente, la han de hablar en el siglo XXI y en los siglos y siglos de un larguísimo porvenir". Lima fue, así, el corolario de los Congresos de México, Madrid, Buenos Aires, Bogotá, Quito, Caracas, Santiago de Chile.

Durante la gestión de Jiménez Borja como Director, se incorporaron Alberto Tauro con un discurso titulado "Concepto del Perú"; Luis Alberto Sánchez con el trabajo "Reflexiones sobre indianismo e indigenismo en la Literatura Peruana"; Luis Hernán Ramírez con un "Elogio de don Andrés Bello", cuyo Bicentenario fue también celebrado por nuestra Academia con intervenciones especiales de José Jiménez Borja, de Aurelio Miró Quesada y de Estuardo Núñez. La Academia, asimismo, recordó a Calderón de la Barca en su III Centenario y con esa ocasión disertó Aurelio Miró Quesada sobre "La aurora en Copacabana", obra de Calderón.

Merece destacarse aquí la publicación que se ha hecho a la muerte de José Jiménez Borja, de su *Obra Selecta*, tarea en la que la Academia ha puesto el mayor esfuerzo de realización por tratarse de una labor amplia, de valores literarios, históricos y lingüísticos; de interés público por un lado; de reconocimiento, por otro, a la tarea humanista y magisterial de Jiménez Borja, Director de la Academia entre 1979 y 1982. Realizó prólogo y selección, que fue más bien recolección amplísima de textos: Alberto Tauro.

En 1982 tuve el honor de ser elegido Director y he visto desde enero de ese año incorporarse a nuevos miembros con otros tantos originales trabajos: el poeta Carlos Germán Belli se refirió a "La poesía de Jose María Eguren"; Antonio Cornejo Polar presentó el estudio "La literatura peruana: totalidad contradictoria"; José Agustín de la Puente Candamo trató el tema "Refle-

xiones sobre la enseñanza de la Historia del Perú"; Enrique Carrión se refirió a "Compilaciones de peruanismos anteriores a Juan de Arona"; Manuel Pantigoso lo hizo sobre "La Educación por el Arte"; Miguel Angel Ugarte presentó el trabajo "El gesto y la expresión corporal en la Lengua y la literatura española"; Andrés Aramburú se refirió a "El periodismo como literatura y como magisterio"; José Luis Rivarola hizo una brillante exposición acerca de "Lengua, comunicación e historia del Perú"; Manuel Solari Swayne sobre "El lenguaje de las formas", con un paseo literario por tierras de Europa y de América. Ya estábamos instalados en esta bella Casa de Osambela, que lleva el nombre simbólico de Centro Cultural "Inca Garcilaso de la Vega".

Ricardo Palma ha merecido, por otra parte y permanentemente, en el seno de la Academia, ser considerado el forjador y el mantenedor de su espíritu particular: renovador de la lengua y de la literatura. El número 18 de nuestro Boletín de 1983 está íntegramente dedicado a él como una consecuencia de la celebración de un ciclo de homenajes con ocasión de los 150 años de su nacimiento. Pero también han recibido en los últimos años el homenaje de nuestro reconocimiento a la tarea de guías culturales en nuestro país: Riva Agüero, V.A. Belaúnde, Oscar Miró Quesada; así como José Gálvez y Martín Adán, señeras figuras de la literatura peruana. En tanto, la Comisión Lexicográfica no ha cesado en su trabajo de apreciar las formas particulares del habla castellana en el Perú.

Así llegamos al Centenario de la Institución y reafirmamos hoy nuestro sentido de observadores y renovadores, amorosos preocupantes de la lengua. Que nos acompañen los manes académicos para no desmayar en la tarea. Y que el "Encuentro" de octubre de este año, alcance -dentro de sus limitaciones- la prestancia y la seriedad científica que alcanzara el Congreso de Academias de Lima, en 1980. Esperamos contar con un apoyo decisivo de las instituciones públicas para los nobilísimos logros de la Academia Peruana de la Lengua. Así será, por ejemplo, la publicación por el Ministerio de Educación de una antología de trabajos de los Directores de la Academia; y el auspicio para la

presencia de los invitados al Encuentro de octubre sobre "El lenguaje en Hispanoamérica y los medios de comunicación". Pero también debe haber -como en la mayoría de los pueblos de habla castellana- un aporte substancial para la publicación constante de boletines de trabajo, así como para mantener airoso la existencia ahora precaria de la Academia Peruana de la Lengua, que debe ser protegida por el Estado conforme a tratados internacionales de la materia. Agradecemos la presencia de todos ustedes que nos han rodeado en este día de conmemoración tan importante en la vida cultural del Perú, con una lengua que tiene las raíces nutricias del Inca Garcilaso de la Vega y de Ricardo Palma, pero también las de Valdelomar y Mariátegui; de Arguedas y Ciro Alegría; de César Vallejo y Martín Adán, hitos nuevos en el camino de nuestra afirmación nacional.

## LA ACADEMIA Y LA HISTORIA LITERARIA DEL PERU

por: Estuardo Núñez

En el proceso de la vida de las Academias en el mundo se distinguen primeramente las convocadas por iniciativa privada, que se dedican al lucimiento, la improvisación y la destreza verbal, ante pequeños y exclusivos auditorios, fuesen llamados éstos tertulias o veladas. Posiblemente a estas reuniones hechizas y retóricas, las más veces insustanciales y arcaizantes, quiso referirse el gran poeta Rubén Darío en su famosa sentencia: "De las Academias, libranos Señor". Ese gran cultor de las nuevas formas poéticas, renovador fecundo de la apertura universal de la poesía castellana, quiso expresar así su anhelo de libertad expresiva, la fuente incoercible del creador literario.

Pero otro tipo de Academias son las creadas sobre ideales firmes y programáticos para el real progreso de la cultura lingüística o literaria, científica o de varia índole, acatadas por un consejo amplio, institucionalizadas como entes nacionales, orientadas a una tarea específica de la cultura.

Tal es el caso de la *Académie Française* (fundada en 1634), el de la Real Academia Española (en funciones desde 1713) y, en nuestro medio, el de la Sociedad Académica de Amantes del País (activa desde 1790) que contó desde un comienzo con apoyo y subsidio oficial y organización regular, más órgano de publicidad (*El Mercurio Peruano*) y fin específico de actividad; de la Academia Nacional de la República del Perú (creada en 1867), la cual por causas diversas no llegó a prosperar dadas las circunstancias adversas que la rodearon y, finalmente, entre las similares hispanoamericanas, es el caso de la Academia Peruana de la

**Lengua** (desde 1887) con respaldo regular y organización reconocida.

La idea de la creación de la Academia Peruana debió surgir y crecer en el seno de esa primera generación romántica que aglutinó Ricardo Palma, con el nombre de "La bohemia de mi tiempo" y que se expresó significativamente en *La revista de Lima*, aparecida en 1859 y vigente hasta 1863. Entre sus fundadores y colaboradores estaban Palma, Lavalle, Cisneros y García Calderón Landa, quienes veinticinco años más tarde, en 1887, estarían también presentes en el acto de fundación de la Academia Peruana y a ellos se agregarían otros nombres que, como los de Pedro Paz Soldán, Ricardo Rossel, Félix Cipriano Coronel Zagarra y Emilio Gutiérrez de Quintanilla, eran más jóvenes (nacidos en 1839, 1841, 1846 y 1858, respectivamente). No hay duda que el componente vocacional era la literatura, aunque había también la inclinación ya manifestada por Palma y Lavalle hacia la lingüística y la lexicografía principalmente y hacia la filosofía más acusadamente en Juan de Arona Lavalle y Gutiérrez de Quintanilla se inclinaban al sesgo arcaizante del idioma, mientras Palma lo enriquecía con las expresiones del giro popular.

En la Academia Peruana vinieron pues a enlazarse las preocupaciones por lo literario y por lo lingüístico y así lo entendió Palma al redactar los primeros estatutos. Pero en algo más específico en cuanto a las letras coincidían Palma, Lavalle y Coronel Zagarra, nacidos en un siglo eminentemente historicista; aspiraban a la creación de la historia literaria del Perú. El vocero de esta inquietud fue el mismo Palma en el propio discurso inaugural de la Academia, donde por primera vez se traza un panorama global de todo el proceso de la literatura peruana hasta el surgimiento de la corriente romántica.

Pero el empeño de Palma no surgió por generación espontánea, pues tuvo antecedentes precisos en textos producidos en épocas anteriores. Ya desde la época colonial se habían formulado recuentos con apostillas de obras literarias de autores coetáneos o pasados, como ocurre entre las estrofas del poema *Lima fundada de Pedro de Peralta* y antes en el *Discurso en loor*

de la poesía de la poetisa anónima, aunque estas formulaciones carecían de ubicación precisa en el devenir temporal que exige el trabajo historiográfico. Pero asimismo en el siglo XIX, en que actuaba Palma, se había destacado un ilustre intelectual cusqueño quien escribió, alrededor de 1840 en tierras de Brasil, un **Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas**, (hecho traducir y publicado por nosotros en 1971) en donde ofrece un primer enfoque de lo que debía ser la obra literaria de sabor terrígena, y llega a decir: "Complementándose el hombre con la naturaleza, el genio con la tierra, fue como en el Perú brotaron los primeros gérmenes de las bellas letras, los deseos y las impresiones para después producir las".

El proceso de clarificación de la idea de una literatura nacional hubo de esperar todavía tres décadas hasta que Ricardo Palma se empeña en trazar, precisamente en el discurso de orden dicho en la ceremonia de inauguración de la Academia Peruana, hace un siglo, lo que él llama "una sucinta historia del movimiento literario". Allí Palma hace el recuento de obras y autores emergentes en el Perú desde el siglo XVI, conducido por el afán de enjuiciar el devenir de la creación literaria en este país.

No cabe duda que Palma había asimilado en su esquema de la literatura colonial, tres aportaciones ya difundidas del notable crítico argentino -muy cordial amigo suyo- Juan María Gutiérrez, sobre Juan del Valle y Caviedes (publicada en *El Comercio* de Lima en 1852 y reproducida en *La Revista de Lima*, tomos VI y VII, de 1862 y 1863), sobre Pedro de Peralta (aparecida en *El Correo del Perú*, en varios números de 1875) y el gongórico Fray Juan de Ayllón (dada a luz en Buenos Aires, en 1865). Tomó de Juan María Gutiérrez sus agudas apreciaciones acerca del sesgo popular de la vena satírica de Caviedes, contrastada con la severidad y engolamiento de la difundida literatura culta y erudita de los académicos de salón y de los participantes en certámenes universitarios, de la cual podría ser paradigmática la ingente producción intelectual de Pedro de Peralta, a quien el mismo Gutiérrez dedicó un luminoso estudio de más de dos-

cientas páginas, considerado el primer trabajo crítico dedicado a esa obra.

Después de una enumeración con inteligentes atisbos críticos, entre ellos la inclusión meritoria, ya mencionada, de Juan del Valle y Caviedes "poeta olvidado por unos y desconocidos por los más", como representativo de la literatura popular, Palma se detiene luego de mencionar a Llano Zapata, Pablo de Olavide, Ignacio de Castro e Hipólito Unanue, en los umbrales del romanticismo o sea en el momento del surgimiento de una generación a la que él mismo pertenecía. La razón de este límite era explicable pues Palma acababa de publicar ese mismo año el opúsculo titulado "La bohemia de mi tiempo", que vino inserta como prólogo a la edición de sus *Poesías* (Lima, 1887), opúsculo que contiene el recuento de la obra de sus coetáneos. De tal suerte, su panorama, sumando los dos trabajos, se detenía en los autores nacidos hasta 1840. Era la suya crítica muy libre y personal, del tipo de comentario impresionista, dominando el tono casi siempre laudatorio.

La aportación de Palma fue coetánea con un proyecto de historia literaria peruana que sólo llegó a esbozar Félix Cipriano Coronel Zegarra y coincide casi con la publicación de una tesis o monografía con ribetes de erudición exhaustiva, titulada "La literatura peruana del Coloniaje", debida a Eleazar Boloña, el primer estudio de conjunto de la época virreinal, que podría igualmente considerarse paso inicial de una etapa pero no de todo el conjunto.

Con la fundación de la Academia se hace viable, por iniciativa de Palma, el primer esquema global del proyecto de crear la historia literaria del Perú. Eso iba a conducir también -en lo lingüístico- a abandonar, por extraña y anómala, la concepción vigente todavía hasta mediados del XIX, de que la literatura y la lengua, eran nada más que un apéndice provincial de las letras de España.

Le corresponde igualmente a Palma, a más de la gloria de fundador de la corporación de las letras nacionales y de promotor de sus funciones lingüísticas y literarias, el mérito de haber

empezado complementariamente la revelación y publicación de las bases documentales de orden literario y también histórico (paralelamente a los esfuerzos de Mendiburu y Odriozola), esto es, la difusión de textos hasta su momento inéditos y poco difundidos, como las actas de la Academia palaciega del Virrey Castell-dos-Rius, las poesías de Caviedes, la obra con semejante solera popular de Manuel A. Segura, las memorias científicas de Llano y Zapata. Dejamos de lado en esta enumeración obras estrictamente historicistas, que corresponde tratar en otro enfoque.

No cabe duda que esos afanes de Palma eran acordes con su fervor peruanista, perfilado y definido en su propia obra literaria, en donde ya liquidaba el acongojado y peregrino sentimiento de inferioridad creadora que en ciertos momentos de crisis había embargado algunos sectores hispanoamericanos.

Al lado de la afirmación de lo propio y el abandono de la imitación del modelo europeo, empezaba ya a prosperar en sus simientes el concepto de originalidad de la literatura hispanoamericana autónoma, llegada, en nuestro tiempo, a la consideración y reconocimiento universales, ahora que las letras ahondan con toda lucidez en las raíces telúricas, en los misterios cósmicos, en la voz vernácula de sus mitos y en la concepción social de la vida auténtica.

## REFLEXIONES SOBRE EL LENGUAJE PERUANO

por: Alberto Tauro del Pino.

Una lengua tan antigua, tan rica y tan compleja como la nuestra, es un universo. Es la suma de los esfuerzos que a través del tiempo han cristalizado la descripción y la comprensión del mundo, la expresión de la inquietud humana, la captación de la verdad. Es un diáfano reflejo de la vida. Es el legítimo acerbo de las afinidades y la proyección histórica del pueblo que la habla, porque en ella va decantando influencias, perspectivas y desig-nios. Y el entendimiento se deleita en el estudio de su estructura y la confrontación de su caudal lexicográfico, porque descubre esencias y accidentes, alternativas, permanencias y transiciones, que en la sucesión de los tiempos han moldeado el alma colectiva. Si en un poema interesa al crítico la hermosura de la forma, y un historiador puede impresionarse con las revelaciones fácticas de un documento, el análisis lingüístico puede efectuar calas más profundas, hasta identificar las raíces de los contenidos ideológicos y precisar la intensidad de las múltiples relaciones que se hallen implícitas en las piezas mencionadas. O, en otros términos: el estudio de la lengua no es una tarea más o menos insustancial y superflua, según suele creer el vulgo, sino un trabajo sistemático y multidisciplinario, que un pueblo como el nuestro necesita para llegar a la definición de su identidad nacional.

Fácilmente puede advertirse que el uso correcto y oportuno de las palabras es inequívoca manifestación de una sociedad estabilizada; y, en cambio, debe verse un indicio de inmadurez o crisis en el uso indiscriminado, que trueca las palabras en muletillas o las despoja de su contenido. Palabras en las cuales se ci-

fra el valor de una institución social, un modo de vida o una aspiración humana, suelen perder su significación y su trascendencia cuando se las repite de modo machacón e irreflexivo, y revelan que detrás de ellas se agazapa una actitud incongruente. Recuerdo, por ejemplo, que a un ex-presidente de nuestro país le preguntó un periodista si en el seno de su hogar habían causado perturbaciones las discrepancias políticas de sus hijos; y sin la menor hesitación respondió que no, porque en sus relaciones familiares se practicaba la democracia; pero es obvio que así puso en evidencia su personal confusión, pues no consideró las proyecciones sociales y las implicancias profundas del régimen democrático, ni las saludables auras que la vida hogareña debe a la comprensión, el respeto y la mutua tolerancia. Constantemente puede escucharse que eminentes autoridades del estado afectan una actitud resignada, e invocan los deberes que les impone la democracia, cuando afrontan algaradas o protestas populares contra alguna disposición cuestionada, y al mismo tiempo declaran que esa reacción tumultosa obedece a un normal ejercicio de la democracia; pero no parece entenderse que la salud de este régimen político supone la previsión de los conflictos sociales, en atención a un fundamental espíritu de justicia y según la precisa definición que formuló Abraham Lincoln. Por añadidura, el uso abusivo de las vías públicas, las demasías individuales que ocasionan la incomodidad ajena, la altisonante propagación de ruidos y voces, o la exhibición de habilidades heterogéneas, todo se explica como manifestación y licencia propias de la democracia. Y se repite esta palabra hasta la saciedad, con cualquier motivo, con toda clase de pretextos, como justificación de las más diversas prácticas o ensalmo apto para abatir obstáculos. Pero a la postre es fácil reconocer que el contenido ideológico de la palabra ha quedado oscurecido, o no ha sido debidamente aquilataado, y sólo se la repite debido a las virtudes mágicas de su sonoridad.

Otras voces concitan problemas semejantes, y nos conducen a proponer su dilucidación metódica: pues, si en ellas se registran los efectos de una alteración semántica, es conveniente

esclarecer la actual extensión de sus acepciones para dar precisión a su uso; y en caso de haber sido incorporadas al vocabulario del hombre contemporáneo, es indispensable evitar la repetición viciosa y favorecer su cabal aplicación en las frecuentes declaraciones que la acción pública impone. Quizá se vuelca demasiada pasión cuando se usan tales palabras como pendón expuesto a las violencias del viento, o no se reflexiona cabalmente en un mensaje implícito, o no se considera la afectación de la contraparte que ellas evocan. En verdad, requiere precisión y evaluación serena el empleo de palabras tales como "libertad" e "independencia", porque no son abstractas, ni unívocas, y sus connotaciones están preñadas de aristas. La libertad que en la vida cotidiana se invoca no es aquella que en la prédica cristiana se asocia a la opción individual entre el bien y el mal; no es aquella que preocupó a los presocráticos y a través del tiempo ha excitado las agudas dilucidaciones de los filósofos; es aquella que desveló a los teóricos del contrato social y en la constitución de los estados modernos aparece como un derecho del hombre, pero en armonía con los límites impuestos por el derecho ajeno y los intereses de la sociedad. A su vez, la independencia sugiere una imponderable y altiva respuesta a posibles o presuntos recortes de sus alcances, y supone una actitud conflictiva en cualquier relación con centros de poder desde los cuales se intente establecer o mantener vínculos de dependencia. Aun en los días aurales de la autonomía nacional preocupó a los próceres la exacta acepción de tales términos, para dar la deseada estabilidad a la nueva época; y en la coyuntura actual, igualmente grávida y llena de riesgos, debemos coadyuvar a un esclarecimiento semejante, a fin de evitar que una irrestricta apelación a la libertad condicione reacciones sentimentales y desbordes anarquizantes, y propender, en cambio, a la formulación de un proyecto nacional, tan lúcido y equilibrado como lo exige nuestro tiempo.

Igual preocupación pueden inspirar otras palabras que en el habla cotidiana se emplean de modo irresponsable y preocupante. Pero los ejemplos anteriores bastan, para que se aprecie

la necesidad de una evaluación justa de los significados respectivos y se oriente así el desenvolvimiento de la vida. Insistamos, por añadidura, en otros aspectos que hace particularmente complejo y singular el estudio de la lengua hablada en nuestro país, a saber: la influencia lexicográfica y fonética de los idiomas nativos. Indudablemente fueron subestimados al comienzo de la penetración española, pues al respecto no se advierte un interés cognoscitivo en los testimonios de los primeros cronistas de la audaz empresa. Las cartas de los quejosos que en la isla del Gallo solicitaron la ayuda del gobernador de Panamá insisten, abrumadoramente, en las penalidades sufridas; y apenas dan noticia de la nueva tierra cuando aluden a la mortandad registrada entre las "piezas de indios mansos" que había llevado para su servicio y, a falta de ellos, sobrellevaban muchas dificultades para hallar, transportar y aprovechar el maíz que los sustentaba. Vivían muriendo, porque sólo disponían de ese pródigo grano; y, además de ser "necesarios los indios para el cultivo", la elaboración del pan de maíz requería los servicios de una india porque debía hacerlo dos o tres veces al día. Luego tuvieron ojos sólo para el oro y la plata, conforme puede apreciarse en las tempranas relaciones de Hernando Pizarro y Cristóbal de Mena. No obstante la acuciosa descripción de Gonzalo Fernández de Oviedo acerca de las cosas del Nuevo Mundo, Juan Ruiz de Arce llama "vino de maíz" a la chicha, "ovejas" a las llamas, "venados" a las tarukas; "silla baja" al duho, y "toldos" a las carpas levantadas para cobijar a Atahualpa en los baños próximos a Cajamarca. Diego de Trujillo llama "fruta de la tierra" a las diferentes especies halladas en la isla de la Puná, y equívocamente designa como "mamaconas" a todas las mujeres albergadas en la acellahuasi, pero acierta a mencionar los depósitos de coca y ají hallados en Cusco.

A su vez, Alonso Borregán dedica densas páginas a las cosas de los indios; Francisco de Jerez cuida sus informaciones para dar una impresión adecuada acerca del imperio conquistado y de sus peculiares formas de vida; y, después de lograrse el asentamiento en el país, y quedar establecidas las bases de la domi-

nación, adviértese una progresiva toma de conciencia en lo relativo a los tratos humanos y el aprovechamiento de los recursos naturales. Tras el deslumbramiento y el instinto de conservación que mantuvieron en tensión a los primeros conquistadores, van emergiendo las preocupaciones del Gobierno; a los indios lenguaraces, que muchas veces engañaron a los jefes de armas, siguen los doctrinarios, que aprendieron las lenguas nativas para ejercitar su celo evangelizador; y surgen mestizos letrados -como Diego de Alcobaza, Alonso de Barzana y Blas Valera-, que colaboran de modo inapreciable en la redacción de los primeros catecismos y en la investigación de los secretos de la antigua cultura. El español hablado en el Perú se enriquece con la afluencia de una vertiente caudalosa, con las voces que sintetizan el conocimiento de la tierra, y con las peculiares inflexiones que a veces alteran la línea melódica de la lengua peninsular. De modo que un nuevo avcendamiento en estas comarcas hubo de exigir un aprendizaje, no sólo para identificar sus lugares, sino para reconocer por sus nombres los frutos nacidos en ellos y los animales que los pueblan desde épocas inmemoriales, e inclusive para atender la relación de las costumbres aborígenes y aun adaptarse a la peculiar modulación que en boca del nativo adquirirían las voces españolas. Las prestaciones lexicográficas han sido calificadas a veces como peruanismos, pero con más propiedad se las debería definir como quechuísmos o aymarismos, a fin de llegar a una exacta apreciación del tributo que los pueblos conquistados ofrecieron a la lengua española. Y así como la corporación matriz compromete la colaboración de arabistas entre sus miembros, al iniciarse el segundo siglo de la Academia Peruana de la Lengua suponemos que puede considerarse la incorporación de algún quechuísta que aporte sus especiales conocimientos al trabajo propio de nuestra entidad.



De izquierda a derecha: Manuel Alcalá Anaya de la Academia Mexicana; Efraín Orbegozo Rodríguez, viceministro de Educación; y Augusto Tamayo Vargas, director de la Academia Peruana de la Lengua, en la clausura del coloquio internacional sobre 'Lenguaje y Medios de Comunicación en Latinaomérica', realizado en el Palacio Osambela.

## COLOQUIO INTERNACIONAL SOBRE LENGUAJE Y MEDIOS DE COMUNICACION EN HISPANOAMERICA

*(Del 5 al 9 de octubre de 1987)*

### PALABRAS DE DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS EN LA CEREMONIA DE INAUGURACION DEL COLOQUIO

Dentro del programa de celebraciones del Centenario de la Academia Peruana de la Lengua, iniciamos hoy este conversatorio sobre lingüística hispanoamericana, que cuenta con la presencia de académicos hermanos especialmente invitados al coloquio que tendremos sobre problemas relativos a nuestra lengua.

Para mí es muy honroso ser Director de la Corporación en este singular año en que conmemoramos cien de su existencia; nacida bajo la devoción de Ricardo Palma y con la dirección de una figura patricia de la historia republicana del Perú como lo fuera don Francisco García Calderón Landa, escritor, jurista y Jefe de Estado en los momentos difíciles de la ocupación del territorio nacional. A su lado, como Secretario, uno de los grandes poetas del momento romántico: Luis Benjamín Cisneros. En este largo período de vida la Academia ha tenido, a comienzos de este siglo, algún paréntesis de crisis, para luego, a partir de 1935, tomar el camino que hasta hoy continúa de activa labor en el seno de la población peruana; e ir dejando impronta de tenaz esfuerzo por la unidad de los países hispanoamericanos dentro de la lengua que nos confiere la calidad de miembros de una gran comunidad cultural. La sucesión de nombres importantes en la

comunicación social y, por supuesto, de la docencia escolar y universitaria.

Cabe señalar aquí, una vez más, que la Academia Peruana de la Lengua ha mantenido el espíritu renovador y dinámico que le impusieran sus fundadores y muy especialmente don Ricardo Palma. Al iniciar este conversatorio bueno es que recordemos aquello para intercambiar ideas al respecto con los ilustres representantes de las Academias invitadas, que corresponden a los países de la Asociación de Academias de la Lengua Española que han organizado Congresos, el último de los cuales tuvimos el gusto y el privilegio de organizar en el Perú en 1980, con singular concurrencia y con felices resultados que están impresos en la Memoria que publicáramos ese mismo año. Esperamos que los países hermanos a quienes les toca continuar esa labor asuman la respectiva responsabilidad y podamos seguir en esa senda de reuniones, tan positivas para la unidad de la lengua y por vida nacional, Javier Prado, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Aurelio Miró Quesada, José Jiménez Borja, me abruman como Director de la Academia, pero a la vez son reto para la realización de tareas como la presente en que nos reunimos bajo la advocación de la lengua castellana a informarnos y conversar sobre el tratamiento popular de esa lengua en cada una de nuestras poblaciones; y la forma de servirnos de los actuales medios de comunicación para proyectarnos hacia la sociedad con fórmulas de orientación en el hablar a fin de conservar la médula del idioma que nos permita aquella unidad cultural. Al lado del interés por el idioma estará también el del conocimiento mutuo de nuestras literaturas nacidas y desarrolladas con la savia nutricia de la palabra. Ya señalamos en anterior oportunidad que la Academia de la Lengua tiende a recoger el movimiento lingüístico, sin regimentar el cambiante uso del idioma; pero sí evaluar su estado en cada una de nuestras sociedades hispanoamericanas; comprobar la validez de los americanismos y neologismos en uso; y trabajar por una gramática castellana que esté al día con las fuerzas vivas del lenguaje, al mismo tiempo que recomendar y orientar los cambios valiéndose de los medios de

ende de nuestra cultura.

Hemos querido celebrar el Centenario de la Academia Peruana con realizaciones que dejen una huella. Es así como, al lado de actos recordatorios como el del 23 de abril en que el Académico don Guillermo Lohmann hizo la historia de nuestros cien años de existencia y el del 31 de agosto, fecha de la fundación en que ofrecimos aspectos de nuestros trabajos académicos con Estuardo Núñez, Alberto Tauro y Luis Jaime Cisneros, hemos querido llevar a cabo un encuentro como el que hoy nos tiene congregados, para conversar acerca de la lengua que nos es común; y estamos trabajando en el seno de la Comisión Lexicográfica y, con la especial participación de nuestro colega académico Enrique Carrión, en una publicación comentada de las Papeletas Lexicográficas de Ricardo Palma.

Agradecemos muy especialmente al Ministerio de Educación por el auspicio que nos ofrece para el cumplimiento de este esencial capítulo del programa de celebraciones del Centenario; y confiamos en otros aportes que signifiquen el interés gubernativo por la obra de una institución cultural nacional como la Academia Peruana de la Lengua, que tanto necesita del apoyo estatal, así como el país recibe la incuestionable ayuda de los trabajos de nuestra Academia.

Saluda con particular afecto a los hermanos académicos de la República Argentina, Jorge Calvetti; de Chile, Orestes Plath; del Ecuador, Jaime Dousdebés; de México, Manuel Alcalá; de Venezuela, Juan Angel Mogollón, que nos honran con su presencia y también a todos los miembros de nuestra Academia que vienen realizando señalada labor dentro de la sociedad peruana; y que al reafirmarse en ideales lingüísticos y literarios están trabajando por la unidad hispanoamericana y por hallar, al mismo tiempo, la expresión del alma nacional de nuestro país.

El Académico don Luis Jaime Cisneros tendrá a su cargo el Discurso de Orden.

## DISCURSO DE ORDEN POR DON LUIS JAIME CISNEROS

Abundosa de mieses sigue siendo, como lo quiso el buen rey Alfonso, la tierra de nuestros mayores en la lengua, pero hay gritos de guerra en el Medio Oriente. Los ejércitos libertadores proclamaron, hace más de siglo y medio, nuestra independencia, pero nuestra misma sangre aparece derramándose en los Andes. El terror es palabra que ha ido ensanchando su horizonte semántico, y no es ya privilegio de Europa, Asia o Africa, pues en las tierras de América cuenta ya larga historia. Ese es el abreviado cuadro histórico en que nuestra Academia celebra cien años de vida. Por eso no ha querido organizar una fiesta barroca, con derroche de luces y cristales. Por eso ha desdeñado un certamen de elocuencia, y ha preferido un amical encuentro, estricto en el número, a fin de que sirva para la confidencia sobre nuestro inmediato y permanente quehacer. Porque la guerra de Medio Oriente no es sólo de ellos, el terrorismo en España y en el Líbano, no es sólo de ellos. La congoja y el hambre, y el desasosiego no es de unos pocos sino de todos y se mienta en todas las lenguas, y en la española necesitamos hoy aprender a madurar el dolor de los otros y el de nosotros mismos.

Cien años cuentan ya en la historia de nuestra institución, y a mí me cabe, por generosa designación, proponer una reflexión en homenaje a quienes la fundaron. La inicio renovando la fe en nuestra condición humana, porque esta ceremonia no puede limitarse a consignar una física presencia de cien largos años, que sería cosa triste y deleznable, sino que es una prueba feliz de la vigencia espiritual de la tarea que consagró nuestra fundación, y señaló nuestra misión preclara. ¿Cuál puede ser hoy, en esta hora inquieta del mundo, la tarea a que debe verse convocada la

Academia Peruana de la Lengua en un país como el nuestro? País dividido por la lengua y merodeado por el recelo. País donde el hambre tiene también comarcas apetecibles. Donde la enfermedad es otra forma de la demagogia. Donde el analfabetismo es una callada y prolongada congoja. País hermoso por la segura impiedad con que lo persigue una geografía alucinada. Bendito país construido con la sangre y el bronce de nuestros hombres para que fuese del tamaño de nuestra esperanza y de nuestro riesgo. Tierno país de punas y quebradas, que fueron certero escollo de nuestra terca ilusión de unidad e integración americana. Tierra amasada en el bronce hermoso de nuestros indios. País donde esta lengua española que fue nudo umbilical con el Renacimiento (nuestro cono de luz) resultó a un tiempo mismo dique oprobioso que trazó en media población distancia vertical y profunda (nuestro cono de sombra). ¿Qué deber alcanza hoy a nuestra centenaria institución en un país que agrega a los proclamados y repetidos yerros económicos y sociales, el indisimulado sabor de su porfiado subdesarrollo cultural? ¿No será acaso memorable deber nuestro, en esta hora de la celebración centenaria, proclamar llanamente que somos un país plurilingüe y pluricultural? ¿No será lúcido admitir que siendo como en verdad somos país de varias lenguas, resulta impropio e inmoral perdernos en digresiones mientras el lobo espera afuera, y es en cambio urgente empeñarnos en que por lo menos la lengua más general, la lengua quechua, sirva para introducir a nuestros hermanos del Ande en los beneficios de la cultura europea? ¿No es acaso imperioso ayudar a comprender a los demás que aquello de la cultura occidental y cristiana ha quedado atrás porque la imagen de Occidente se ha enriquecido hoy con otras culturas y otras religiones? En ese movimiento voluntario debe acompañarnos una claridad interior capaz de deslucir malentendidos, abrir corazonas, quebrar fronteras, y exponernos esta esencial verdad: en esta noble tarea la lengua indígena ha de ser obligada antesala eficaz desde la cual nuestra población india "comprenda" los secretos de una cultura que funda su verdad en que todos somos hermanos en el goce de esta patria fecunda. Porque en este mis-

mo rumor musical en que van envueltas estas palabras iniciales más se agolpan el afecto y la expectativa de muchas generaciones de ayer, que dicen por mi voz el viejo anhelo de unidad de quienes fundaron, cien años atrás, nuestra Academia.

Ha de ayudar a esta tarea todo empeño por estudiar cómo se fue abriendo paso entre nosotros la lengua de los conquistadores. El hecho de hablarse a la hora de la conquista dos lenguas distintas originó una desigual situación idiomática. Los españoles se vieron enfrentados a un problema cultural que el hecho americano ponía en la perspectiva. Aun para quienes se trajeran aprendida desde el viaje la lengua indígena, la realidad (la evidencia del terreno y la presencia evidente de los hombres) sólo aparecían a la hora del contacto real. Ninguna de las campañas españolas en Europa tuvo dimensión de la conquista americana.

Este hecho de la situación idiomática es, en mi sentir, de importancia grande. Porque hay un elemental recelo para convivir con quienes no manejan "a nuestro modo" la lengua que nos es común. Ese recelo es susceptible de graduación; llega al resentimiento y tal vez al odio, máxime si atendemos (y es el caso de los quechuas) a que quienes no manejan "como nosotros" la lengua son los que han venido a quitarnos la tierra, a quemar nuestros ídolos y a desarticular nuestra tradición.

Pues bien. ¿Cómo reaccionaron espiritualmente los quechuas frente a la invasión? Podría admitirse que hubo en ellos desprecio, o cuando menos un elemental rencor hacia los españoles. Mejor dicho, hubo poca gana de colaborar con el invasor. Colaborar no es sinónimo de obedecer; a obedecer estaba el indígena acostumbrado. De otro lado, la obediencia era cosa que la ocupación aseguraba; al fin y al cabo el español era ahora el amo, el que había ganado la tierra, el que tenía las armas, los caballos; el que se había atrevido al Inca; el que tenía la fuerza y manejaba el mismo instrumento de terror (o de dominio) que manejaran antes los emperadores del Tahuantisuyu. Había que someterse. De eso no hay duda. Pero tal vez la documentación hasta hoy conocida permita sospechar que hubo sometimiento sin colaboración. En ese resistir "desde dentro" hay un panora-

ma no explorado de los quechuas. Porque ¿no era, acaso, resistir desde dentro conservar la lengua propia, defenderla lentamente del sustrato español que iba penetrándola? Nada tiene que ver acá -en mi modesta opinión- la distribución geográfica azarosa, ni la situación militar debilitada, y ni siquiera creo que tenga relación estrecha con el problema la economía general de la nueva dependencia española. Se trata de algo distinto. Estamos frente a un modo de comportarse de los quechuas. Se trata de una manera espiritual de actuar, que tiene que haber dejado huella (y huella fecunda en los aborígenes, y cuyos signos fue advirtiéndolo indudablemente, sin explicación plausible, el propio conquistador. Si frente al conquistador, que hablaba de los defectos, los frailes hablaban de la docilidad del indígena, era seguramente porque, con la lengua por instrumento de conquista buscaban llegar al corazón, que era donde más le dolía al indio la irrupción extranjera.

Conservar su lengua fue para el indio "un modo de combatir". Aldrete cuenta que los indígenas americanos hablan poco la lengua española "por la afición que tienen a su lengua", y agrega que también lo hacen por cuestiones de pundonor. Le iba al indio la honra en ello. Aldrete escribe desde Roma, a inicios del XVII. Tras esta hora crucial, la lengua fue creando en nosotros, con Garcilaso, la literatura. Recreó su destino con hombres como Caviedes, el Lunarejo y Peralta. Exaltó sus resonancias en el verbo de Chocano, se esforzó en el anatema con Gonzáles Prada, y recogió la heredada vena irónica en el estilo de Palma para alcanzar más tarde aciertos que cultivaron un día Eguren y Vallejo, otros días César Moro y Westphalen. Y volvió a darnos noticia de sus aptitudes para el asombro en los poemas de Martín Adán. Y Así la lengua mostróse dúctil y plácida, en el verso de Sologuren, en el asombroso ritmo de Eielson, o en los textos con que hoy la nueva poesía remozó nuestro nombre.

Hoy los problemas son más complejos, porque se agrega en el horizonte de nuestras preocupaciones, un lento deterioro de la función lingüística. Cada vez es más difícil comunicarse en es-

te mundo de las computadoras y los satélites. Las palabras han perdido eficacia y no siempre son el adecuado instrumento de la concordia entre los hombres. Complicados eufemismos como "la razón de estado", "la seguridad del Estado", han terminado por tergiversar el contenido de las palabras más prestigiosas, y así nos encontramos que en esta hora en que nos llenamos la boca mencionando los "derechos humanos", no sabemos a ciencia cierta si **justicia** quiere decir "justicia", y si **libertad** es la misma palabra en que creyeron nuestros mayores. En un célebre texto reclama Julio Cortázar para algunas de estas palabras esenciales una rescatada vigencia. Y es que debemos seguir repitiendo palabras como "dignidad" y "libertad"

"porque ellas aglutinan una inmensa carga positiva sin la cual nuestra vida, tal como la entendemos, no tendría el menor sentido, ni como individuos ni como pueblos".

Y es que la lengua tiene que luchar, para seguir siendo el elemento de cohesión nacional, contra un enemigo desmesurado como la ideología. La ideología, en su bochornosa variedad de matices, ha terminado por invadirlo todo y se introduce ahora en los nervios del hombre hasta hacerlo dudar de la propia lengua mamada en la leche. Nos han enfermado el lenguaje, y las palabras sirven ahora para el engaño y la mentira: nos mienten la libertad y la justicia, nos mienten el derecho y la verdad ahí donde lo proclaman. Dura tarea, entonces, la de trabajar para que el lenguaje recobre el prestigio debido. Dura tarea para la Academia Peruana de la Lengua. De tanto creer ingenuamente que la preocupación científica por el lenguaje y la literatura no pasaba por los umbrales de la ideología, caemos hoy en la cuenta de que a nosotros nos alcanza, en este centenario, una responsabilidad política singular. Por lo pronto, hoy más que nunca es nuestra la vieja tarea académica de bregar por la enseñanza de la lengua, de propiciar una sana política pedagógica del lenguaje. Debe la Academia promover las convenientes reformas a fin de que una enseñanza viva y cordial del lenguaje, vinculándolo con nuestra fisonomía espiritual y con nuestra realidad geográfi-

ca, despierte en los escolares el sabor de la fruta autóctona y desarrolle en la juventud la posesión de la misma lengua con que el Inca Garcilaso inauguró, siglos atrás, nuestra literatura. Ver en la literatura esta presencia constante de la lengua, unida a quienes la usaron artísticamente para recreo del cuerpo y del espíritu, ha de enseñar a nuestros estudiantes a reconocer cuánto hay de recreación personal y cuanto de anónimo acopio popular en este laboratorio magnífico de las comunidades que es el lenguaje. Y a esta política, de horizonte escolar, deberá la Academia agregar otra, de rigurosa investigación, abriéndose a una compartida labor de investigación en colaboración con la Universidad y con Proyectos internacionales empeñados en alcanzar una imagen total del español que hablamos.

Pero no puede negarse la Academia a la evidente situación de desasosiego que vive la República. Desde las cumbres andinas un reguero de sangre viene asolando a la población, y la incertidumbre, la zozobra y la muerte no solamente ocupan las páginas de los diarios sino estrujan el corazón de los hombres. Nuestro centenario no se celebra en paz sino en plena contienda. Y la Academia tiene ciertamente un deber que cumplir, celosa como es de los fueros del lenguaje. Hay una tarea por asumir, a la que no podemos ser renuentes. La Academia proclama, cargada con su experiencia de cien años de vida, que el lenguaje persuasivo es arma estratégica de invalorable eficacia. Persuadir es una típica tarea universitaria. Y si tarea académica es educar en los usos del lenguaje, lícito es sugerir la persuasión, cuyos objetivos de conducta se reclaman de convicción y serenidad, que el lenguaje debe transmitir sin concesiones. Sólo dentro de ese ánimo, y con ese empeño, creemos que podrá conducirse al Perú por el camino del diálogo, única arma con que la democracia abre surcos fecundos para la paz. Más importante que hablar de cómo desnaturalizan el lenguaje los medios de comunicación hablada o escrita, y más urgente que censurar el deleznable uso del lenguaje por parte de gente representativa, se impone convocar al país a una reflexión sobre nuestro destino, nuestra historia, nuestra actual desazón interior. Porque de alguna manera

los académicos estamos también al servicio de la comunidad. No somos una isla, ni estamos al margen de la batalla. Crear una democracia y afirmarla en sus más saludables instancias, que son las de una libre voluntad.

El hombre argumenta para persuadir y convencer. Fecunda tarea que sólo el hombre (y no la máquina) puede concebir y realizar. La persuasión traza puentes y caminos hacia la gran plaza del consenso. La persuasión se dirige a los hombres, los convoca y los atrae. No los empuja, no los amedrenta ni amontona bajo presión sino que los incorpora e individualiza porque espera que ellos -desde su auténtica mismidad- emerjan del anonimato gregario, asuman sus propios nombres y muestren el claro perfil de sus decisiones personales para garantía y pervivencia de una vida libre y democrática.

Frente al elogio de la locura y la destrucción postulados por grupos suicidas, oponemos el lenguaje (y el mundo) de la serenidad y la cordura, que nos han de permitir enlazar la peruianidad de la tradición y de la historia con lo positivo y vivificador de la originalidad que alientan las generaciones nuevas. En el momento de su centenario, con las viejas voces de quienes la fundaron y le aseguraron vida y prestigio singular, la Academia convoca a la juventud a ese proyecto de vida en común. La convocamos como universitarios no solamente testigos de su paso, sino porque queremos proclamar y confirmar que somos también compañeros y soldados de su esperanza y de su voluntad rectificadora. Y por ello sentimos bien merecidos los cien años que ahora, con tan reconfortantes compañeros de las Academias de América, celebramos.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL ACADEMICO  
DON JAIME DOUSDEBES CARVAJAL, DELEGADO  
DE LA ACADEMIA ECUATORIANA DE LA  
LENGUA, EN LA SESION INAUGURAL DEL  
COLOQUIO.

Señores académicos:

Fiel a mi stirpe literaria y a mi oficio, permitidme que con esas prisas periodísticas que demandan la urgencia de una crónica, venga a congratularme con vosotros para celebrar y honrar el Centenario de la Academia Peruana de la Lengua, que nos ha convocado a este conversatorio con el afán de considerar, una vez más, el destino de la Lengua que tanto preocupó a los fundadores de nuestras academias.

Como aquella mujer de "asta y rejón" de la que cuenta en sus Tradiciones el ilustre fundador de la Academia Peruana, ésta fue así, de "asta y rejón" frente a la Real Academia Española de entonces y con las palabras inaugurales de su Director, don Francisco García Calderón:

"La Academia del Perú no tiene la obligación de conservar la pureza del idioma en todo el mundo español, pero se dedicará a seguir el movimiento intelectual del pueblo peruano estudiando sus usos y costumbres, comunicándolos a la vez a las Academias Hispanoamericanas y a la de España para de esa manera uniformar el idioma en general".

Con estas palabras García Calderón determinaba la inquietud y posición de otras academias y de cierta actitud antiacadémica que se insinuaba en la Península, hasta culminar con el impropio "de las academias, líbranos Señor..." Pero también

García Calderón adelantaba conceptos sociolingüísticos que se elaborarían en nuestro tiempo; columbraba el objeto multidimensional del lenguaje y aspiraba, a la vez, a la unidad y universalidad de la expresión común.

Por su tema: "Lenguaje y Comunicación Social en Hispanoamérica" tiene este encuentro un especial relieve, porque en el proceso de la "comunicación" hay un destinatario que es la colectividad y ésta recibe por medio del lenguaje a través de la prensa, la radio, el cine, la TV y los casetes, una información o un mensaje que tiene que ajustarse a las normas de la gramática.

Dados los cuatros temas propuestos -ya tratados en otras reuniones de las academias, porque son temas permanentes- sospecho que en los análisis y confrontaciones de nuestros glosarios encontraremos muchas coincidencias por la simultaneidad de la comunicación actual; como también encontraremos una línea dominante de idénticos defectos; todo lo cual nos va a permitir, una vez más, remarcar una conciencia del problema e insistir tanto en las recomendaciones de encuentros anteriores como en las que ahora podamos insinuar. Empero, hoy tenemos que hacer un gran esfuerzo de imaginación para enfrentar a la insubordinación cultural, diría, y paliar de alguna manera el empecinamiento en la desviación y el error.

Las academias no pueden hoy por sí solas -diré con los términos de nuestros estatutos- velar por la pureza y unidad del idioma castellano y procurar que su normal evolución se verifique de conformidad con la índole que le es propia.

Pero sí pueden inspirar, y algo más, dictar las políticas que en cada sector se debieran asumir para lograr los objetivos propuestos.

En el curso de las próximas sesiones, cuando tratemos los temas lexicológicos y semánticos, presentaré a vuestra consideración dos vocabularios de las *jerigonzas* de estudiantes y de los bajos fondos, de actual empleo en el Ecuador, así como cambiaremos impresiones sobre el lenguaje y la comunicación social.

Vienen ahora a mi memoria las íntimas vinculaciones per-

sonales de amistad que se establecieron antes y después de las fundaciones de nuestras academias entre los que serían y fueron académicos ecuatorianos y peruanos, y, en general, con las expresiones culturales de los dos pueblos.

Nuestro ilustre y sabio académico don Julio Tobar Donoso, en su libro sobre los miembros de la Academia Ecuatoriana muertos en el primer siglo de su existencia 1875-1975, que alcanzan al número de sesenta y seis, de entre las vicisitudes y alternativas que tantos sortearon, cuenta de los no pocos que vinieron a Lima por diversos motivos: en el servicio diplomático unos, por destierros políticos y estudios otros.

Espigados al azar mencionaré algunos ejemplos. FRANCISCO JAVIER SALAZAR, 1824-1891. General de la República, doctor en Jurisprudencia, académico de la Lengua, legislador, ministro de Estado, ministro plenipotenciario del Ecuador en el Perú al término de cuya misión fue proclamado candidato a la Presidencia de la República, a la que no pudo acceder por su muerte inesperada. Escribió un opúsculo sobre "Las batallas de Chorrillos y Miraflores en el arte de la guerra", estudio que mereció la gratitud del Perú y el elogio en una Corona Fúnebre del doctor Alberto Ulloa, publicada en Lima en abril de 1892.

ANTONIO FLORES JIJON, 1833-1915. Diplomático, abogado, académico de la Lengua, Presidente Constitucional de la República elegido en 1888, hijo del primer Presidente del Ecuador, General Juan José Flores, hizo sus estudios superiores en Lima, donde obtuvo el título de abogado en 1859 y fue nombrado a la vez profesor de historia en el Liceo de San Carlos. En 1859 publicó en la Revista de Lima un "Análisis de la Constitución del Perú".

JULIO CASTRO BASTUS, 1836-1896. Nuestro segundo Director de la Academia Ecuatoriana, abogado, legislador, ministro de Estado, fue Ministro Plenipotenciario enviado a Lima para tratar de encontrar una solución a un delicado problema limítrofe.

ANTONIO BORRERO CORTAZAS, 1827-1911. Otro académico que ejerció la Presidencia Constitucional de la

República, residió en Lima como deportado político, ciudad en la que escribió numerosos artículos y ensayos.

¡ Y qué decir del poeta y académico NUMA POMPILI O LLONA!, 1832-1907 que largos años, como nuestro José Joaquín Olmedo, vivió en el Perú, se educó y enseñó en Lima, y estrechó como ningún otro nuestras vinculaciones culturales.

Fueron nuestros académicos de los años 30, 40, don Gonzalo Zaldumbide y Carlos Manuel Larrea, Embajadores del Ecuador en el Perú, así como por cuatro años primer secretario de la Embajada don Francisco Guarderas. De estos tres notables escritores y académicos les pude escuchar de su amistad con algunos de vosotros, y de Benjamín Carrión la suya con José Carlos Mariátegui, César Vallejo y el doctor Luis Alberto Sánchez, actual Vicepresidente de la República.

Pero por sobre todas estas vinculaciones personales, están las del pensamiento y las de la Lengua, desde Juan Bautista Aguirre y Garcilaso de la Vega, José Joaquín Olmedo y Mariano Melgar, Juan Montalvo y Ricardo Palma, Juan León Mera y Luis Benjamín Cisneros, Remigio Crespo Toral y José Santos Chocano, César Dávila Andrade y César Vallejo, hasta los que viven de las dos naciones, novelistas y poetas, que dan lustre a las letras latinoamericanas en grado superior a las actuales producciones de la Península Ibérica.

Permitidme, pues, que con estos antecedentes invoque la oportunidad de vuestro feliz centenario para pedirnos no dejar rota la cadena por tantos años enlazada de nuestros ideales y de nuestro fervor por mantener las letras de nuestras patrias en la serena cumbre luminosa de la riqueza expresiva, de la narración de nuestros ambientes y campos, de la compenetración social de nuestra literatura.

Señores Académicos:

Dignaos aceptar los votos que formulo por el éxito de este conversatorio, por vuestro bienestar personal y por la prosperidad del pueblo peruano.

## PROPUESTA PARA UNA NUEVA CLASIFICACION DE LAS ORACIONES SEGUN SU ESTRUCTURA.

por : Luis Hernán Ramírez

Por la articulación de sus elementos componentes las oraciones son **aproposicionales** y **proposicionales**.

A. La oración **aproposicional** (**amembre**) es la que no tiene sujeto ni predicado sino un solo cuerpo lingüístico, sintácticamente autónomo, formado por una palabra o un conjunto de ellas completadas por el contexto verbal o por la situación extralingüística: **La ciudad y los perros** (dentro de un contexto verbal que nos indique la conocida novela de Mario Vargas Llosa); **¡ciudad!** (pronunciada ante la inminencia de un peligro o de una amenaza); **¡qué pena!** (manifestada frente a una escena desgarradora). El mensaje completo de una oración **aproposicional** (**amembre**) llega al oyente ayudado por circunstancias externas al enunciado mismo.

B. La oración **proposicional** es la que se presenta articulada en dos miembros componentes; el sujeto y el predicado: **La ciudad y los perros es una obra de Vargas Llosa; llegó la hora de la verdad.**

La oración proposicional puede ser **unimembre**, **bimembre** o **trimembre**.

a. La oración **unimembre** es la de un solo miembro presente: el predicado. En estas oraciones el sujeto existe pero está ausente como en **Truena; amanece; hace frío** o está incorporado en la flexión verbal como en **Bailo; llegamos; caminas lentamente.**

b. La oración **bimembre** es la que se presenta articulada en sujeto y predicado: **Los poetas cantan; el cielo está estrellado.**

c. La oración **trimembre** es la que además de sujeto y pre-

dicado tiene un tercer miembro autónomo, el llamado **circunstante o complemento circunstancial externo** que incide sobre todo el conjunto oracional bimembre (formado por el sujeto y el predicado): **Por cierto, la ciudad y los perros es una obra de Vargas Llosa; indudablemente, los poetas cantan.** La presencia de un circunstante o circunstancial externo da a cualquier oración proposicional (unimembre o bimembre) un carácter de trimembre.

### **Rasgos diferenciales de las oraciones aporoposicionales y proposicionales.**

1. En las oraciones amembres (aporoposicionales) el pensamiento se expresa en un solo bloque lingüístico que no distingue entre sujeto y predicado: **Con su permiso; cosas de la vida; hasta luego.** En esta clase de oraciones las circunstancias dadas tienen un papel muy importante para el sentido que transmiten. El gesto y la mímica ayudan, de modo especial en estas oraciones, para la cabal expresión de su sentido y la situación extralingüística (contexto no verbal) asegura el máximo de su inteligibilidad y constituye algo así como su entorno natural. Fundamentalmente la situación es la que determina el sentido completo de una oración aporoposicional (amembre).

Toda oración amembre sacada de la situación que le sirve de entorno pierde inmediatamente su calidad de tal. Al respecto, anota Charles Bally, que una exclamación como **¡Ay!** leída en el diccionario no es más que una palabra sin carácter de oración pero si esa misma exclamación se pronuncia mirando a un amigo en su lecho de muerte entonces la situación le otorga un sentido exacto y adquiere el valor de una oración (1). El sentido cabal de una oración amembre se logra, tanto para el hablante como para el oyente, en estrecha dependencia con la situación en que es emitida y este contexto de situación puede realizarse:

a. Como entorno **simpráctico** cuando la palabra, sin contexto verbal, aparece inserta en una realidad (praxis) que determina de antemano su sentido; por ejemplo cuando el pasajero

de ómnibus solicita su pasaje con un lacónico "urbano" o "directo" porque en esa situación no se expenden sino esas dos clases de boletos.

b. Como entorno **sinfísico** cuando la **paia**bra, también sin contexto verbal, se da con adherencia a las cosas o en conexión física con ellas; por ejemplo la indicación de "frágil" que se pone como rótulo a los envases de las mercancías quebradizas que deben manejarse con cuidado (2). Algunos pretenden explicar las oraciones amembres como elípticas suponiendo que en ellas se da la supresión de ciertos elementos componentes; con este criterio en **!Qué alegría!** se supone la elisión del verbo **tener** y a una oración como **!Adios!** se le considera equivalente a **"a Dios te encomiendo"** Es muy claro que con el recurso de la clipsis se puede reconstruir el enunciado lógico de casi todas las oraciones amembres; así por ejemplo, **Con su permiso**, "yo salgo con su permiso"; **Cosas de la vida**, "estas son cosas de la vida"; **Hasta luego**, "nosotros nos vamos hasta luego"; **Muchas gracias**, "Te doy muchas gracias"; pero como en realidad las partes elididas no son nunca pensadas por el hablante, es más conveniente considerarlas como una clase especial de oraciones no repartidas en sujeto y predicado que verlas como formas elípticas de otras mayores. Hay autores que llaman a las oraciones amembres **restos de oraciones** u **oraciones abreviadas**. Charles Hockett las agrupa bajo el rubro común de **tipos marginales** (3).

2. En las oraciones **unimembres** está presente sólo el predicado. A este tipo de oraciones pertenecen las que llevan el **sujeto incorporado** en la forma verbal finita: **Viajo** (yo); **resuelves** (tú). En estos casos los morfemas flexivos de número-persona y de modo-tiempo son suficientes para indicarnos el sujeto omitido. La elisión del sujeto se puede producir también dentro de un enunciado que presupone un contexto en el cual el sujeto ha sido ya expresado una vez; en este caso la relación sujeto-predicado se hace "in absentia"; ejemplo:

"Aureliano Buendía no logró recuperar la serenidad en mucho tiempo. Abandonó la fabricación de pescaditos. Comía

a duras penas y andaba como un sonámbulo. Al cabo de tres días tenía el pelo ceniciento" (García Marquez. Cien Años de soledad).

El sujeto **cero** constituye otro caso de oración unimembre y se da en la estructura de una oración construida con un verbo impersonal donde el predicado aparece sin sujeto. No se trata, en este caso, de un sujeto incorporado u omitido sino de la ausencia del sujeto gramatical: **Anochece; llueve aquí; se castigó a los culpables.** También se da el sujeto **cero** en oraciones con verbos que no tienen formas paradigmáticas para las tres personas pues expresan fenómenos de la naturaleza que no pueden atribuirse a un agente-persona en sentido material: **Truena, ha nevado; amanecía;** es decir, acciones que no pueden tener un autor capaz de ser designado por un nombre o su sustituto. El sujeto **cero** aparece, igualmente, en oraciones con formas verbales del tipo: **Se dice; se comenta; se cree;** etc., que siendo de naturaleza personal pueden ser usadas con un sentido impersonal. Así mismo se considera el sujeto **cero** para los verbos **hacer, haber y ser** en oraciones como **Hace tiempo; hay guerra; es tarde** (4). Esto nos lleva a considerar que el sujeto exige necesariamente un predicado pero el predicado no exige necesariamente al sujeto. Puede haber predicado sin sujeto (**llueve; nieva mucho**) pero no puede haber sujeto sin predicado. El comportamiento sintáctico de las oraciones con sujeto **cero** (oraciones unimembres) como constituyentes de unidades superiores es exactamente igual al de las oraciones bimembres y trimembres.

3. En las oraciones bimembres el pensamiento se presenta en una estructura articulada de dos miembros que contienen: uno, el **tópico o tema** y otro el **comentario**. El hablante establece un **tópico o tema**, por ejemplo: **El gato (SUJETO)** y luego comenta algo sobre él, por ejemplo: **se cayó de la pared (PREDICADO)**. El **tópico** es el soporte de la oración (estructuralmente el sintagma nominal o sujeto); el **comentario** es el aporte (estructuralmente el sistema verbal o predicado). En la oración **Los árboles del camino florecen**, se comenta algo de los árboles del

camino y por eso el soporte de la oración o sujeto es todo el conjunto **los árboles del camino**. En la misma oración lo que se comenta de "los árboles del camino" es que **florece**n y por eso el aporte o predicado de la oración es **florece**n.

4. En las oraciones **trimembres** suele confundirse el circunstante con el complemento **circunstancial** a causa de la naturaleza adverbial o preposicional de ambos; sin embargo consideraciones de orden semántico, gramatical y fonético nos permiten diferenciar claramente uno de otro:

a. **Semánticamente** el circunstante tiene un sentido más amplio que el complemento circunstancial, éste incide sobre todo el conjunto proposicional formado por el sujeto y el predicado. Obsérvese la diferencia semántica entre estas dos oraciones:

- 1) **Decididamente, entramos** = "tomamos una decisión y entramos"  
↓  
(CIRCUNSTANTE)

- 2) **Entramos decididamente** = "Entramos con decisión"  
↓  
(CIRCUNSTANCIAL)

b. **Gramaticalmente** el circunstante es un elemento autónomo diferente al sujeto y al predicado en tanto que el complemento circunstancial es parte del predicado.

c. **Fonéticamente** el circunstante va separado del conjunto sujeto-predicado por una pausa que lo convierte en un grupo fónico diferente lo que no ocurre con el complemento circunstancial que sí puede formar grupo fónico con el verbo.

Los ejemplos que Bernard Pottier (5) ofrece para mostrar la estructura del enunciado (núcleo y elementos marginales) nos permite establecer fácilmente la diferencia entre circunstante y complemento circunstancial:



- (4) En las oraciones unimembres con verbo impersonal del tipo *Hubo fiestas* y *hoy hace diez años* son frecuentes las incorrecciones: *Hubieron fiestas* y *hoy hacen diez años* como resultado de un análisis gramatical equivocado que considera a fiestas y diez años como sujetos. Pero tratándose de oraciones con sujeto cero (es decir sujeto ausente) *fiestas* y *diez años* no pueden cumplir funciones de sujeto sino de objeto directo sin ninguna capacidad para imponer al verbo variación flexiva por concordancia; por eso los verbos *haber* y *hacer* deben ir correctamente, en esos casos en singular. En la oración *hoy hace diez años*, "hoy" es un adverbio y por tanto un circunstancial.
- (5) Cf. BERNARD POTTIER. *Lingüística general*. Gredos. Madrid, 1977. pr. 250.

## EL LENGUAJE DE LA TELEVISION Y DE LA RADIO: CRITERIOS DE CORRECCION.

por : Martha Hildebrandt

Todos estamos de acuerdo en que el lenguaje de la televisión y de la radiodifusión debe ser un lenguaje **correcto** que esté al mismo tiempo libre de la vulgaridad y de la afectación. Pero para saber cuándo es correcto este lenguaje, debemos previamente aclarar qué **criterio de corrección** estamos aplicando para hacer el deslinde entre usos apropiados, o admitidos, y usos desaprobados.

El **criterio de corrección** que hoy aceptamos no es, como el criterio de corrección tradicional o purista, ni rígido ni dogmático. La ciencia del lenguaje nos ha enseñado que usos considerados hoy como incorrectos fueron correctos en el Siglo de Oro o lo serán probablemente en el siglo XXI. Al ser la norma cambiante en el tiempo, el **criterio de corrección** tiene una verdadero carácter histórico.

No sabemos, ni podemos adivinar, cuántas o cuáles de las formas lingüísticas consideradas hoy como incorrectas, por no estar conformes con la **norma**, serán dentro de veinte o cincuenta años tenidas por correctas, ya sea a causa de haber expresado tendencias legítimas de la lengua, ya sea por otros motivos menos lógicos, o aun caprichosos.

Al ser aceptados por la generalidad de los hablantes y, eventualmente, exorcizados o bendecidos por la Academia de la Lengua, dichos usos no sólo dejan de ser marginales o incorrectos, sino que se convierten automáticamente en **normas**.

Pero así como el **criterio de corrección** va cambiando sus parámetros con el transcurso del tiempo, va también variando-

los a través del espacio. Cuando una lengua **nacional** llega a hacerse **supranacional** y a extenderse por grandes regiones de diversos continentes, ese hecho resulta en una verdadera "descentralización" y "regionalización" -para usar dos conceptos hoy muy usados- del criterio de corrección.

Así, cada nación hispanoamericana acata, por un lado, el ideal de lengua culta del **español general**, y en segunda instancia el ideal de lengua culta del **español de América**. Este diverge del primero por rasgos tan legítimos y tan irrenunciables como el seseo -es decir, la pronunciación como *s* predorsal tanto de la *s* apical como de la *z* interdental-; el **loísmo** -es decir, el uso de los pronombres *lo* y *la* para el acusativo de la tercera persona singular, frente al **leísmo** peninsular (el **loísmo** tiene el respaldo de la etimología, de la tradición y de la Academia) y, por último, la sustitución del pronombre de segunda persona del plural (**vosotros-as**) por **ustedes**. A ningún hispanoamericano culto se le exigiría hoy en Madrid que pronunciara la *z*, dijera *le quiero* o usara el **vosotros** con todas sus -para nosotros- obsoletas formas verbales.

Pero, aparte de esta latente norma del **español de América**, existe en cada una de nuestras repúblicas una **norma nacional** que, por criterios generalmente extralingüísticos, coincide con la forma de hablar de sus respectivas capitales, en su nivel culto. En el caso concreto del Perú, la norma lingüística nacional y el criterio de corrección del lenguaje de los medios de comunicación es el habla culta de Lima en su nivel cuidado o formal.

Pues, el habla culta comprende dos niveles o estratos. El nivel más elevado es el de la llamada **lengua culta formal**, a veces identificada con el concepto tradicional de **lengua escrita**, aunque en realidad incluya la **lengua oral cuidada del discurso**, de la cátedra y debería incluir igualmente la **locución radial** y la de la **televisión**. El segundo estrato, subyacente, de la lengua culta, lo constituye el de la llamada **habla culta espontánea o familiar**, que corresponde al modo como natural, espontánea y aun descuidadamente se expresan las personas tenidas consensual-

mente como cultas, es decir aquéllas que tienen tradición familiar o ambiental de cultura general. La posesión de la lengua culta familiar no está necesariamente en relación con el grado de educación o instrucción organizada u oficial. Son aun exponentes de este nivel de habla, exento de atentados contra la fonética, el léxico o la morfosintaxis, algunas personas de edad avanzada, especialmente mujeres de alta condición social, que pueden no haber pasado del nivel de instrucción primaria a causa de conocidos prejuicios ya caducos. Inversamente, jóvenes profesionales que provienen de niveles socioeconómicos bajos o emergentes, pueden no haber superado todavía ciertos hábitos lingüísticos que no reúnen las requeridas condiciones de **aceptabilidad social** de la llamada **lengua culta familiar**.

La **lengua popular**, siempre rica, legítima y espontánea, constituye un tercer estrato que escapa a todo criterio de corrección. De la lengua popular se nutre la lengua literaria en su vertiente de creatividad. Un cuarto estrato de lengua lo constituye la **lengua vulgar**; en realidad, se reduce a un subestrato de la **lengua popular**. Por último, la **jerga del hampa** -que en el Perú recibe el nombre específico de **replana**- constituye el estrato o subestrato socialmente ínfimo de la lengua usual.

La palabra **jerga** se aplica también, sin connotación peyorativa, a las hablas específicas de un grupo social. Son **jergas profesionales u ocupacionales** las maneras de hablar propias de una determinada ocupación, profesión, técnica o deporte. Hay, así, una **jerga del fútbol**, o de la medicina, de la mecánica de automóviles, del cine o de la televisión.

En realidad, todo hablante resulta **plurilingüe** en el sentido de que se expresa alternativamente en diferentes niveles de habla que implican distintas **variedades funcionales -o situacionales-** de su propio **idiolecto**. El médico no usará en el quirófano el léxico que emplea en familia, ni tampoco el que profiere como espectador de un partido de fútbol. Atendiendo a las diversas circunstancias, oyentes o interlocutores, el mismo hablante alterna naturalmente sus usos coloquiales con otros formales o cuidados, aceptables en el ámbito más amplio o exigente de su

comunidad.

Hay, en consecuencia, no uno sino varios modos de hablar correctamente, así como hay -aun dentro de la misma cultura- varios modos de vestir correctamente según el clima, la hora o la ocasión. Quien usa en un ambiente íntimo formas lingüísticas propias del habla culta formal, o aun del lenguaje escrito, está sólo proclamando lo precario o lo postizo de su seudo cultura. Quien, inversamente, profiere en un ambiente no familiar palabras del nivel popular, vulgar o aun jergal -en el sentido de la jerga del hampa- se expone a la más dura sanción social con todas sus consecuencias extralingüísticas.

La lengua culta, cuidada o familiar, debe mantenerse, pues, entre Escila y Caribdis: vulgaridad y afectación. La lengua culta debe ser defendida tanto de la vulgaridad y de la incorrección como de la afectación y de la pedantería.

Y de estos mismos indeseables extremos debe ser defendida la locución radial y la de la televisión. Ambas deben mantenerse, por definición y por obligación de docencia de facto, en el nivel del habla culta cuidada o formal, con ocasionales y oportunas incursiones en el nivel del habla culta espontánea o familiar. Pero sin descender a los estratos inferiores de la lengua vulgar ni del lenguaje incorrecto.

Para los locutores de radio y de televisión el lenguaje es, sin lugar a dudas, su principal instrumento de trabajo. Están, por lo tanto, profesionalmente obligados a conocerlo y a usarlo correctamente, sobre todo porque su uso resulta inevitablemente ejemplar y didáctico, y puede contribuir a la diseminación de la incorrección y del error.

\*\*\*

Debo reconocer que los locutores peruanos de radio y televisión tienen en general una honesta conciencia de sus limitaciones en cuanto a formación lingüística y están deseosos de subsanar sus deficiencias en cuanto al uso del lenguaje. A ello se deben sus solicitudes de conferencias y charlas de lingüistas y

académicos en sus locales gremiales, pedidos a los que gustosamente hemos accedido quienes estamos dispuestos a contribuir al mejoramiento de la calidad de la locución radial y de televisión en el país.

## ¿QUE SE ENSEÑA EN MATERIA DE LENGUA Y LITERATURA?

por : Luis Jaime Cisneros.

Al analizar qué se enseña en materia de Lengua y Literatura suele asaltarnos la convicción de que seguramente enseñamos más asuntos de lo necesario. Hay que revestirse de cautela al hacerse cargo de esta afirmación: enseñar "mucho" puede significar temas que -por lo numerosos- se reclaman rigurosamente de más horas que las asignadas en el "pensum". Puede decir asimismo moverse en "campos de conocimiento" donde se agrupan asuntos no bien discriminados aún por la crítica, o que no podrán ser discernidos debidamente por el alumnado. Este malestar suele venir acompañado de una reflexión subsidiaria, que es la manejada por el profesor: no hay tiempo para cumplir con el programa. Sea cual fuere el hecho, es evidente que la preparación de los programas de estos cursos no obedece (o no parece obedecer) a un claro proyecto donde se haya alguien planteado los verdades objetivos de conducta de asignaturas que deben preparar al estudiante del siglo XXI.

Esto tiene importancia, y grande. La tiene porque se trata, tanto Lengua como Literatura, de disciplinas que tienen mucho que ver con los instrumentos de expresión del individuo, a través de los cuales el estudiante debe aprender a ponerse en contacto con la comunidad y con el mundo. En contacto directo y actualizado, a través del lenguaje. Y en contacto directo y actualizado, hic et nunc, con sus contemporáneos. Y en contacto espiritual y diacrónico con las generaciones de ahora y del porvenir.

Analícemos brevemente qué se enseña. Se pone empeño en asegurar algunas aptitudes: escuchar y hablar. Para que esto sea

positivo y eficaz, no debe desatenderse a la función de adiestrar al alumno para que sea buen escucha. Pero no se trata de estar-se el alumno ahí, hecho todo oídos, y en espera de sucesivas cadenas sonoras de los otros, sino que se trata de capacitarlo para penetrar en ellas y dilucidar sentidos e intenciones del hablante. O sea, no debe esperarse que esto venga por añadidura, sino que debe entrarse al alumno para que "sepa escuchar". El alumno debe aprender a escuchar con inteligencia. En eso ( y sólo en eso) estará fundada la habilidad de hablar con la entonación adecuada a las intenciones del hablante y a las situaciones que originan los distintos hechos de lenguaje. Y debe tenerse depurada conciencia de que estas habilidades que buscamos avivar y ordenar en el estudiante son requisito imprescindible para que pueda, más tarde, aprovechar debidamente la enseñanza de la lengua y la literatura.

En el campo de la lengua escrita, el énfasis suele ponerse en la lectura. Como los programas se mueven en la perspectiva de lo ideal, podríamos explicar la ausencia de un interés "científico" por la realidad ortográfica, enlace sustancial con la lengua oral, motivadora y sustentadora de la existencia de la lengua escrita. Esa conciencia resulta indispensable para garantizar la buena disposición de ánimo hacia la lectura. No puede el profesor desentenderse de esta realidad inexcusable: a la hora de la lectura, también hay que aprender a "escuchar" lo que hay dentro de cada texto como contenido manifiesto y como intención.

¿Y qué se enseña en materia de lengua escrita? No parece que se enseña a componer. Porque "componer" no es ciertamente redactar memorias, analizar frases, escribir cuentos efímeros, o ajustarse a previstos patrones gramaticales autorizados por la Gramática académica o por los libros eventuales, con ser todos estos ejercicios necesarios e importantes. Componer es ejercitarse, **motu proprio**, y previo entrenamiento singular, en la creación personal, sobre la cual se instala y asegura la propia competencia lingüística. No hay hablante competente si no lo es en las dos legítimas perspectivas de la expresión: la oral y la escrita.

Con esto se vincula un hecho importante del mundo de la

lectura. En los programas escolares (y no es lujo privativo de los programas peruanos), la literatura es tierra de nadie, librada a la buena voluntad, a la improvisación o al gusto repentino (muchas veces dudoso) de quien la enseña. El empeño por someterse a severos patrones gramaticales, el fetichismo de la "corrección" y de la "propiedad" (confundidos uno y otro con el pretexto de someterse a las "prescripciones" de la Academia de Madrid), se convierten en testimonio de desconcierto apenas ingresamos en el terreno de la enseñanza literaria. Esto se hace evidente cuando, entre los desiderata del programa, descubrimos que el alumno carece de espacio para sentirse dueño de su albedrío en materia de opinión. Debe aprender a tomar contacto con los textos. Es lo único que puede ponerlo en condiciones de obtener (y organizar) su propia experiencia de lector. Debe ser entrenado en el ejercicio de "acercarse" al texto y de "ingresar" en él. Pero aquí vienen los obstáculos. Lo que le solicitan (y no aquello para lo que lo entrenan) se reduce al recuento de personajes, a la valiente identificación de recursos retóricos, cuando no a la discriminación de no muy claros problemas gramaticales, tareas todas ellas que ahora pueden realizar (como bien lo comprobarían los estudiantes del siglo próximo) muy eficaces y comunes computadoras. Con esto cree la escuela que ha puesto al muchacho en condiciones de "criticar". Y ocurre que no es la aspiración de un curso de Literatura, en la Secundaria, formar críticos literarios. No es verdad. El alumno pierde confianza en sí mismo, pierde confianza en la lectura y la pierde en la literatura misma apenas descubre que los sentimientos y las preguntas que en él va suscitando lo que lee carecen, para el maestro, de la importancia y trascendencia que él mismo, en su hermosa ilusión, les había asignado. En vez de ayudarlo a poner en orden ese mágico mundo y de enseñarle a apreciarlo, el maestro le sugiere la idea de que la memoria y la estadística son las esferas a que se reduce la experiencia literaria inicial. Y a llenarse de opiniones ajenas memorizadas con rigor. De donde el alumno se llena de "lecturas de los otros", pero no descubre que la literatura tiene que ver con él y con su mundo interior.

En este sentido, los lineamientos curriculares no parecen advertir algo importante, útil para conseguir los fines concretos de la disciplina y para asegurar una etapa formativa de capital significación en un muchacho que se llega a estos asuntos en plena pubertad. Porque no hay previsto nada que vincule a los muchachos con la estética, con la subjetividad a que el alumno está subordinado en su condición de adolescente inmerso en un mundo de conflictos, deseos, impresiones y gustos personales. No ver esto con esmerada claridad conduce muchas veces a asumir todo problema de crítica literaria en una vacua enumeración de inocuos adjetivos, descriptivos de lo meramente superficial y ajenos además a toda honesta función crítica. Para que un estudiante aprenda a "tener opinión" necesita hallarse munido de los instrumentos básicos. No puede memorizar opiniones ajenas y manejarlas como propias. Debe aprender a arriesgar opiniones y someterlas al ejercicio del análisis y la crítica. El colegio debe ofrecer esos instrumentos en las clases de Literatura, curso necesariamente vinculado con todos aquellos que de alguna u otra manera se relacionan con las actitudes del hombre frente a la sociedad y frente al mundo en que vivimos: la historia, las ideas, los inventos, las artes, etc.

Por falta de información fundamental, los estudiantes terminan moviéndose en un vacío puramente adjetival y carente de sustancia teórica. Las obras literarias resultan para el alumno o bien "interesantes", o bien "románticas" y todas ellas "conmueven las fibras más íntimas del espíritu", sin que nadie esté en condiciones de explicar científica e inocentemente qué busca afirmar tales enunciados. Todo empeño por rodear a la enseñanza de "aparato científico" parece perderse en una larga noche apenas se ingresa en el campo de la enseñanza literaria y en el de la frecuentación de los textos.

De otro lado, llama la atención el poco interés que, a la hora de trazar los objetivos, parece haber merecido la literatura universal. Esa impresión nos acoge tras comprobar el énfasis puesto en la literatura española y en la hispanoamericana, recibidas por el estudiante conjuntamente en un crédito horario que ape-

nas si permite un honrado contacto con ninguna de ellas. Llama asimismo la atención la desmesura con que aparece la literatura peruana. Y no es que estemos ante un inexplicable afán nacionalista, que no resulta a veces sino deformador. Estos evidentes desniveles autorizan a pensar que el daño alcanza a la misma disciplina que se busca enseñar. Por último, y no es menos importante, en un país multilingüe como el Perú, no es grande la atención prestada en los cursos lingüísticos a algunos fenómenos de nuestra fragmentación dialectal, que tiene eco en nuestra literatura, porque ese es un modo de hacer del lenguaje el efectivo instrumento de cohesión que es. Y porque es la única manera de comprender la importancia de obras como las de Ciro Alegría y José María Arguedas. Sin ello no hay tampoco manera de comprender el sentido íntimo de Melgar.

Es en el campo de la discusión metodológica donde se hacen evidentes lagunas y problemas. Los profesores parecen sentirse destinados a "cumplir directivas" y "llenar claros en la Administración", dada la prioridad que estos menesteres tienen en la programación de la actividad profesoral. Eso daña a la educación y mediatiza la formación del alumno. Muchos profesores se reconocen insuficientemente preparados en algunos rubros, al par que se acostumbran al bochornoso argumento de la situación económica. Lo que debe el profesor hacer es poner al estudiante en las condiciones requeridas para que asuma el lenguaje como instrumento de socialización, y como un elemento susceptible de modelado artístico. Ciertamente esto se refleja en la universidad. Y es que no hay prioridad en la enseñanza secundaria para los objetivos de enseñanza. Lo que la "imaginación" de los administradores de la educación suele pronosticar muchas veces no tiene nada que ver con la realidad en que se debe trabajar, y ellos prefieren remitirse a los libros irreales en que han nutrido su información.

No hay (o no parece haber) convencimiento de que sólo la formación científica y constante del profesorado puede asegurar una eficaz enseñanza. Las dificultades a que hacen frente los estudiantes en sus primeros momentos universitarios, relacionadas

con las disciplinas lingüístico-literarias, se declaran de esta manera: no se sienten capacitados para pensar por su cuenta frente a una teoría, ni un texto o un autor, porque han sido instruidos para no discutir las ideas ni la información de sus libros y de sus profesores. El lenguaje, que debía haberles servido para consolidarse alertas e independientes, les resulta una tenaza y los aprisiona. La literatura aparece convertida en un centón de definiciones, biografías y argumentos que no aseguran provecho alguno ni los capacita para seguir leyendo, que es aptitud con que la Universidad necesita contar para su propia tarea. La lectura de los textos literarios debe servir a los estudiantes para seguir buscando qué leer por cuenta propia. Si eso no consigue la escuela, de nada vale anunciar que Cervantes es un autor inmortal ni reconocerlo como el Manco de Lepanto.

Parece generalizada la convicción de que no es fácil adaptarse a una enseñanza científica, por cuanto la formación de todos no responde a moldes idénticos y porque no hay hasta ahora criterios de uniformidad que permitan someter los objetivos de conducta de un curso de literatura a una real experimentación. Los programas cambian con cada ministro, y a veces con cada autoridad circunstancial de menor rango. Y aun cuando ésta sea una forma de graficar la situación, es verdad consagrada que si los lineamientos cambian frecuentemente terminan siendo caprichosos los métodos, improductivo el esfuerzo y totalmente inapropiada la enseñanza.

Los alumnos no vinculan la emoción estética, ni el mundo de sus apetencias y gustos personales, con las clases de literatura. Ese es el cuadro real. Por eso a los muchachos les interesa más saber que Cervantes fue el "manco de Lepanto" que aprender a descubrir en Dulcinea la "Venus barroca" que hemos aprendido a reconocer en ella, siguiendo a Casaldueiro. No sé si este drama es general en América.

## PARTICIPACION EN EL COLOQUIO DE DON ORESTE PLATH DELEGADO DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

El hombre tiene el don de la palabra, pero también recurre a la expresión gestual para expresarse.

Las señales de este lenguaje silencioso resultan a menudo tan efectivas y directas como la palabra misma.

Este medio de gestos, ademanes, es algo así como la paralingüística.

A esta representación de los movimientos, cabeza, tronco y extremidades se le denomina *Kinesia*. Y a ésta se agrega la *Cinésica*, que es otro aspecto; tiene por preocupación los movimientos del cuerpo, no los evidentes, comprensibles, sino los involuntarios, automáticos, pero que tienen su origen en lo más profundo del alma. En el campo de las relaciones humanas se encuentra la comunicación sin lengua con miles y miles de signos.

\*\*\*

El vocabulario de los gestos es rico y se pueden expresar todas las sensaciones y emociones.

En el habla convencional tenemos el uso de las abreviaciones. La palabra pierde su extensión y queda reducida a *bice*, por bicicleta; a *auto* por automóvil, *progre* por progresista; *provi* por providencia; *profe* por profesor; y *secre* por secretaria. Si no es la abreviación se recurre a las onomatopeyas. Son frecuentes en la lengua coloquial con los niños, los que acusan una capacidad para estas interpretaciones diferentes pero que emiten un mensaje. A este vocabulario pertenecen las onomatopeyas *miau* por el gato; *guau-guau* por el perro; *chique-chique-chaca*, por el tren;

*rin-rin* por el timbre; *talán talán*, por el sonar de las campanas; *papú papú*, por el claxon del automóvil.

Y siguen los eufemismos que en circunstancias sociales determinadas ciertas palabras no pueden ser utilizadas, por un problema de simple cortesía social.

Palabras que existen en nuestra lengua, pero que la sociedad considera que no deben decirse por mal sonantes. Estas palabras o conjunto que sustituye a otra expresión resultan lo más inverosímiles, como es el caso que por no decirse excusado, retrete, se dice *W.C.* y se les enseña a los niños que digan las *casitas*.

Para las madres el niño tiene *piñín*, *pirula*, *tutula*. Este niño cuando orina, hace *pipí* y si lo sientan a la bacinica: *pelela*, hace *cacú* y los vientos son *pun* y el traste *popi*, *tambembe*. Todas estas palabras tienen un carácter convencional y tradicional.

\*\*\*

El disparate tiene un sentido expresivo. En Chile se habla de *chilenadas*, que es el denominativo que cubre las palabras de sentido rotundo, el impropio.

Entre los matices del disparate están las *rotadas*, palabras que se las supone a los rotos chilenos; las *carrilanas*, procedían de los que tendían carriles, rieles; las *carretoneras*, que provenían de los carretoneros en la época de la minería; las *rendías*, rendidas, expresiones que apabullan, que dejan anonadados, con los brazos caídos; la *herejías*, expresiones impías, blasfemias, irreverencias; y el *garabato* que es algo que se dice a boca cerrada, como un murmullo, como un rezongo, pero que ofende más que una palabra que represente el escarnio, el oprobio.

\*\*\*

La TV tiene mucha gravitación. Algo muy corriente entre los entrevistadores de TV, es el *tuteo*. El *tú* da al individuo una posición muy íntima o muy subalterna. Ultimamente ha surgido

otra razón del *tuteo*: adquirir importancia, sustrayéndosela al que realmente la tiene. Esto es lo que hacen los entrevistadores cuando conversan con altos personajes, como una manera de producir nivelación entre ambas partes. Los que desean tener cierta publicidad toleran el *tuteo* con cierta condescendencia, como si estuvieran regalándole al interlocutor algo de lo que ellos creen tener. La TV y la radiodifusión no corrigen los lugares comunes. Repiten: "Hace diez años atrás", "Televisión a color", "Dictará una conferencia", "Natural de", "El sol sale, el sol se pone", "Pasó la vista", "Puso los ojos".

Abusan demasiado, del *entre paréntesis*. Por inveterada costumbre se dice pleonásticamente, entre paréntesis, en vez de en paréntesis.

\*\*\*

Los teleanunciadores, la literatura y las artes: Para un teleanunciador el novelista y poeta colombiano, autor de "La Vorágine" es *Eustaquio y Eustasio*.

La bailarina norteamericana Isadora Duncan que alcanzó reputación mundial como intérprete muy personal de danza clásica, un telecomunicador la llamó *Isidora* y no *Isadora*.

En un programa de TV de esos para responder se aceptó que *Juana de Ibarbouro* era *Premio Nobel de Literatura*. Ignorándose que la única escritora que goza de esta distinción en América es la chilena Gabriela Mistral.

Todos escuchamos dar el título "*Vals de las Olas*, siendo *sobre las olas*. Semejante error cometen cuando dicen "El Danubio Azul" que, en verdad, tiene por nombre *Al Hermoso Danubio Azul*.

La difusión en cualquiera de estos medios de comunicación debería entregarse a personal calificado y no por simple presencia o buena voz.

## RICARDO PALMA, POETA

por: Don Jorge Calvetti

Vicepresidente de la Academia Argentina de Letras.

Ocupo esta ilustre tribuna en representación de la Academia Argentina de Letras como un acto de adhesión a los festejos del centenario de la Academia Peruana de la Lengua.

Quiero -ante todo- hacerles saber que me unen a la República del Perú fuertes lazos de gratitud y de cariño, pues en el siglo pasado mi abuelo, don Federico Calvetti vivió en este país varios años de exilio político.

El hecho de que me encuentre aquí en este momento me lleva a pensar que, tal vez, la obediencia a profundos instintos de la continuidad de un destino me ha traído a esta hermosa Patria.

Todos los países de la América Hispana viven actualmente situaciones críticas. Formulo mis votos más sinceros y fervientes para que puedan vencer estas dificultades circunstanciales y alcanzar el destino de grandeza que merecen y, sin apartarse nunca más de la democracia institucional, sus respectivos pueblos puedan vivir con paz, justicia y libertad.

Mi relación con Ricardo Palma viene de muy lejos. Cuando era niño, en aquella época en que la mente "es arcilla para recibir y mármol para retener", según las expresivas palabras de Alexander Pope, todas las noches nos leían -hasta que nos hundíamos en los mares del sueño- cuentos, leyendas, consejas, y si nos portábamos muy bien, "sucedidos". Llevo desde aquellos años, como una joya, en mi memoria, "El alacrán de Fray Gómez" que nos impresionó hondamente.

Soy, pues, desde aquel lejano entonces, fervoroso admirador de la obra del gran tradicionista. Pasado el tiempo, por ra-

zones profesionales, me acerqué más a la persona de Ricardo Palma. Supe así que nació un 7 de febrero, como mi hijo, y murió un día como hoy, 6 de octubre, como mi padre. Y que, como mi padre, fue diputado y senador de la Nación.

Sé que estas coincidencias tienen importancia sólo para mí. Lo cierto es que, como me acercaron más a Palma, me es grato recordarlas.

No puede enorgullecerse mi país -ni ningún otro de la América hispana- de contar con un tradicionista de la jerarquía de Ricardo Palma.

Hemos tenido en la Argentina buenos cronistas, buenos evocadores, buenos memorialistas. Pastor Servando Obligado, por ejemplo, que escribió las "Tradiciones de Buenos Aires", publicadas en 1888, en cuatro gruesos tomos, el último de los cuales fue prologado por Ricardo Palma.

También cultivaron el género Manuel Bilbao, Alberto del Solar, Bernardo Frías, Mario López Osorno, Martiniano Leguizamón, José Antonio Wilde, Sebastián Calzadilla y otros.

Pero basta detenerse un momento en la consideración de algún título, para adivinar la índole del libro. Verbigracia: "Las beldades de mi tiempo" del nombrado Sebastián Calzadilla, título que refleja o informa sobre su contenido con transparente claridad.

He hecho esta mínima enumeración para traerles una prueba de la trascendencia que tuvo en mi argentino país, la obra de vuestro tradicionista, ya que todos los nombrados fueron, en mayor o menor grado, sus discípulos, sus seguidores.

Y ya que hablamos de títulos, permítaseme decir que el título de esta conferencia, de esta conversación que mantengo con ustedes: "Ricardo Palma, poeta", puede inducir en error a quien lo lee.

No es mi propósito -no puede serlo- hacer aquí, en Lima, un estudio crítico-literario de la poesía de Palma. Es otra mi intención.

Todos sabemos que el gran tradicionista tenía en poco a sus versos. Los llamaba con ostensible indiferencia: "renglones rima-

dos" y aseveraba, además, con seguridad solar: "mi nombre es hijo de mi prosa".

Mis palabras tienen, a partir de este instante, el propósito de justificar el título de esta conferencia y, si me es posible, precisar su significado. Para ello voy a esbozar, modestamente, una "Teoría de Palma".

Quiero imaginarme a ese hombre, evocarlo en sus intensidades más hondas y definidas, a ver si lo alcanzo, así:

**Niño travieso, vivaracho, que crece al lado de la famosa tía Catica.**

**Jovencito, lector de Hugo, Byron, Heine, Espronceda, Zorrilla;**

**periodista a los 18 años. Luego, autor teatral abominable (el adjetivo pertenece a Palma).**

**Oficial de Marina, conspirador, crítico, polemista, versificador, cónsul, viajero, político, parlamentario, filólogo, (a medias, dijo él), creador fundador de la Academia Peruana de la Lengua y altamente admirable tradicionista.**

Tan singular, propio y distinto es el género literario creado por Palma -género de grande originalidad- lo llamó Pedro Henríquez Ureña, que fue necesario crear una palabra, adecuar una palabra que lo definiera cabalmente, por eso no es un tradicionalista sino un tradicionista.

¿Porqué tradicionista y no tradicionalista? Vamos a conversarlo pausadamente.

"La tradición puede ser heredada" afirma T.S. Elliot, en su famoso ensayo "La tradición y el talento individual". Quien quiera poseerla -agrega- tendrá que realizar un gran esfuerzo para lograrlo. Cuando las formas que se heredan son utilizadas sin que las modifiquen las nuevas percepciones, pierden la agudeza y el vigor que tuvieron originariamente. Se convierten, entonces, en nuevos "clichés", vale decir, en una nueva conformidad a las normas convencionales. Este es el filón -si puede decirse así-, éste es el campo del tradicionalista.

Pero ocurre que si ese autor es un escritor de raza, si es un poeta, sabe y distingue lo que del pasado es pasado y sabe tam-

bién de su presencia.

Cuando leía la forma en que se refirió siempre Palma a sus "Tradiciones" no podía dejar de afirmarme en mi teoría o en mi convicción de que Palma fue un gran poeta, y cabe esta afirmación: aun no teniendo en cuenta sus versos.

El mismo lo reconoce. En una carta a su discípula Clorinda Matto de Turner -autora de las "Tradiciones del Cuzco", le dice: "El tradicionista tiene que ser soñador y poeta".

En otra ocasión manifiesta: "Las tradiciones escritas -hago hincapié en esta palabra- Las tradiciones escritas, deben tener algo y aún algos, de mentira, y tal cual dosis de verdad por infinitesimal u homeopática que ella sea".

Con estas palabras confiesa que en sus creaciones pone verdad, es cierto, pero además, pone imaginación, invención. Y el resultado, para el lector, es real en su totalidad.

Y tiene razón. Palma es un poeta, un artista y como tal, sabe que todo lo que siente es real, que todo lo que imagina es real y que todo lo que sueña es real.

El gran poeta portugués a quien todos ustedes conocen: Fernando Pessoa, también descubrió, también lo supo y lo expresó así: "Toda la literatura consiste en un esfuerzo por tornar real a la vida. Como todos saben, la vida es absolutamente irreal en su realidad directa. Los campos, las ciudades, las ideas, son absolutamente ficticias, hijas de nuestra compleja sensación de nosotros mismos. Todas las impresiones son intransmisibles, salvo si las convertimos en literarias. Los niños son muy literarios porque dicen como sienten y no como debe sentir quien siente según otra persona". Hasta aquí Pessoa. Yo agrego: Las cosas nunca son las mismas. Cada espectador las ve según su propia óptica, ve las cosas de una manera diferente; las ve de un modo distinto, insisto.

Me acuerdo de Shakespeare. En el "Rey Lear" -acto V, escena III - Lear le dice a Cordelia: «... y tomaremos sobre nosotros el misterio de las cosas, como si fuésemos espías de los dioses»: sólo Dios puede ver las cosas como son» .

Se habla ahora de la cambiante naturaleza del lenguaje. Pe-

ro la vida también es cambiante. La aprehensión de la realidad, de la vida, es un acto unívoco, personal, y cada escritor vence la naturaleza cambiante del lenguaje en la medida en que posee un estilo; esto le da la posibilidad de ordenar el caos según su estilo. Porque el lenguaje dominado por su estilo se constituye en su expresión, es la manifestación sensible de su ser.

Y esto es cierto como es cierto para mí que todo lo visible es sólo un aspecto de la realidad: justamente, el aspecto visible, porque la Realidad con mayúscula va mucho más allá. Esta también, existe, donde no se la ve.

Ustedes saben muy bien como fueron las relaciones de Manuel González Prada con Ricardo Palma. Palma, -según mi leal saber y entender- actuó siempre como un hombre superior, seguro de su valor, consciente de su destino.

Me permito recordarles que cuando el poeta Manuel González Prada abandonaba la vida sonó el teléfono en casa de Ricardo Palma y alguien dijo que González Prada deseaba, necesitaba hablar con Ricardo Palma. Cuando Angélica, sorprendida, respondió que su padre estaba en cama, la comunicación se interrumpió. Lo refiere Clemente Palma hijo del tradicionalista, quien agrega: "¿Será una de esas raras cosas que ocurren entre el cielo y la tierra al decir de Horacio en el "Hamlet?"

"Don Ricardo actuó con la altura y la dignidad de siempre. Cuando, al día siguiente, agobiado por el peso de sus 80 años se hizo leer el diario y se enteró de la muerte de González Prada, movió melancólicamente la cabeza y dijo: "Pobre Prada. No creí que se me adelantara en el viaje...Hasta en eso ha tenido emulación. Fue injusto y apasionado conmigo, pero tenía talento".

Vuelvo a la consideración de las tradiciones como género literario. Procuro explicarlo: Palma está escribiendo, está contando un caso. De pronto recuerda otro o imagina una variante o lo cambia totalmente. Abandona aquel inicial y continúa su relato inventado y lo refiere como real, con afabilidad, con airecillo burlón y zumbón, con gracia natural y espontánea.

En arte lo que interesa es el resultado. Si él necesitó inventar para que todo fuera menos vulgar pero creíble, lo que hizo

está justificado. Además para su mayor gloria, lo dijo del mejor modo, con una sonrisa:

"...Para mí el mundo pícaro es poético".

El Palma de las "Tradiciones" miraba el mundo con piedad, con ternura. Su obra es una efusión cordial.

Recuerdo ahora a Eupalinos, el arquitecto de Paul Valery. En uno de los diálogos platónicos o socráticos de esa obra inolvidable, "Eupalinos o el arquitecto", éste dice: "Es necesario que mi templo mueva a los hombres como los atrae un objeto de amor". Y luego, en el curso de la conversación, agrega: "Paseando por la ciudad ¿no has observado que de los edificios de que está poblada, unos son mudos, otros hablan y otros, en fin, los más raros, cantan?..."

Yo pienso que el pasado, el inamovible, el incommovible pasado, para Palma, de algún modo estaba vivo y presente, o él, viejo taumaturgo, lo resucitaba. En algún momento el pasado le cantaba y lo encantaba. Entonces, en estado de encantamiento -como todo verdadero poeta-, creaba una realidad y se recreaba en ella.

Ciertamente, fue un realista del mundo como es. Y también un realista del mundo como es y no se ve. Y también un realista del mundo como no es, pero como convendría que lo fuera en bien de la Belleza.

El poeta es un elegido. "Como el profeta Isaías, le han quemado la boca con un carbón encendido y esa quemadura le ha cambiado el sabor del mundo". Por eso descripto y narrado por Palma el mundo tiene otro sabor.

En las "Tradiciones", su actitud frente al arte fue sana, regocijada. De allí su salud, su vitalidad, su fuerza.

El lo dijo muy claramente: "Yo no dicto un curso de Historia Nacional. Yo narro antiguallas como el pueblo y las viejas cuentan cuentos".

Me permito pedirles que piensen y recuerden la hermosa lección de humildad que encierran estas palabras.

Esa actitud de humildad frente a sus temas creo -digo credo- le permitió escribir una obra que -como pocas del siglo pa-

sado de la literatura hispanoamericana- merece ser considerada "clásica". No es clásica porque abreva en el pasado sino porque su obra, hecha de pasado, presente, imaginación y arte, ostenta una imbatible lozanía. La misma que mostrará dentro de 50 años.

Bien sabemos que un clásico tiene que ganar su eternidad todos los días.

Pero cuando hablo de naturalidad y espontaneidad no se piense en ligereza.

El escribir como al desgaire, de Palma, ha costado mucho trabajo. Recuerdo sus palabras de una carta a Vicente Barrantes: "Para mí una tradición no es un trabajo ligero, sino una obra de arte. Tengo paciencia de benedictino para limar y pulir una frase".

Palma era tradicionista no sólo al recrear o inventar episodios del pasado: "También lo era cuando usaba muy conscientemente su buen idioma, que enriqueció con dichos, frases coloquiales, giros populares espléndidamente colectados por él. Al mismo Barrantes le dice, en la referida carta: "Mientras en España se cree enriquecer la lengua con voces flamencas, nosotros admitimos o creamos palabras para la clara expresión del pensamiento".

Mi paisano y cofrade en la Academia, Enrique Anderson Imbert, refiriéndose a Juan Montalvo y a su preocupación por el lenguaje, afirma: "Montalvo pensaba más con las palabras que con las ideas".

Yo creo que Palma pudo descubrir y describir tanta realidad del pasado porque lo evocaba o lo imaginaba con una sonrisa, tal vez irónica o escéptica, pero sin aprioris, sin pre-conceptos; la miraba con el alma y la sentía con el pensamiento.

Contemplaba, en fin, la vida de los demás como un espectáculo humorístico que merecía su curiosidad indulgente. Y por eso la rodeaba de caridad y simpatía.

Pienso en Palma y leo y releo lo que se ha escrito sobre él y lo pondero debidamente:

"Era un liberal y sólo tomaba en serio los derechos de la conciencia libre y de la soberanía popular y los valores morales

de bondad, honradez y justicia".

"Situación la obra de Palma dentro de la literatura colonialista no sólo es empequeñecerla sino también deformarla. Las "Tradiciones" no pueden ser identificadas con una literatura de reverente y apologética exaltación de la Colonia y sus fastos. Palma traduce el criollismo, el mestizaje, la mesocracia de una Lima republicana que en nuestro tiempo revisa su propia tradición, reniega de su abolengo colonial, condena y critica su centralismo, sostiene las reivindicaciones del indio y tiende sus dos manos a los rebeldes de la provincias".

Son palabras de José Carlos Mariátegui que suscribo con el mayor entusiasmo.

Insisto en hablar sobre el poeta Ricardo Palma. Su actitud estética como autor de las "Tradiciones Peruanas" coincide, es similar a la de calificados autores de hoy. Me explico: El italiano Italo Calvino, el polaco Witold Gombrowicz, el rumano-francés E.M. Ciorán opinan, hoy, en nuestro presente, que el escritor debe escribir para contentarse y explicarse; para encontrarse a sí mismo, para descubrir su propia realidad porque escribir para uno mismo es la mejor manera de escribir para los demás". Con admirable sentido de su arte el poeta es conducido por la palabra a la aventura de tomar conciencia de sí. Tiene la evidencia de que la palabra es creadora y así se le vuelve al poeta autónoma su obra en cuanto sale de sus manos.

Tengo la certeza de que Palma escribía para entretenerse, para divertirse, para sonreír, para reír. Con instinto profundo fue fiel al *genius loci*; al espíritu del lugar donde se ha nacido. No complicó ni falseó la vida.

A través de sus palabras he creído descubrir algo así como una clave de su vida. Estas son sus palabras (y me atengo a sus afirmaciones referidas al mundo real y práctico): "En tres ocasiones he tenido modesta fortuna y en las tres la he derrochado. Hoy mis recursos para la vida son muy modestos. Vivo sin estrechez y porque he aprendido a no estirar los pies más allá de la sábana. Ya ve usted, no tengo biografía. En mi existencia nada hay de original ni de curioso. Nada que me singularice ni que

valga la pena de contarse. Como privado no he sido más que adorador de Venus. En la intimidad de mi hogar con mi esposa y mis retoños vivo tranquilo y alejado de la política que no proporciona sino sinsabores y desengaños; ni soy devoto de Baco ni he sido partidario de Bejan, el inventor de los naipes".

Es decir: supo adecuarse a las circunstancias. Esta es la palabra clave: adecuación. Palma, como quería Kipling, miró al triunfo y al desastre como a dos impostores. Por eso tal vez alcanzó la escasa alegría a que los mortales podemos aspirar.

Si pienso en el episodio de la Torre de la Merced, que todos conocen, digo que era un predestinado. Si pienso que, como escribió su hijo Guillermo en una nota que apareció en el diario "La Nación" de Buenos Aires el 15 de febrero de 1933, Palma dejó este mundo murmurando un poema, digo de nuevo: Ricardo Palma fue un poeta. Lo importante es vivir como un poeta y si es necesario o se impone por sí- escribir. Prosa o verso ¡qué importa!.

El poeta escribe palabras sobre una página en blanco. La forma la da el contenido. El poeta Ricardo Palma no ha muerto. Se ha ido con las manos tendidas hacia esa orilla de oro de la vida que es la gloria, orientado y atraído por el resplandor eterno de nuestra Gran Madre, la Poesía. Este es "Ricardo Palma, poeta" que, modestamente, quería rescatar para ustedes.

Muchas gracias.

## CORDOBA: SUMMULA UNAMUNIANA

Por: Manuel Alcalá

Secretario Perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua.

Cuando Augusto Tamayo Vargas, Director de la Academia Peruana de la Lengua, me invitó amablemente a dar una charla, acepté gustoso como colega obediente. Con todo, al llegar yo a la hermosa y hospitalaria "Ciudad de los Reyes" ni por las mientes me había pasado que don Augusto me hiciese tal honor. He venido, pues, con las manos vacías para ese menester. Pero, obediente, repito, pensé cómo podría mal hilvanar y con cabos sueltos-escarbando en la memoria de mis lecturas -algo que fuese por lo menos una charla pasadera.

Mis recuerdos de Unamuno me abrieron la tranquera para lanzarme al campo de lo que voy a decir esta noche. Y ¿por qué Unamuno?

En primer lugar porque Unamuno es uno de esos escritores de nuestra lengua a ambos lados del charco a los que hay que volver con frecuencia. Allá él, entre otros. En este lado: Sarmiento, Martí, Montalvo, Rodó, Mariátegui, Vasconcelos...

En la otra orilla, allá, volvía con frecuencia al gran vasco, Dámaso Alonso, cuya quebrantada salud lamentamos. Escribía quien por largos años mantuvo con mano maestra el timón de la Real Academia:

"... sígueme pensando a España,  
mi don Miguel de Unamuno."

Y terminaba, unido al espíritu de éste, con una oración a

España:

"Cuenco de tierra machorra,  
sin paular y sin chortal  
muera besando mi boca  
tu gran vientre maternal".

Yo también ruego al Señor que cuando acoja en su seno a Dámaso se lo lleve después de ese último beso.

Además, por las raíces mexicanas de Unamuno. Su padre fue un indiano afincada en Tepic, en las costas mexicanas del Pacífico. Pero ¿raíces mexicanas? ¿exagero? No. El gran vasco, rector de Salamanca, envió una fotografía suya a la Biblioteca Nacional de México. La dedicatoria reza:

"A la Biblioteca Nacional de Méjico (sic.), en recuerdo de los libros mejicanos que de niño leyó.

Miguel de Unamuno."

Y en una cartilla manuscrita que acompañaba el regalo se explica. Su padre, vasco como él, regresó a España con unos sarapes de Saltillo que largos años vio al Unamuno niño y mozo en las paredes de la casa paterna. Pero también regresó con "los libros mexicanos" que menciona don Miguel. Los había de historia mexicana: los aztecas lo fascinaron. También los había de política y de pensamiento. En los últimos dice: "bebió e hizo suyo el liberalismo mexicano de Benito Juárez". ¿A qué seguir?.

En segundo lugar, porque Unamuno me lleva de la mano al tema de la charla. Podría haberme llevado a otras, pero si escogí el de Córdova lo hice a sabiendas.

Desde luego -pensando en el Perú y en su Academia de la Lengua que festeja su primer siglo de vida-, porque el Inca Garcilaso, antes de sus campañas en Navarra, Italia y las Apujanas, se había afincado en Montilla. Montilla, Sierra de buen vino. Pero desde 1590 pasa a Córdova, en cuya catedral esperan sus restos mortales la resurrección de la carne.

Y después, porque en mis ya lejanas lecturas de Unamuno

se me reveló su poema a Córdoba como una cifra, en breve compendio, una *summula* -en términos escolásticos. No sólo eso. Me atrevo a decir que como su testamento, en el que nos lega sus principales sentires y pensamientos que en prosa fue exponiendo a lo largo de su vida. Testamento que escribe, si mal no recuerdo, tres días antes de morir.

Para mi calificativo de *summula*, confieso mi falta de originalidad y mi deuda con el nieto de Ramón Menéndez Pidal. Hace ya años que Diego Catalán Menéndez Pidal hizo un penetrante y profundo análisis de Aldebarán, ese largo y hermosísimo poema que empieza:

"Aldebarán, Aldebarán  
recibo encendido en la divina frente".

Pues bien, Diego intituló su exégesis "Aldebarán, *summa unamuniana*. Mi exégesis -algún nombre hay que darle- no pasa, si es que pasa, de una pequeña *summa*, de una *summula*.

\*\*\*

Después de lo poco que llevamos andado, me encuentro con otra tranquera que preciso abrir ahora. Ella nos separa de un ameno y rico soto de consideraciones poéticas que, verán ustedes, son los cimientos de mi enfoque del tema.

Decía Paul Valéry: "Cette partie des idées qui ne peut pas se mettre en prose se met en vers". Verdad de a puño, sí: esa parte de las ideas que no se puede poner, expresar en prosa, se pone en verso. Por ello, el bilbotarra afirmó: "El verso es sin duda el lenguaje natural de lo más profundo del espíritu". En verso expresaron (o comprendieron, cito de memoria y ésta me traiciona tal vez)...en verso expresaron Santa Teresa y San Juan de la Cruz lo más hondo de sus sentires".

Acaba de confesárnoslo el propio Unamuno. En verso, en su Córdoba, nos dio, nos dejó lo más hondo de sus sentires.

Caen ustedes en cuenta, por segunda vez, de mi falta de ori-

ginalidad.

\*\*\*

Bien. Pero Córdoba ha sido rico venero para pintores, pienso en Julio Romero de Torres; para poetas, y -horresco referens- para propaganda turística. A este último, aviso, la ha traído a mal traer esa falsa imagen de la España de pandereta. Hermana ella de esa otra, igualmente falsa, del México de indios acurrucados en un sempiterno sueño de burritos y de mariachis...

De poetas, dos botones de muestra: Góngora y García Lorca. Altísimos poetas los dos. El primero, como decía Juan Larrea, "el metafísico de la poesía".

Y si los traigo a colación, a propósito de Córdoba, no es para ponerlos por debajo de Unamuno. No. Es sólo para dejar sentado, de entrada, el que la Córdoba de ellos no ofrece, no constituye, en modo alguno, una *summula* de sus sentires.

De don Luis es este soneto de 1585.

### A Córdoba

"¡Oh excelso muro, oh torres coronadas  
de honor, de majestad, de gallardía!  
¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas,  
que privilegia el cielo y dora el día!  
¡Oh siempre gloriosa patria mía,  
tanto de plumas cuanto de espadas!  
¡Si entre aquellas ruinas y despojos  
que enriquece Genil y Dauro baña  
tu memoria no fue alimento mío,  
nunca merezcan mis ausentes ojos  
ver tu muro, tus torres y tu río,  
tu llano y sierra, oh patria, oh flor de España!".

Vocativos sólo, hermosos sí, pero nada más que vocativos. Y al final de todos los sentidos, únicamente el de la vista: "nun-

ca merezcan mis ausentes ojos ver..." Bien es cierto que Santo Tomás nos ha dicho que entre los sentidos "máxima cognoscitui" está el de la vista.

"!Qué diferente de Dámaso! Dámaso, por otra parte, gran conocedor de la poesía de Góngora. A Dámaso le debemos los más solidos y agudos estudios sobre la poesía de Góngora. Hurga en archivos y nos deja, ayudado por su mujer Eulalia Galvanito, gran acopio de ricos documentos gongorinos. Pues bien, Dámaso no se contrae a Córdoba y no se sirve de la vista.No, sino del tacto, y ello para toda España, su España, nuestra España

"muera besando mi boca  
tu gran vientre maternal".

Del granadino es lo siguiente. Está recogido en su libro *Canciones*, que recoge las escritas entre 1921-1924. Se intitula

### Canción del jinete

"Córdoba,  
Lejana y sola.  
Jaca negra, luna grande  
y accitunas en mi alforja.  
Aunque sepa los caminos  
yo nunca llegaré a Córdoba.  
Por el llano, por el viento,  
jaca negra, luna roja  
La muerte me está mirando  
desde las torres de Córdoba.  
!Ay, qué camino tan largo!  
!Ay, mi jaca valerosa!  
!Ay que la muerte me espera  
antes de llegar a Córdoba!  
Córdoba  
Lejana y sola".

Hermosa también, a la par que españolísima, por eso de la muerte. De la muerte inminente ya. Acechándonos, esperándonos. Como en Lope: aquellas voces que dijeron en El caballero de Olmedo:

"Que no saliese  
el caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo"

Muerte que también vamos a hallar -claro, no podía faltar- en Unamuno. Pero con otro enfoque y en distinto contexto.

\*\*\*

Pero basta de todo lo anterior, y como dicen los campesinos de mi tierra, "a lo que te truje". He aquí el poema de Unamuno:

### Córdoba

"Saavedra, Lucano, Séneca  
Córdoba  
Roma canta en la Mezquita  
Gualdalquivir medita  
el sueño de Abderramán.  
La vida, fuerza del sino,  
sino en tragedia,  
tragedia en juego.  
Lagartijo.  
En las ermitas sestean  
capeadores del Señor".

No llegan a la docena esos versos. Y, con todo, son una verdadera *summula*. Una *summula* unamuniana  
Veamos.

La Córdoba de Góngora empieza dirigiéndose a la ciudad misma: "Oh excelso muro, de torres coronadas/de honor, de majestad, de gallardía/.

La de García Lorca a una ciudad misteriosa. Misteriosa por lo de "lejana y sola" ¿Sola una ciudad de unos 300 mil habitantes? Sí, sola, porque sola sin el jinete que nunca llegará a ella.

Para Unamuno, Córdoba no es un conglomerado urbano. Tres hombres, tres cordobeses son Córdoba. Y los pone en la primera línea: "Saavedra, Lucano, Séneca" En la segunda línea viene ya el nombre de la ciudad, pero sólo en segundo lugar. Yo aventuro que ahí Unamuno nos da una escueta ecuación: "Saavedra, Lucano, Séneca" = a Córdoba.

Así, entramos de lleno en terreno unamuniano.

Para Unamuno lo importante es el hombre "de carne y hueso", como no se cansaba de repetir; el hombre de carne y hueso que somos cada uno. No el Hombre, con mayúscula. Por ello parafraseaba el cartesiano "cogito, ergo sum" en "cogito ut sim, ut sim Miguel de Unamuno". Pienso, para ser, para ser Miguel de Unamuno.

Y no escoge esos tres cordobeses al buen tuntún. No escoge ni a Góngora, ni al Gran Capitán, Gonzalo Hernández de Córdoba, ni a tantos otros cordobeses ilustres, sólo a Saavedra y a Séneca y al sobrino de Seneca: a Lucano ¿Por qué? Dejemos por el momento al primero. Ya volveremos a él en el sexto verso. Los escoge, a mi ver, porque para él el sobrino -poeta- y el filósofo-pensador y dramaturgo- encarnan una virtud muy española, muy unamuniana: el estoicismo. Más aún, un estoicismo con un cariz español de lleno. Angel Ganivet lo dice paladinamente en las primeras líneas de su *Idearium* español, parafraseando a Séneca. Y añade que a haber nacido siglos más tarde no naciera en Córdoba, sino en Castilla. Cabalmente en ella, y a finales del siglo XV, nos topamos con esta frase de *La Celestina*: "Si dolor tienes, guárdalo en tu casa, no te sienta la tierra". Recuerden que a Ganivet, con quien Unamuno se carteaba, se le ha llamado precursor suyo.

Claro que eso de que Lucano y Séneca fuesen españoles

por el mero hecho de haber nacido en Córdoba, lo pongo en tela de juicio. Y no juzgo porque me cobijo a la buena sombra de Américo Castro. Lo ha repetido hasta la saciedad. Lo ha demostrado con toda evidencia en su *La realidad histórica de España*; en su *Los españoles, cómo llegaron a serlo*. Para él, la España actual, los españoles actuales, nacen sólo en la edad media, de las tres simientes: Cristiana, mora y judía.

Pero lo que cuenta aquí es lo que Unamuno pensaba. A saber, que eran ya españoles, españolísimos. En el caso presente, por su estoicismo. Unamuno se sabía de memoria, en el latín del historiador romano, el relato de la muerte de ambos. Condenados a muerte por Nerón, y a muerte desangrándose, la aceptan y encaran estoicamente. Creo que el "dime con quién andas y te diré quién eres" es más verdad en esto otro: "dime cómo mueres, y de diré quién eres".

Séneca tiende el brazo para que le corten las venas. Viejo, la sangre no fluye generosa. Ofrece la pantorrilla para que le corten otra vena. Se tiende en una cama y llama al amanuense para dictarle sus últimos pensamientos, hasta que el hilo de éstos, y el de su vida, los corte la muerte.

Lucano, más joven que su tío, no tiene problemas para desangrarse. La sangre corre abundante brazo abajo. Mientras se desangra se pasea de un lado a otro de la habitación. El tío dicta sus últimos pensamientos. Y el sobrino ¿qué hace? Recita unos versos de su *Farsalia* en los que describe la muerte de un soldado galo en circunstancia parecida a la suya; al soldado se le escapa la vida con la sangre de las heridas recibidas.

"Roma canta en la mezquita,  
Guadalquivir medita  
el sueño de Abderramán"

dicen los tres versos siguientes.

Córdoba no es ya la Córdoba de Séneca y de Lucano. Tampoco es ya la Córdoba califal. Esa Córdoba maravilla de arquitectura, de urbanismo y de cultura: con sus palacios, sus biblio-

tecas, sus jardines, sus poetas y filósofos. Es Ibn Hazan, autor de esa joya que se llama **El collar de la paloma**, fiel y lindamente traducida y comentada por el príncipe de los arabistas españoles actuales: Emilio García Gómez. Esa Córdoba, repito, gran ciudad de cerca del millón de habitantes cuando París y Londres eran poblachones sucios. Esa Córdoba, con la maravilla de los palacios de la vecina Medina Azahara, meras ruinas ya cuando Unamuno dice : "Roma canta en la mezquita".

Esa Roma no es ya la de Séneca y Lucano. Es la Roma cristiana que canta en la hasta nuestros días mezquita-catedral. Que ésta se construyó en el corazón de aquélla, derribando y destruyendo parte de la fábrica original

"Guadalquivir medita  
el sueño de Abderramán"

El Gualdalquivir no es ya el

"¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,  
de arenas nobles ya que no doradas!"

de Góngora.

No: es sólo el río, que como el Tíber del soneto de Quevedo, ha sobrevivido a la ruina de la ciudad; se llame ella Roma, la Roma imperial, o Córdoba, la Córdoba califal. Ese río con sus aguas -lo "inestable que permanece y dura", en el verso de Quevedo- medita sobre lo que parecía grandioso, estable, duradero. En el caso, "el sueño de Abderramán". Abderramán, uno de los Abderramanes, constructores de la mezquita y de los palacios de Medina Azahara. Sueño de Abderramán que sólo fue "verduras de las eras", como en el verso de Jorge Manrique. Sueño de Abderramán que me hace pensar en otro -si bien de distinto signo: "El sueño de Felipe II", del Greco.

Sueño, palabra clave en el pensamiento de Unamuno y en todos sus matices y acepciones. Sean ellos los del calderoniano

## La vida es sueño o bien sean los del

"We are such a stuff as dreams are made of,  
and our little life is rounded with sleep"

de Shakespeare. Sí, somos de la misma materia de la que están hechos los sueños y nuestra pobre vida está rodeada de sueño.

La palabra sueño del quinto verso nos lleva, además, y por su propio peso, a la palabra vida del verso siguiente. Sí la vida es, calderoniamente -lo dije- sueño.

Saavedra, el primer cordobés del primer verso no es otro sino Angel Saavedra, duque de Rivas. Su conocido drama **Don Alvaro o la fuerza del sino** da pie a Unamuno para decirnos en el sexto verso: "La vida, fuerza del sino". No es ya aquí una vida, la de un hombre, la de Don Alvaro, la que padece la fuerza del sino. Es la vida mera y sencillamente: la de todos y cada uno.

Esa vida se enfrenta al sino, al destino, a las estrellas, para vencerlos. Que ya Calderón nos decía en **La vida es sueño**, precisamente, y por boca de Segismundo, que

"el poder de las estrellas  
es posible vencellas  
un magnánimo varón"

Ese sino que nos dice el séptimo verso es "sino en tragedia". Y de inmediato pensamos en ese libro capital de Unamuno: **Del sentimiento trágico de la vida**. Como antes, en esa lucha contra el sino -lucha, agonía, en el sentido griego y propio- se piensa en su otro gran libro: **La agonía del cristianismo**.

Pero a ese "sino en tragedia" precisa enfrentarlo con un estoicismo callado, sin aspavientos teatrales. Como aconsejaba la vieja Celestina: "si dolor tienes, guárdalo en tu casa; no te sienta la tierra". No sólo así, calladamente, secretamente: hay que acompañar eso con una postura elegante, de casi -o sin el casi- ligereza. De juego. Que así lo dice sin ambages el octavo verso: "tragedia en juego"; con la elegancia y estoicismo del torero en el

ruedo. Elegancia de quiebro, de un pase con los que el torero está a unos centímetros de la muerte, de la tragedia. Sobre todo si es un pase de pecho, o una revolera, o un pase de rodillas con la muleta en alto, de frente o de espaldas al toro.

Por ello todo lo anterior viene cifrado, compendiado con toda naturalidad y consecuencia lógica en un sólo nombre que constituye el siguiente verso, el noveno: "Lagartijo". Lagartijo, ese gran torero cordobés. Como cordobeses habían sido los dos paradigmas de estoicismo del primer verso: Lucano y Séneca. Tengo para mí que de haber escrito Unamuno su poema posteriormente a 1936 no hubiese puesto Lagartijo. Tal vez "el Cordobés". O, con más ajuste a las cuatro sílabas de Lagartijo, el nombre hubiera sido Manolete. No sólo por eso, sino porque en Manolete la muerte, la tragedia era siempre en juego. Juego, elegante, estoico, que veíamos en su rostro impasible de asceta casi.

Ya en este terreno de la tauromaquia y del ascetismo, Unamuno nos da, como consecuencia lógica una vez más, los dos últimos versos:

"En las ermitas sestean  
capeadores del señor"

Y ¿qué son y quiénes son esas ermitas y esos capeadores? Aquéllas son los eremitorios que desde los siglos IV o V hasta nuestros días pueblan la sierra de Córdoba, a un tiro de piedra de la ciudad. Estos, los capeadores, son los ermitaños. Capeadores vale toreros. Son toreros del Señor, nos dice Unamuno. ¿Por qué toreros? porque, como los del ruedo, están luchando con ascetismo estoico, calladamente y en juego, en agonía -en combate, recuerden- con sus propios sentimientos trágicos de la vida, viviendo su personal agonía del cristianismo. Que ya Unamuno, al comentar la **Psicomaquia** (el combate del alma) de ese gran poeta latino -español de comienzos de la edad media que se llamó Aurelio Prudencio, nos decía: "...la psicomaquia, que vale tanto como la tauromaquia..."

¿Como están luchando con sus almas esos capeadores, esos toreros del Señor? ¿Acaso sesteando, amodorrados por el calor veraniego de la sierra cordobesa? No, aunque así podría dárselo a pensar el propio verso: "en las ermitas sestean capeadores del Señor". No; ahí el sestear es otro. Ya en algún otro sitio más recuerda Unamuno aquella frase de un asceta español. La de que aun dormidos, en nuestros sueños -otra vez La vida es sueño- tenemos que pensar en Dios. Pensar en Dios luchando a brazo partido, pero en juego, para conquistar la inmortalidad de sus almas. Inmortalidad que es tema constante y capital en la obra de Unamuno. Podría aducir al respecto múltiples ejemplos. Mi memoria no lo permite. Aunque me lo permitiese, no lo hago, por la costesía para con ustedes. No debo alargar más mi charla, expuesta a trancos, un tanto deshilvanada y con muchos cabos sueltos. Así lo dije, desde el principio. Ustedes podrán atar los cabos en relecturas de la obra de Unamuno.

\*\*\*

Pero concédanme, para terminar, todavía unos brevísimos minutos.

La Canción de García Lorca está perfectamente enmarcada con los dos versos del principio y los dos del final, que son los mismos:

"Córdoba  
Lejana y sola".

En el poema de Unamuno todo se halla perfectamente trabado y estructurado y como quien no quiere la cosa. Está también sabia y artísticamente enmarcado por los primeros y los dos últimos versos:

"Saavedra, Lucano, Séneca.  
Córdoba"

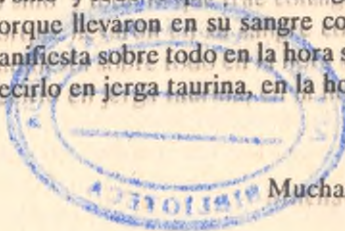
...

"En las ermitas sestean  
capeadores del Señor"

Los dos primeros nombran a tres cordobeses de carne y hueso. Los tres últimos no nombran individualmente a ninguno. Sólo mencionan la inmensa legión de cordobeses, por nacimiento o adopción. Los últimos han venido, y siguen viniendo, desde siglos, de todos los rincones de la tierra, a "sestar" en las ermitas, a soñar a Dios, aun en sus sueños; a encararlos gracias a la psicomauquia, a la tauromaquia que aprendieron y siguen aprendiendo en tierras cordobesas.

De los tres primeros, Saavedra es capital para Unamuno por eso de "la fuerza del sino" y todo lo que trae consigo.

Los dos últimos porque llevaron en su sangre cordobesa ese estoicismo que se manifiesta sobre todo en la hora suprema de la muerte. O, para decirlo en jerga taurina, en la hora de la verdad.



Muchas gracias

## PALABRAS DE DON MANUEL ALCALA ANAYA EN LA CEREMONIA DE CLAUSURA DEL COLOQUIO

He venido aquí después de 25 años de no gozar de la cordial y tradicional hospitalidad de Lima. He venido, a la par, con las manos vacías. Llenas de los parabienes de nuestra corporación y de todos y cada uno de los académicos mexicanos. Nuestra enhorabuena, pues, por este primer siglo de vida rica y fecunda de esta ilustre Academia. No podría haber sido y ser de otro modo. Desde su fundación por el tesorero empeño y visión de Ricardo Palma; en el correr de los años, por el amor de nuestra lengua y la sabiduría de los innúmeros académicos que han honrado esta casa. Ya en nuestros días por ustedes que nos han dado de mano la rica herencia secular. Herencia que a su vez vienen legando y legarán a futuros académicos. Cuán verdadero, en esta memorable conmemoración, se me muestra el hexámetro de Lucrecio:

"Quasi cursores lampada vitae tradunt". Sí, como corredores pasan la lámpara de la vida.

Que los relevos se sucedan, sabios, brillantes, movidos por el común amor que todos profesamos a nuestra lengua. Así será verdad lo del alejandrino de Malherbe:

"Et les fruits passeront la promesse des fleurs"

Sí, que los frutos sean mejores que la promesa de las flores. Y éstas han sido y son hoy espléndidas. No lo digo para disminuir los méritos de los académicos peruanos, pasados y presentes. No. Lo digo con todo realismo porque la vida es así. Todo lo que en la historia va importante es dúplice. Es la culminación del tesoro heredado y, a su vez, es promesa de superación en el futuro. Es como el Jano bifronte.

En el magnífico discurso de don Luis Jaime Cisneros puso

él de manifiesto lo aciago de los días en los que nos ha tocado vivir. Las injusticias que siempre ha habido en la historia de la humanidad claman al cielo en nuestros días. Y ello en el mundo entero. No soy un "laudator temporis acti". Uno de aquellos que constantemente repiten lo de "cualquier tiempo pasado fue mejor". No. Pero en estos nuestros días críticos, nuestras academias tienen mucho que hacer y que decir. Nuestro Alfonso Reyes insistía en que "la mejor manera de servir a México es haciendo cada cual lo suyo, en plenitud de entrega y al máximo de sus capacidades". Si cambiamos el nombre de mi México por el de nuestra América española, la frase conserva todo su valor.

Dije también que vine con las manos vacías, pues ellas no han traído cosa que valga para el enriquecimiento de estos coloquios.

En cambio me voy enriquecido por todo lo sensato y sabio que he escuchado en estos conversatorios. Me voy, además, enriquecido por la amistad de todos ustedes. Amistad de los peruanos, empezando por usted, señor Director. Y los lazos fraternales de México con Perú llevan años. No olvidamos en mi país a Fray Melchor de Talamantes, precursor de nuestra independencia; el verdadero ideólogo que deja sentadas las bases jurídicas para ella. No olvidamos a Corpancho que nos dio la mano en años difíciles, críticos.

Y gracias a la Academia peruana, la amistad con los académicos de otros países; amistad en ese espíritu de americanería andante en frase de Alfonso Reyes.

De Argentina, don Luis Calveti. Argentina con la que tiene también México tantos nexos. Pienso sólo en la amistad Borges-Reyes. Amistad que a la muerte del mexicano se manifiesta en estas extraordinarias líneas del argentino:

"El ciego azar a las secretas leyes  
que rigen este sueño, el universo,  
me permitieron compartir un terso  
trecho del mismo con Alfonso Reyes.

Dominaba, lo he visto, cual ninguno,  
el arte que no logró el ansiado Ulises  
que es pasar de un país a otros países  
y estar íntegramente en cada uno"

De Ecuador, don Jaime Dousdebés Carbajal. Un colega suyo del XIX, en la Academia Ecuatoriana, fue quien sacó del limbo poético -más bien del purgatorio- en que la habían condenado mis compatriotas a Sor Juana Inés de la Cruz. Se llamaba Juan León Mera.

De la chilena, don Oreste Plath, a quien rindo homenaje "in absentia". Chile nos manda a México a Gabriela Mistral, Gabriela quien tanto hizo por la educación en mi país, auxiliando a José Vasconcelos. En México conocí a Pablo Neruda. Años después fue mi colega en París, en la UNESCO.

Si lamentamos la ausencia de la Academia Venezolana, con todo, la patria de Bolívar ha estado dignamente representada en la persona de su Agregado Cultural en Lima don Juan Angel Moggollón, Delegado observador a este Coloquio.

A qué seguir. Sólo quiero decir a nombre de los colegas y amigos que acabo de nombrar y en el mío propio - por descontado doy que están de acuerdo conmigo- : señora y señores académicos de la peruana, gracias, gracias de corazón.

Que para el segundo centenario de la Academia y para los muchos otros que vengan estemos los aquí presentes juntos, unidos ahí donde el amor de Dios haya sido generoso en llevarnos.

Muchas gracias.

## INFORMACION ACADEMICA

### COLOQUIO INTERNACIONAL EN CON- MEMORACION DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA PERUANA

Con motivo del Centenario de su fundación, la Academia Peruana de la Lengua organizó un Coloquio Internacional sobre "Lenguaje y medios de comunicación en Hispanomérica", el mismo que se llevó a cabo en la Casa de Osambela, sede de la Corporación, y en el cual se hicieron representar las Academias de Argentina, México, Ecuador, Chile y Venezuela, que acreditaron respectivamente a don Jorge Calvetti, a Don Manuel Alcalá, a don Jaime Dousdebés, a don Oreste Plath y a don Juan Angel Mogollón, este último en calidad de observador.

Las sesiones de trabajo se desarrollaron en la semana del 5 al 9 de octubre de 1987 y en la ceremonia de inauguración tomaron la palabra los académicos don Augusto Tamayo Vargas y don Luis Jaime Cisneros. En nombre de los delegados extranjeros pronunció un discurso el académico ecuatoriano Jaime Dousdebés Carvajal.

Fueron debatidos en sucesivas sesiones las ponencias siguientes: "Propuesta para una nueva clasificación de las oraciones según su estructura", a cargo del académico don Luis Hernán Ramírez; "El lenguaje de la televisión y de la radio", a cargo de la académica doña Martha Hildebrandt, y "Qué se enseña en materia de lengua y literatura" que sustentó el académico don Luis Jaime Cisneros. La presentación de las ponencias produjo animados debates en los cuales intervinieron académicos peruanos y los delegados hispanoamericanos.

El programa del Coloquio incluyó, asimismo, un ciclo de conferencias a cargo de los invitados extranjeros. Don Jorge Cal-

vetti disertó en la Casa-Museo de Palma en Miraflores sobre "Ricardo Palma, poeta" y en el mismo local don Manuel Alcalá pronunció una conferencia titulada "Córdoba, summa unamunia".

En la sesión de clausura tomaron la palabra el delegado mexicano don Manuel Alcalá y el Director de la Corporación peruana don Augusto Tamayo Vargas.

Los asistentes al Coloquio fueron objeto de particulares atenciones, entre ellas el almuerzo ofrecido por el señor Embajador de la República Argentina don Anselmo Marini y la visita al Convento de los Descalzos y posterior almuerzo ofrecido por la Academia Peruana de la Lengua en el Mesón de dicho Convento.

#### CICLO DE CONFERENCIAS EN EL BANCO CONTINENTAL DEDICADO AL CENTENARIO DE LA ACADEMIA.

En el mes de agosto, el Banco Continental auspició un ciclo de Conferencias en donde participaron los académicos Estuardo Núñez, Augusto Tamayo Vargas, Luis Jaime Cisneros, Martha Hildebrand y Miguel Angel Ugarte Chamorro. Las dos primeras Conferencias aparecen en este Boletín. Por otro lado en el mes de Setiembre, el Dr. Kenneth Pike, Presidente Emérito del Instituto Lingüístico de Verano y Profesor también Emérito de la Universidad de Michigan presentó un Ciclo de Conferencias dedicado al Centenario de la Academia, con la iniciativa del Instituto Lingüístico de Verano.

#### EL DIRECTOR DE LA ACADEMIA EN LA XIII EXPOSICION DE LA FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO, EN BUENOS AIRES

Del 1º al 6 de abril de 1987 estuvo en Buenos Aires don

Augusto Tamayo Vargas, invitado por la Comisión Organizadora de la XIII Exposición de la Feria Internacional del Libro, la que, igualmente, organizó para la fecha un Encuentro de Escritores sobre la obra de Borges. El Director de la Corporación peruana expuso dentro del citado Encuentro "El universo de Jorge Luis Borges" y "Temas Borgianos", y en el marco de la Feria Internacional, en la "Sala Julio Cortázar", disertó sobre "Borges y la poesía".

En su último día en Buenos Aires, el doctor Tamayo Vargas, conjuntamente con Germán Arciniegas y Juan José Arreola, fueron homenajeados con una comida por la Comisión Organizadora.

### ACADEMICO MANUEL PANTIGOSO EN CHILE Y BRASIL

En su calidad de miembro del Consejo Latinoamericano de Educación por el Arte, el Académico don Manuel Pantigoso participó como conferencista en el Encuentro Internacional llevado a cabo en Santiago de Chile, entre el 26 y el 31 de Julio de 1987. Igualmente, representando al Perú en el área de Educación por el Arte viajó a Brasilia, del 13 al 18 de setiembre, para participar en el Primer Festival Internacional de Arte y Cultura.

### ACADEMIA PERUANA RECIBIO AL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA MARAÑENSE DE LETRAS

El día 11 de septiembre, en el local del Centro de Estudios Brasileños, la Academia Peruana de la Lengua recibió al Presidente de la Academia Marañense de Letras, don Jomar Moraes, quien estuvo en nuestro país invitado por el CICLA. En el acto mencionado hizo la presentación del ilustre visitante brasileño el doctor Augusto Tamayo Vargas. El doctor Jomar Moraes ofreció posteriormente la conferencia titulada "De Gonçalves Dias a Sousaândrade".

## ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

En fecha reciente, han sido elegidos como Académicos Correspondientes don Américo Ferrari, residente en Italia, don Alfredo Bryce Echenique, residente en España y don José Durand Flores, quien reside en los Est. los Unidos de Norteamérica.

Los tres gozan de singular prestigio en los campos de la poesía, la narrativa y la crítica

## NUEVO MIEMBRO DE LA JUNTA DIRECTIVA

Para reemplazar al académico don Aurelio Miró Quesada Sosa, elegido como Director Honorario de la Academia Peruana de la Lengua, el académico don Guillermo Lohmann Villena ha sido designado como Censor dentro de la Junta Directiva de la Corporación.

## MODIFICACION DE ESTATUTOS

En Sesión Extraordinaria fue aprobada la adición al artículo 12o de los Estatutos de la Academia Peruana de la Lengua de un párrafo con el texto siguiente: "Las elecciones para dichos cargos se llevarán a cabo en el mes de agosto, cada tres años, y la Junta Directiva se instalará el día 31 de ese mismo mes, fecha del aniversario de la fundación de la Academia". Se acordó también modificar el texto del artículo 21o, en los siguientes términos: "Art. 21o Las actividades académicas se inician el 1o de abril de cada año y concluyen el 31 de diciembre". Fue aprobada asimismo la siguiente resolución transitoria: "Las elecciones se llevarán a cabo en agosto, a partir del año 1988. La actual Junta Directiva prolongará por esta vez sus funciones hasta dicho mes".

### Obras de Olavide

Fue presentado en la Casa Goyeneche, sede de actos del Banco de Crédito del Perú, el volumem III de la Colección Clásicos de Pablo de Olavide, cuya preparación estuvo a cargo del académico don Estuardo Núñez. El contenido de esta publicación es en gran parte desconocido por haber sido descubierto hace poco tiempo por el afán investigador y la paciente búsqueda del compilador, en bibliotecas del extranjero. Un minucioso y exhaustivo prólogo de cerca de doscientas páginas ilustra al lector sobre la obra varia de Olavide, que incluye novelas y comedias, tratados y reflexiones filosóficas, y planes para la reforma de la educación, la reforma de la organización agraria en España, además de una rigurosa bibliografía del autor.

La ceremonia de presentación contó con la asistencia del Presidente del Directorio del Banco de Crédito don Juan Francisco Raffo y del Ministro de Educación profesor Grover Pango, además de otras distinguidas personalidades del mundo de la cultura.

### Enciclopedia Peruana

En significativo acto fue presentada la *Enciclopedia Ilustrada del Perú*, cuyo autor es el académico don Alberto Tauro del Pino. La cuidada edición de seis volúmenes mereció comentarios elogiosos de don Luis Jaime Cisneros y de don Luis Alberto Sánchez.

## Otra novela de Vargas Llosa

En el presente año empezó a circular la última novela del académico don Mario Vargas Llosa, *El Hablador*, inspirada en el rico universo de nuestro habitante amazónico. Como es notorio, el buen éxito editorial corresponde al universal prestigio del autor.

## Obras escogidas de Ventura García Calderón

Bajo la autorizada dirección de don Luis Alberto Sánchez, a quien se debe el prólogo y la acertada selección, ha aparecido esta edición de obras de Ventura García Calderón que incluye el ensayo "La literatura peruana", las crónicas "Bajo el amor de las sirenas" y "En la verbena de Madrid", y los cuentos de la "Venganza del cóndor". Es útil y oportuna esta publicación pues no son ya accesibles, por agotados, los textos del gran escritor, cuyo centenario se ha conmemorado recientemente.

## Obras escogidas de José Santos Chocano

Igualmente el fecundo escritor y alerta crítico de las letras peruanas, el académico don Luis Alberto Sánchez, ha publicado *Obras escogidas* de José Santos Chocano. Intento meritorio para rescatar del olvido a este representante notorio del modernismo hispanoamericano, cuya obra más representativa está presente en la edición mencionada.

## Estudio sobre el negro en el Perú

El académico don Fernando Romero ha publicado *El negro en el Perú y su transculturación lingüística* (Lima, Editorial Milla Batres, 1987) la primera parte de una amplia investigación etnolingüística, de la cual ofreció algunos avances en su discurso de incorporación que figuró en el *Boletín* respectivo.

## Académicos Belli y Sologuren publican libros de poesía

Los académicos y poetas, Carlos Germán Belli y Javier Sologuren publicaron valiosos libros de poesía durante el año 1987. Belli editó *El buen mudar* (Lima, Edic. Perla), así como *Más que señora humana* (2a Edición, Montevideo, Ediciones de Uno). Por su parte, Sologuren publicó *Catorce versos dicen...* (Madrid, Edit. El Tapir) y *Ritornelo* (Lima, Edit. El Colmillo Blanco).

\*\*\*



## INDICE

|                                                                                                | Págs. |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| <b>EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA EN EL DIA DEL IDIOMA</b>                  |       |
| <i>(Sesión Pública del 23 de abril de 1987)</i>                                                |       |
| —Palabras del Director de la Academia, Don Augusto Tamayo Vargas                               | 9     |
| —"El Primer Centenario de la Academia Peruana de la Lengua", por Don Guillermo Lohmann Villena | 13    |
| <br><b>INVESTIDURA DE DON AURELIO MIRO QUESADA COMO DIRECTOR HONORARIO DE LA CORPORACION</b>   |       |
| <i>(Sesión Pública del 21 de mayo de 1987)</i>                                                 |       |
| —Palabras del Director de la Academia, don Augusto Tamayo Vargas                               | 47    |
| —Discurso de Orden, por don Agustín de la Puente Candamo                                       | 53    |
| —Discurso de agradecimiento de don Aurelio Miró Quesada                                        | 63    |
| <br><b>CICLO EN EL BANCO CONTINENTAL CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA</b>              |       |
| <i>(5, 12, 19 y 26 de agosto de 1987)</i>                                                      |       |
| —"Un Centenario Memorable", por don                                                            |       |

|                                                       |    |
|-------------------------------------------------------|----|
| Estuardo Núñez                                        |    |
| - "La Cultura Peruana", por don Augusto Tamayo Vargas | 67 |
|                                                       | 71 |

## CIEN AÑOS DE EXISTENCIA DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

|                                                                           |     |
|---------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>(Sesión Pública del 31 de agosto de 1987)</i>                          |     |
| - Discurso de Orden, por don Augusto Tamayo Vargas                        | 107 |
| - "La Academia y la Historia Literaria del Perú", por don Estuardo Núñez  | 119 |
| - "Reflexiones sobre el Lenguaje Peruano", por don Alberto Tauro del Pino | 125 |

## COLOQUIO INTERNACIONAL SOBRE LENGUAJE Y MEDIOS DE COMUNICACION EN HISPANOAMERICA

|                                                                                                                                                 |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>(del 5 al 9 de octubre de 1987)</i>                                                                                                          |     |
| - Palabras de don Augusto Tamayo Vargas en el acto de inauguración del Coloquio                                                                 | 131 |
| - Discurso de Orden, por don Luis Jaime Cisneros                                                                                                | 135 |
| - Discurso del académico don Jaime Dousdebés Carvajal, delegado de la Academia Ecuatoriana de la Lengua en el acto de inauguración del Coloquio | 143 |
| - "Propuesta para una nueva clasificación de las oraciones según su estructura", por don Luis Hernán Ramírez                                    | 147 |
| - "El lenguaje de la televisión y de la radio: criterios de corrección" por doña Martha Hildebrandt                                             | 155 |
| - "Qué se enseña en materia de lengua y literatura", por don Luis Jaime Cisneros                                                                | 161 |

|                                                                                                                     |         |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| -Participación en el Coloquio de don Oreste Plath, Delegado de la Academia Chilena de la Lengua                     | 167     |
| -"Ricardo Palma, poeta", por don Jorge Calvetti, Vicepresidente de la Academia Argentina de Letras                  | 171     |
| -"Córdoba, summa unamuniana", por don Manuel Alcalá Anaya, Secretario Perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua | 181     |
| -Palabras de don Manuel Alcalá Anaya en el acto de clausura del Coloquio                                            | 195     |
| <br>INFORMACION ACADEMICA                                                                                           | <br>199 |
| <br>PUBLICACIONES DE ACADEMICOS                                                                                     | <br>203 |